

A photograph of a shirtless man from the back, looking out at a blue ocean under a clear sky. The man's back and right arm are visible. The text is overlaid on the right side of the image.

No
debería
ser
amor



Gema Samaro

NO DEBERÍA SER AMOR

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, agosto, 2020

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStock by Getty Images iStock.com/ImageSource

Diseño de portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Cas no está atravesando un buen momento y su amiga Cris, para animarla, decide invitarla a que pase unos días con ella en Bermudas.

Cris lleva un año trabajando en un hotel en Bermudas, y mientras espera a que caiga algún millonario, se divierte con Javier.

Javier es un compañero de trabajo que está enamorado de ella, pero no piensa corresponderle pues no se ha ido tan lejos para acabar con un tío de su pueblo, que está tan canino como ella.

Además, ahora Cas está en las islas y no para de liarla parda.

Y es que nada más llegar, lo primero que hace es atropellar con su Vespa a Dylan, un multimillonario, guapo y *sexy*, que la encuentra tan perdida que decide ayudarla.

Cas no quiere líos. Sin embargo, Cris se pone tan pesada para que Dylan le presente a sus amigos, que no le queda más remedio que quedar con él una y otra vez...

Y aquello se vuelve una locura de playas, fiestas y diversión, hasta que una noche Cas, acaba besando a Dylan de forma accidental, y descubre que le encanta.

Le encanta tanto que repite y lo que es peor, su corazón empieza a sentir cosas que no puede permitirse.

Porque Dylan está colgado de Abigail y porque Cas no quiere enamorarse.

Como Cris tampoco quiere enamorarse de Javier...

Pero a lo mejor un montón de atardeceres perfectos podrían hacer que sus vidas cambiaran para siempre.

Capítulo 1

Cas no sabía todavía qué hacía en las Bermudas conduciendo una Vespa rosa, hasta que se le atravesó una cosa peluda y, por esquivarla, acabó en el arcén donde por poco no se carga a un tío que solo estaba preocupado en saber a dónde diablos había ido a parar su teléfono móvil.

—*Sorry! Excuse me! Are you ok?*

Cas se bajó de la moto, se quitó el casco, pero el tío ni la miró...

—Hablo español. Mi madre es española. Joder, ¡el maldito teléfono no se ha podido ir muy lejos! —farfulló, mientras caminaba a grandes zancadas intentando localizarlo.

Cas corrió junto a él, y tras comprobar que a primera vista estaba bien, se excusó otra vez:

—Se me ha cruzado algo y he perdido el control de la moto. Pero si usted está tan bien como para detectar por unas cuantas palabras que soy española, no sabe la alegría que me da. No me da alegría que mi pronunciación sea tan mala, me refiero a que...

—¡Allí está! —gritó el tío que tenía una vista de lince y salió disparado hacia unos arbustos.

Cas corrió detrás de él y vio cómo se agachaba a recoger su teléfono que milagrosamente estaba en perfecto estado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Cas, alucinada.

El tío sin levantar la vista de la pantalla, como absorto, replicó:

—Ha habido suerte...

—Pues sí, porque yo pensaba que estaría hecho trizas... Así que mejor, así nos hemos librado del papeleo, del seguro, de la reparación...

—Me habría comprado uno nuevo ahora mismo, eso no es problema. Digo que ha habido suerte porque gracias a su ineptitud no he enviado el wasap que estaba escribiendo... —habló y luego se guardó el iPhone en el bolsillo trasero de su Levi's.

Y solo entonces se fijó en que la lerdá que casi se lo lleva por delante, no estaba nada mal.

Castaña, melena larga, pelo liso, 1.70, ojos de color avellana, nariz recta, boca gruesa y bonito cuerpo...

—No ha sido ineptitud. Le repito que se me ha cruzado un perro... O un gato... O una peluca voladora... No sé... Algo de color pardo...

—¿Se droga? ¿O hace mucho que no va al oculista? —preguntó frunciendo el ceño.

Con la bromita, Cas se relajó y pensó que ese tío no podía estar más bueno.

Era alto, debía medir 1.90 cm, moreno, de ojos azules, nariz recta, boca perfecta y un cuerpo de escándalo.

—Estoy bien, pero esa cosa peluda ha pasado tan deprisa que no me ha dado tiempo a verla

bien.

Y él que estaba tan contento de no haber enviado ese wasap siguió con la guasa...

—Lo mismo era un crío muy rápido, una promesa del atletismo, disfrazado de Chewbacca...

—No se burle de mí, que lo he pasado muy mal. Ya solo me faltaba un accidente para acabar de rematar mi mala racha...

—Estoy vivo, así que quédese tranquila que ya no es gafe. Por cierto, soy Dylan Boyle...

Dylan le tendió la mano, fuerte y ancha, que ella estrechó mientras le aclaraba:

—Yo me llamo Casilda Manzano y no he dicho en ningún momento que sea gafe. No se confunda, señor Boyle...

—Tutéame, por favor. A lo que me refiero es que ya no te acompaña la mala suerte...

—Tampoco es que haya tenido mala suerte. Simplemente son cosas que pasan... He dejado a mi novio hace seis meses y hace tres se me acabó el contrato en el colegio donde estaba dando clases.

—Seguro que no eran de inglés.

—Tampoco hablo tan mal... Mi nivel es alto, pero practico poco. Bueno, últimamente, no practico casi nada.

—Claro, por eso has venido a Bermudas buscando sol, diversión, alegría, fiesta... —dedujo Dylan, porque estaba harto de conocer a turistas como ella.

Sin embargo, esa chica era distinta a todas porque según ella lo que iba buscando era otra cosa:

—Lo que más me urgiría encontrar sería un psicólogo...

—¿Tan mal estás? Seguro que es la culpa la que no te deja dormir. Y no me digas más: se los pusiste con su mejor amigo o con su primo más querido...

—¿Cuernos? Qué va. Lo dejé por aburrimiento, la relación estaba estancada.

Dylan miró a esa chica, con su vestido blanco, las chanclas, el casco de lunares colgando del codo y, esa sinceridad tan poco frecuente, y replicó:

—Vaya, tampoco practicabas eso... Y entonces, ¿para qué necesitas un psicólogo? ¿Te da morbo el gremio?

—Ojalá me diera morbo algo. Pero no. Estoy desganada, sin ilusión, desmotivada... De hecho, antes de atropellarte me venía preguntando que qué hacía aquí.

—Evitar una catástrofe. Tu aparición ha sido providencial, porque estaba a punto de enviar un wasap a Abigail. Y menos mal que no lo he hecho...

—Tu novia —dedujo, porque los tíos tan buenos como él, tenían al menos una novia.

—No. Es la mujer de mi mejor amigo. Llevo toda la vida enamorado de ella y todavía tengo a ratos la fantasía de que le deje y se venga conmigo.

Cas, que no se esperaba para nada que ese hombre estuviera pasando por ese calvario, exclamó:

—¡Qué mal!

—Llevaron juntos desde tercero de carrera, los dos estudiaron Medicina, al finalizar los estudios se casaron y ya tienen tres hijos.

Cas celebró más que nunca no haberle partido unos cuantos huesos, ya que el tío tenía tela de drama encima:

—¡Madre mía!

Dylan la vio tan apenada, empatizando tanto con su dolor que se apresuró a decir:

—Lo llevo bien. Tengo amigas, esto está lleno de turistas con ganas de divertirse y solo de vez en cuando me da por escribirle para saber si ya se ha cansado de él. De momento, le adora... No obstante, estos días están de vacaciones por aquí y me ha entrado un ataque tan cabrón de nostalgia que, si no llegas a aparecer, le habría pedido que se viniera a navegar conmigo, a solas. Es que Abigail salió primero conmigo y ya en la universidad decidió que se quedaba con él. Pero la partida no ha terminado todavía...

—Vas a luchar por su amor hasta el final.

—Yo siempre voy hasta el final de todo. Pero lo que estaba a punto de hacer era una auténtica cagada. Ella no sabe que yo sigo colgado de ella. No lo sabe nadie. A ti te lo cuento porque imagino que te acabas de bajar del crucero que ha atracado a las nueve y que a las seis te marcharás para aprovechar la cena que incluye el paquete que has contratado

—¿Crucero?

—¿La pulsera verde que llevas en la muñeca no es de crucerista?

Cas se quedó mirando la pulsera antimosquitos que se había comprado en Mercadona y replicó:

—Es para los mosquitos. He venido a la isla porque me ha invitado una amiga que está trabajando en un hotel. Se puso tan pesada que no me quedó más remedio que aceptar su invitación. Me ha pagado hasta el viaje... Yo estoy sin un céntimo. A la vuelta, volveré a casa de mis padres y empezaré otra vez a trabajar en el bar familiar.

Cas puso tal cara de agobio, que Dylan le dijo convencido de que iba a cambiar su suerte:

—A lo mejor en este tiempo que estés aquí, te llaman de otro sitio o quién sabe lo mismo encuentras un millonario. Esto está lleno de tíos con pasta...

—Está la cosa fatal...

—¿Ya has intentado cazar alguno? ¿Eso es lo que ha terminado de deprimirte?

—¿Cazar? Yo me enamoro y punto. Y siempre suele ser de gente normalita. En la vida podría enamorarme de un *supertriunfador*...

—Luego no te quejes de que te aburres.

—Nacho era un buen tío. Opositó, se sacó la plaza de profesor de Historia en un instituto y es un tío muy interesante. Muy culto. Pero la relación se desgastó...

Cas pensó que era tan culto que cuando se ponía a soltar sus monólogos sobre genealogía o

política, ella se dedicaba a tararear para sus adentros canciones de series de su infancia para evitar desencajarse la mandíbula de tanto bostezo.

—Tú no opositaste porque eres más libre. Te apasiona el riesgo y la aventura —dedujo Dylan.

Cas pensó que ojalá fuera de ese perfil, pero la verdadera razón era otra:

—Oposité una vez y me entró tal ataque de ansiedad el día del examen que no pienso presentarme más. Trabajo en colegios privados haciendo suplencias. No sé cuándo volverán a llamarme: está la cosa bastante chunga.

—Bueno, yo soy el fundador de Difú, una empresa de análisis y visualización de datos geolocalizados.

A Cas aquello le sonó a chino, se encogió de hombros y murmuró:

—Ni idea.

—¿No pilotas de listas Forbes y todo eso?

Y para que no pensara que vivía en la inopia, que era realmente donde vivía, replicó con mucha dignidad y orgullo:

—No. Soy profesora de Lengua y Literatura...

A Dylan le encantó que viviera en una realidad paralela y le explicó sin un ápice de vanidad o petulancia:

—Suelo aparecer en las listas de millonarios, pero sin foto. Me gusta preservar mi intimidad. Y más en este sitio adonde suele venir gente buscando a tíos como yo. Lo peté con una *app* de *fintech* que simplificaba las finanzas personales, la vendí por un pastón y ahora me va como un tiro con mi nuevo juguete. Tengo treinta años, soy asquerosamente rico y me muevo en un círculo de personas como yo. Puedo presentártelas y...

Antes de que ese tío la tomara por lo que no era, Cas se apresuró a aclararle:

—No insistas. Jamás ha entrado en mis planes de futuro casarme con un millonario. No necesito que un tío me arregle la vida. Soy una mujer independiente, íntegra, desinteresada, decente...

Antes de que esa chica tan peculiar se quedara sin adjetivos con los que definirse precisó:

—Estoy hablando de hacer *networking*. Esta gente tiene muchos contactos y a lo mejor saben de algún colegio de élite donde necesiten a una profesora de español.

—Voy a volverme a Madrid en unas semanas. Mi vida está allí...

—No hay que ser estrecho de miras. Si surge una buena oportunidad, hay que cazarla al vuelo. En Madrid o en Pekín.

Cas pensó que él fuera todo lo abierto que quisiera, pero que a ella la dejara en paz:

—No me veo viviendo en otro país. Gracias.

—A lo mejor te hace más falta cambiar de aires que un psicólogo.

—Se supone que para eso me ha traído mi amiga. Pero es que no tengo ganas de nada... He aterrizado hace un par de horas y he aguantado dos minutos en la playa. Demasiado paraíso,

demasiada gente feliz... Me temo que no ha sido una buena idea venir...

Dylan se echó mano a la cartera, sacó una tarjeta y le dijo por si cambiaba de opinión:

—Ya sé que ahora estás amargada perdida, pero tengo amigos, barco, hacemos fiestas, nos lo pasamos bien...

Cas se quedó mirando la tarjeta y negó con la cabeza porque sabía que no iba a llamarle:

—Voy a seguir amargada una buena temporada.

Dylan se rio porque aquello era tan nuevo para él que hasta le estaba picando el gusanillo:

—Normalmente me arrancan la tarjeta de las manos —reconoció divertido.

—Yo es que no soy muy normal. No sé si te has dado cuenta... ¿Te acerco a algún sitio?

—No, gracias. Vivo en aquella villa —dijo señalando una mansión que era para caerse de espaldas—. Déjame al menos que te invite a cenar para agradecerte que me hayas evitado pifiarla con Abigail.

—Agradecemos mejor a Dios que estemos sanos y salvos.

Dylan se quedó mirándola, se llevó el dedo índice a la barbilla y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho. ¿Por?

—No, nada... Me recuerdas tanto a mi abuela... La adoraba.

Cas sonrió porque sintió que se lo decía con cierto cariño, que no había acritud en sus palabras...

—Me voy antes de que me pidas que te haga croquetas...

—Mejor tortilla de patatas. Muero por una. ¿Sabes hacerlas?

—Claro.

—Llámame, si un día te sobra un trozo. Pasaré a buscarla a donde sea... —le pidió tendiéndole la tarjeta.

Cas cogió la tarjeta con resignación y replicó convencida:

—Supongo que por eso tú eres un hombre de éxito y yo una pringada. Es obvio que eres de los que siempre se lleva al gato al agua.

Dylan negó con la cabeza, le gustó que se guardara la tarjeta y reconoció con cierto punto de tristeza en la mirada:

—Seré un tío de éxito cuando consiga estar con la mujer que amo.

A Cas le gustó tanto escuchar aquello que se acercó a él y le estampó un beso la mejilla:

—Mucha suerte, Dylan Boyle.

Dylan le deseó lo mismo, y luego vio cómo esa chica tan singular se alejaba en su Vespa rosa, con la mano absurdamente posada en el beso que le acababa de estampar en la mejilla.

Capítulo 2

Después del incidente, Cas volvió al *resort* de lujo donde su amiga trabajaba y donde vivía en un *bungalow* de lo más coqueto.

Eran las tres de la tarde y Cris la estaba esperando para comer con todo dispuesto en la mesa:

—¿Qué tal el paseíto? ¿A que mola todo esto?

Cris era pelirroja, tenía los ojos verdes enormes, nariz romana, boca en forma de corazón, media 1, 60 cm y tenía aspecto de *pin-up* con su media melena ondulada y sus curvas por todas partes.

Cas la saludó con la mano, se metió en el cuarto de aseo enano que había en la entrada, se lavó las manos, se miró las pintas que tenía con el pelo pegado por la humedad y salió resignada respondiendo:

—Tenía que haber venido en otro momento de mi vida...

—¡Has venido en el momento perfecto!

Cas se sentó, se sirvió un poco de ensalada y confesó:

—Tan perfecto que por poco me cargo a un tío en Tucker's Town.

Cris abrió sus ojos verdes enormes como platos, se removió en el asiento y preguntó:

—¿Estaba bueno?

—Sí. Alto, moreno, buen pelo, ojos azules, cuerpazo...

—¿Y qué era un trabajador doméstico? ¿Un jardinero? ¿Uno de mantenimiento? ¿Un guarda?

Cas sin darle ninguna importancia, comentó mientras probaba la ensalada:

—Es Dylan Boyle.

Cris, más alucinada todavía, se echó su media melena hacia atrás y exclamó:

—¡La madre que te parió! ¡Eso si es que es afinar el tiro! Pero, nena, ¿tú sabes quién es ese tío?

—No tenía ni idea, pero me lo ha contado él...

Cris era una de las que tenía siempre a mano la lista de los millonarios de las islas, por eso sabía que Dylan Boyle era el hombre sin rostro...

—Joder, y yo que pensaba que nunca se retrataba porque sería feo como un pie. Madre mía, ¡qué suerte tienes! Esto es lo que se llama llegar y besar el santo... O la suerte del principiante... O...

—No se llama nada, porque no veas el susto que he pasado cuando se me ha cruzado algo peludo, he dado un volantazo y por poco no arrollo a ese tío. Menos mal que solo saltó por los aires su teléfono y milagrosamente está en perfecto estado.

—Este tiene pasta como para comprarse media compañía de teléfonos en acciones. ¡Menudo

problema! ¿Y luego qué? —preguntó frotándose las manos.

Cas miró a su amiga con el ceño fruncido y replicó lamentando decepcionarla:

—Luego me ha agradecido que casi le arrolle, porque así no ha enviado un mensaje a una de la que está enamorado, hemos hablado de tonterías y por fin nos hemos despedido.

—Uy qué interesante todo, nena. ¡Y prueba el estofado de pescado blanco con especias picantes que es sublime! La cocina del hotel es buenísima. Yo desde que estoy aquí, todo me lo traigo del bufé.

—No tengo mucha hambre.

Cris la miró con los ojos chispeantes y, apuntándola con su copa de vino, dedujo:

—Eso es que te has quedado pillada por él. ¡Ay madre! ¡Si ya te decía yo que te vinieras para acá, que tú lo único que necesitabas era vidilla! Pero con ese te vas a dar la vidorra padre...

—¿Cómo me voy a enamorar si no tengo el cuerpo para nada?

—Esto es la pescadilla que se muerde la cola. No vas a tener cuerpo, hasta que te enamores. ¡Y ese tío es perfecto para hacerlo!

—Te acabo de contar que está pillado por una... Me lo ha confesado en secreto porque me ha confundido con una crucerista y pensaba que a las seis me iba a ir a cenar al barco.

Cris batió las manos y sin darle ninguna importancia repuso:

—Lo mismo que se pilla, se *despilla*. ¡Ya ves tú qué problema!

—Lleva toda la vida enamorado de ella, pero se acabó casando con su mejor amigo y tiene tres hijos. Aunque no sé qué hago contándote esto... Se supone que es un secreto...

—Me lo cuentas porque ese tío ha logrado encender algo dentro de ti y necesitas que te empuje a sus brazos. Tranquila, que no te voy a fallar. ¿Te ha dado su número?

Cas probó el pescado que estaba buenísimo y asintió lánguida:

—Sí, para que le avise si un día hago tortilla de patatas. Me ha dicho que le recuerdo a su abuela... No te digo más... Tú fijate lo que le habré puesto...

—Le has podido parecer tan entrañable como *sexy*...

—¿Entrañable? Me ha dicho que estaba amargada perdida, la abuela debía ser de un arisco y un avinagrado que echaba para atrás.

—Pero como esos tíos están acostumbrados a tener a las tías babeando por ellos, seguro que le has sorprendido con tu indiferencia y apatía. ¡Por eso te ha pedido la tortilla! Es la típica excusa para volver a quedar con una tía rara...

—La tortilla debe gustarle de verdad. Y yo creo que al final he terminado dándole pena, porque quería presentarme a sus amigos, a ver si me sale un curro.

Cris, sin dar crédito, preguntó a su amiga expectante:

—Y le has dicho que sí... ¿Verdad?

Cas dio un sorbo a su copa de agua y, negando con la cabeza, respondió:

—Pues no. Le he dicho que mi vida está en Madrid. Me ha llamado estrecha de miras, amargada y luego me ha invitado a las fiestas en su barco.

—¿Y a las fiestas le habrás dicho que sí?

—No. Solo le he cogido la tarjeta por si un día me da por hacer una tortilla de patatas...

Cris la miró con una sonrisa enorme y replicó en tono de voz que sonaba a exigencia:

—En un rato te haces unas cuantas, y le llamas, que es viernes.

Sin embargo, Cas lo tenía clarísimo...

—Ni de coña.

—¡Tía, enróllate! Necesito ir a una fiesta de esas antes de que acabe enamorándome de Javier y la pifie para siempre.

Cas partió un trozo de pescado y, llevándose lo con parsimonia a la boca, le recordó:

—Pero si ya estás enamorada de él.

—Solo me lío con él, cuando me apetece. Pero tú mejor que nadie sabes que lo que me acabó convenciendo para aceptar el puesto de asistente de dirección en este hotel, fue saber que Bermudas estaba lleno de millonetas. Y sí, desde que trabajo aquí no paro de conocer a millonarios, pero aún no he catado a ninguno. Y eso que en el hotel se hacen unos fiestones increíbles, pero nada... Un año en la isla y solo me he tirado a Javier, el instructor de submarinismo, que encima es de mi pueblo. Tía, es patético, mi suerte tiene que cambiar...

—Estás con Javier, porque te gusta. A mí no me vas a engañar.

—Me gusta, de siempre, está buenísimo... Pero jamás podría enamorarme de él. Con quince años, tal vez, pero con veintiocho necesito otras cosas. A mí me gusta demasiado lo bueno. Y yo ya tengo más que claro que trabajando no lo voy a conseguir. Así que, tía, ¡ponte a hacer las tortillas!

—Tú vida es ya perfecta y no lo sabes. Javier te adora, tienes un buen trabajo y vives en un sitio de ensueño donde ni te preocupas por lo que vas a hacer de comida.

—¡Qué pesada con Javier! ¿Has hablado con él y te ha sobornado para que me lo metas por los ojos?

—No le he visto aún. Pero sabes que me cae genial.

—Pero yo aspiro a otra cosa. Y entre compartir mi vida con un tío que está tan tieso como yo y otro que nada en la abundancia: ni me lo pienso.

—Ya, pero es que el amor no funciona así. Te enamoras y lo demás da lo mismo.

—Pues a mí lo demás me importa demasiado. Yo aspiro a un estilo de vida que Javier jamás podrá darme. Llámame materialista, frívola y todo lo que quieras. Pero yo sé perfectamente lo que quiero y no pienso desistir en el empeño.

—Pero es que no tengo ganas de fiestas, ni de nada...

—Venga, no seas perra, ¿qué te cuesta hacer un par de tortillas de patatas? Si en el bar de tus

padres las haces como churros...

—Por eso no quiero hacerlas, me recuerdan cuál es el futuro que me espera y me hundo más en la miseria.

—Pero estas tortillas son la llave a un mundo de lujo y esplendor. Es que ya hasta nos visualizo tomando el sol en la piscina de nuestro casoplón, con el Birkin colgando del brazo y el deportivo esperando en la puerta.

—No sueño con esas cosas.

—Pues con lo que sueñes...

—Sueño con estar tranquila, perdonarme a mí misma por la putada que le hice a Nacho y encontrar un trabajo pronto.

—¿Más tranquila? ¡Tu vida es un aburrimiento! Nacho seguro que ahora mismo está feliz y lo del trabajo ya verás cómo se arregla pronto. ¡Así que espabila y pásame el teléfono de ese tío!

Cas cogió el bolso que había colgado en el respaldo de la silla y se lo puso en el regazo:

—Ni bajo torturas.

—Venga, anda, sabes que odio los aeropuertos y las colas. Cada día lo llevo peor, porque es obvio que he nacido para volar en *jet* privado.

—¡Menudo argumento! ¿Piensas así que vas a convencerme?

Cas terminó de acabarse el pescado, en tanto que su amiga no pensaba rendirse:

—Aparte de que deberías llamarle para saber qué tal se encuentra. Es lo mínimo, después de que casi le arrollas.

—Ese argumento sí que es bueno... Pero solo voy a preguntar por cómo se encuentra. No te hagas ilusiones...

Cris no se hizo ninguna ilusión; pero cuando Cas escribió a Dylan después de comer, le preguntó que cómo estaba y respondió:

Genial. Deseando probar tu tortilla...

Se abalanzó sobre el móvil de su amiga, se lo arrebató de la mano y escribió a toda velocidad:

Perfecto. Esta noche. ¿Dónde te la llevo?

Cas se puso de pie para ver qué estaba escribiendo la loca de su amiga y cuando lo leyó por poco no se quedó muerta:

—¡Borra! ¡Por tu madre, borra!

Cris con una sonrisa de oreja a oreja la miró feliz y replicó:

—Ya lo ha leído... Y está escribiendo...

Cas cayó fulminada en el sofá, se llevó la mano a la cabeza y tras resoplar farfulló:

—Tú no puedes estar haciéndome esto...

—Lo hago por tu bien. Además, te digo yo que le gustas... ¡Si le ha faltado tiempo para responder! Jajajajajajajaja. No hay como pasar olímpicamente de alguien, para que coma de tu

mano... ¡Es de primero de seducción!

—¡Déjate de bobadas y pásame el teléfono!

—Calla, que ya ha acabado de escribir. ¡Menuda parrafada, chata! Pone que gracias por interesarte por él, que te pasa a recoger a las nueve, que os cenaréis la tortilla en su barco, donde está de fiestecita con sus amigos... Y que te lo vas a pasar muy bien, ya que es gente muy simpática. Qué mono, ¿no? A lo que yo le voy a responder...

Cas mirando horrorizada a su amiga se puso de pie, para quitarle el teléfono de una vez de las manos, pero Cris salió corriendo con él muerta de risa, se encerró en el cuarto de aseo con pestillo y, mientras su amiga aporreaba la puerta, escribió:

*Seguro que son tan majos como tú, ¡que mira que eres resalado! Tranquilo, que llevaré tortillas para todos. Yo iré con mi amiga Cris que no es tan siesa ni tan amargada como yo. ¡¡¡Con ella la diversión está asegurada!!! Te mando mi ubicación y ¡¡¡nos vemos a las nueve, guapo!!! :-**

Y tras enviarlo y ver al momento la respuesta de Dylan, salió del baño muerta de risa y le entregó el móvil:

—Hala, ya está. ¿Ves qué facilito? Si es que haces dramas de unas cosas que son muy sencillas...

Cas después de leer, sin dar crédito, lo que su amiga acababa de escribir, le dijo cabreada y fulminándola con la mirada:

—¡Va a pensar que soy bipolar! Pero qué haces llamándole resalado...

—¿No te ve como una abuela? Resalado es de abuela total...

—Y si soy siesa y amargada, ¿qué hago llenándolo todo de admiraciones y mandándole un beso? ¡Esto es un disparate! —farfulló angustiada

—Anda, anda. Si te lo he puesto en bandeja. ¿Qué me dices de su respuesta?

Cas a punto de hiperventilar, leyó entre ansiosa y cabreadísima la réplica de Dylan:

Eres mi siesa favorita. Tú sí que eres preciosa. Te mando un beso dulce en la mejilla, como el de esta mañana...

Y tras leerlo un par de veces, porque aquello no podía estar pasándole a ella, replicó:

—No, o sea, no.

—Jajajajajajajajaja. ¡Y parecías tonta! Pero bien que le arreaste el beso en la mejilla. Jajajajajajajajaja. ¡Me siento tan orgullosa de ti, Cas!

—Quiero desaparecer. Esto no me puede estar pasando a mí...

—Vamos al hotel a buscar en la despensa patatas, huevos y aceite. ¡No le echas cebolla a la tortilla porque es obvio que esta noche vamos a besar! Ay, Cas, ¿tú sabes el mundo nuevo que está a punto abrírsenos?

Capítulo 3

Unas horas después, Cas se dirigía al pantalán del hotel, con una nevera portátil colgada del hombro en la que había metido las cuatro tortillas de patatas.

Delante de ella iba Cris, con una guitarra española en una mano y una carterita en la otra, mientras hacía equilibrios sobre unas sandalias de tacones de vértigo.

—¡No puedo creer que yo con estos taconazos vaya más rápido que tú con tus cangrejas horribles!

Cas, que iba a la fiesta con todo menos con ganas, rezongó:

—Son perfectas. No quiero estropear mis zapatos de piel con el agua.

—Que no vamos de excursión al río, hija mía. ¡Qué poquito mundo tienes! Pero supongo que justo es eso lo que le vuelve loco a tu amigo multimillonario. Y es que solo a una abuela se le ocurriría ir con tus pintas a la fiesta...

Cas llevaba un caftán azul noche, largo hasta los pies, y unas cangrejas transparentes que le recordaban a sus veranos en la playa de piedras de Altea.

Se las había comprado en pleno ataque de nostalgia y le parecían muy prácticas y perfectas para una noche en la que no quería que sucediera nada.

El caftán amplio, cómodo y en el que se perdía su silueta tenía la misma finalidad: hacerse invisible y que aquello pasara lo antes posible.

Pero a Cris le mintió para que la dejara tranquila:

—Es todo muy tendencia.

—Yo he preferido apostar por este minivestido ceñido amarillo con manguitas de volantes de organza, que me da el punto flamenco. Entre tu tortilla y mi cante los vamos a volver locos. Ya verás...

—¿Cómo que cante? ¿Desde cuándo le das al flamenco?

—Aquí la gente te lo pide, canto cosas de Rosalía y...

Cris no pudo seguir desgranando su repertorio porque de repente se escuchó una potente voz masculina gritar:

—¡Chicas! ¡Esperadme que voy con vosotras!

Las dos se giraron y Cris, con un cabreo tremendo, le chilló a Javier que corría por el pantalán:

—¡Date ahora mismo la vuelta!

—¡No pienso dejaros solas con esos desconocidos!

—Pero ¿quién te crees que eres? —le reprochó Cris, cuando Javier ya las había alcanzado.

—¡Hola Cas! —le saludó Javier, muy cariñoso—. ¡Qué alegría verte! ¡Bienvenida!

Cas hacía mucho que conocía a Javier, desde que Cris la invitó por primera vez con trece años a pasar unas vacaciones en su pueblo.

—¡Hola guapo! Muchas gracias...

—¿Se puede saber qué pintas aquí? —le preguntó Cris, bufándole.

—Lo siento, pero estaba en el hotel preparando la animación de esta noche y me ha dado por pensar... —se justificó Javier.

—¿Pensar en que estás celoso? ¡Lo siento mucho! ¡Yo soy libre como un pajarraco!

—No estoy celoso. Lo que pasa es que no me parece prudente que subáis a un barco de unos tíos que no sabéis quiénes son...

—Jojojohojojoho. No lo sabrás tú, pero yo como tengo la Forbes en el cuarto de baño sé perfectamente quién corta el bacalao. Y los tíos que van a la fiesta, todos cortan... Así que tú tranquilo, que estamos en buenas manos —habló Cris empujando a Javier para que se marchara por donde había venido.

Javier tenía treinta años, era guapísimo, moreno, alto, de ojos pardos, con cuerpazo y era el culpable de que Cris estuviera en ese *resort*.

Él llevaba trabajando un año en ese lugar, cuando se enteró de que necesitaban una asistente de dirección y le faltó tiempo para llamar a Cris que se dedicaba a lo mismo en un hotel de Madrid y estaba loca por cambiar de aires.

Ambos eran del mismo pueblo, eran amigos y llevaban liándose desde hacía un montón cuando les apetecía.

Más que nada porque Javier estaba enamorado de ella hasta las trancas y ella no...

O eso decía.

En cualquier caso, para Javier no era un problema no ser correspondido...

O eso decía.

El caso fue que aquel día en el pantalán insistía en subir al barco, pues además le recordó:

—Le prometí a tu madre que te cuidaría y eso es lo que voy a hacer. ¡Voy con vosotras lo quieras o no!

—Yo también le prometí lo mismo a la tuya y no te doy el coñazo cuando te vas de fiesta cada noche con esa panda de desconocidas.

—No me voy de fiesta. Soy gogó. Estoy trabajando... Y tú estás siempre viendo el *show*.

—Porque me dan las copas gratis, no para controlar qué haces con las petardas que te manosean.

—Me dan igual todas esas tías. Yo solo te tengo a ti aquí... —dijo llevándose la mano al corazón.

Cris no pudo evitar sonreír al escuchar aquello, pero al momento repuso:

—Pues yo necesito conocer gente. Y por mí no te preocupes que sé cuidarme muy bien.

Entonces, Javier, y sin que ella lo esperara para nada, la cogió por la cintura, la estrechó contra él y la besó con fuerza en los labios.

—Joder... —masculló Cris, sorprendida y encantada porque el tío besaba muy bien.

Pero no se lo iba a decir, y menos esa noche que necesitaba subirse al barco como fuera.

—Te voy a echar de menos esta noche. Me va a resultar extraño bailar y que no estés ahí, babeando por mí... —aseguró Javier, casi con rabia.

—Jajajajajajajaja. No te preocupes, que seguro que babas no te faltan. Anda, ¡vete ya!

—Yo la cuido —intervino Cas, a la que le estaba dando una pena tremenda ese chico.

—Gracias, si necesitáis cualquier cosa: llamadme. Estaré pendiente del teléfono... —les informó Javier.

—Como sigas así, vas a conseguir que Cas no se suba al barco. Entre que va sin ganas y que estás pintando a esa pobre gente como si fueran lo peor...

—Él tiene razón, toda precaución es poca —habló Casilda.

—¿Ves? Ya me la has acojonado.

—Lo cierto es que solo conozco a Dylan del rato que estuvimos hablando en la carretera —le recordó Cas.

—¿Pero no estás harta de todo? Qué mejor plan que te rapte un millonario *sexy*. ¡Venga, cortad el rollo, que ya veo que viene la zódiac a recogernos!

Javier se despidió de las chicas y, cuando ya iban montadas en la embarcación que las llevaba al barco de Dylan, Cas le comentó:

—Pobre, ¡me da una pena tremenda! Le veo más enamorado que nunca...

Cris que acababa de activar la cámara del teléfono, para comprobar el estado de su maquillaje, replicó:

—No puedo hacer más. Y no me voy a sentir culpable. Yo no soy como tú. Que eres idiota.

—Gracias.

—Es que lo que no puede ser, no puede ser. Y ya está. Paso de comerme la cabeza. No quiero quedarme como tú, mortecina y sin sustancia —afirmó, al tiempo que se peinaba las cejas con el dedo índice.

Cas, que iba mirando cómo se reflejaba la luna creciente en el agua, masculló:

—Es que no puedo dejar de pensar en lo que le hice a Nacho.

—Porque eres masoca. Mira que seguir penando por ese...

—Eso lo dices porque tú nunca has dejado a un tío. Se pasa fatal, te sientes una puta mierda de ser humano.

—También es que a ti te va el drama cantidad... Y yo es que solo pienso comprometerme con quien dé el perfil. Para tirada, ya estoy yo.

—Ya me gustaría a mí estar tan tirada como tú.

—Tú sabes muy bien a lo que me refiero, quiero justo lo que tienen ellos —dijo señalando al barco que ya se atisbaba en el horizonte.

—Sí, pero el amor de verdad lo tienes ahí —replicó Cas, señalando el pantalán.

—Ya, pero con el amor no se come langosta, ni se viaja en *jet* privado. Y Javi no sé por qué me ha montado esa escena ridícula de celos cuando sabe perfectamente que entre nosotros nunca habrá más que sexo y amistad.

—Se preocupa por ti...

—Lo que le preocupa es que esta noche encuentre lo que llevo esperando toda la vida.

—¡Lo tuyo sí que es ridículo! A los veintiocho y todavía esperando un príncipe que te cubra de bolsos...

—Estoy más empoderada que nadie. He estudiado mi carrera, soy una profesional estupenda, gano un buen sueldo y sé tan bien lo que quiero, que no pienso apartarme ni un centímetro del camino.

—Aunque eso suponga renunciar al amor de tu vida. Pero si llevas con Javier desde los trece...

—En el pueblo había pocas distracciones, ¿qué iba a hacer? Además, era el más guapo de la comarca y aquí me pasa lo mismo. Para ir a menos, me quedo con lo que tengo... Y luego, Javi en la cama, siempre deja el listón tan alto que repito. Bueno, no hay más que ver cómo baila, siempre te lo digo...

—Ya —musitó Cas, que ya ni se acordaba de lo que era hacerlo.

—No te pongas así, que a lo mejor esta misma noche Dylan Boyle te pone con las cangrejeras al techo, en su camarote de lujo y ensueño.

Cas la miró horrorizada y se llevó el dedo índice a la boca para que cerrara el pico:

—Por favor... ¡Deja de decir chorradas! Este tío qué va a pensar...

Cas se refería al chico rubio con aspecto de surfista que conducía la zodiac y que iba completamente a lo suyo:

—¡Nada! Ni habla nuestra lengua, ni le interesas lo más mínimo. No hay más que mirarte para deducir que la mayor aventura que has vivido en los últimos tiempos es ir a comprar el pan —repuso guardando el teléfono móvil en la cartera y dando por finalizado el retoque.

—Menos mal. ¡Porque qué vergüenza! Vengo a la fiesta por ti, que eres una lianta, pero la primera y la última. Yo necesito tranquilidad...

—¿Ves por qué el barquero no hace ni el esfuerzo de intentar pillar algo? Pero no pasa nada, porque lo importante es que eres la siesa favorita del jefe... Jojojojojojo.

—Calla, por favor. ¡No me lo recuerdes!

Cris que seguía muerta de risa, se percató en ese instante que había un tío saludándolas desde el barco, el Omnia in Bonum IV:

—¡Holaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —gritó Cris, devolviéndole el saludo—. ¿Ese es tu

Dylan Boyle? —le preguntó a su amiga sin dejar de agitar los brazos.

Cas que estaba a punto de arrojarse al agua, y salir corriendo, respondió:

—Sí, es él.

—Tía, tía, tía... Menudo monumento. ¡Y te lo querías perder! —le dijo a su amiga. Y luego dirigiéndose a Dylan gritó—: ¡Ya estamos aquí, chicos! ¡Abridnos paso que llega lo bueno!

Capítulo 4

Después de que Dylan les presentara a sus amigos, vieran una puesta de sol increíble y cenaran tortilla con champán, Cas se sentó en una hamaca en cubierta, a contemplar las estrellas, apartada de todos.

O esa era su intención, porque al momento apareció Dylan y se sentó en la tumbona que estaba al lado.

—Se está bien aquí —habló con una sonrisa espectacular.

—Sí —replicó ella, muerta de la vergüenza, porque llevaba toda la noche evitándole.

—Y gracias otra vez por la tortilla. Estaba deliciosa. De estrella Michelin.

—De bar de barrio. Es la que ponemos en los pinchos del desayuno —precisó sin darle ninguna importancia.

—Pues yo iría todas las mañanas a desayunar a tu bar, solo por la tortilla.

—Ya, claro por mí no iba a ser... —replicó Cas, muy borde.

Dylan le clavó su mirada azul, que era preciosa y le preguntó:

—¿Estás incómoda en la fiesta?

—Estoy incómoda en todas partes. No te lo tomes como algo personal.

—La verdad es que me sorprendió mucho tu mensaje... ¡Y con tantas admiraciones!

Cas esbozó media sonrisa, porque aquello era tan patético que hasta daba risa:

—Mi amiga me arrancó el móvil de la mano y respondió por mí. Yo solo quería saber qué tal estabas.

—Me pareció muy extraño lo de guapo y resalado, pero me encantó saber que iba a volver a verte tan pronto. Lo que yo te puse en el mensaje lo sigo suscribiendo: eres mi siesa favorita. Ah, y lo de preciosa y el beso también...

Cas fijó la vista en el cielo y, con un corte tremendo, replicó:

—No tenía que haber venido. Pero a mi amiga le hacía tanta ilusión la fiesta en el barco...

—Es muy divertida. Mis amigos se lo están pasando genial con ella. Y yo contigo...

—Jajajajajajaja. Seguro que sí.

—En serio, me encantas. Y tus cangrejas me han matado... ¡Son tan encantadoramente feas!

—Me he vestido sin muchas ganas...

—El resultado es perfecto, estás arrebatadora... —aseguró Dylan. Y lo peor era que parecía sincero.

—Jajajajajajajaja.

—En serio, no sabes tú lo que me pone un caftán. Hace que mi imaginación se eche a volar...

Cas le miró y, arqueando una ceja, le preguntó:

—¿En serio? ¿O me estás vacilando?

—En serio, imagino tus formas, tus curvas y...

Cas sintiendo una ansiedad tremenda, porque no estaba preparada para que ese tío le dijera esas cosas con esa mirada y esa voz tan *sexy* le suplicó:

—No, no sigas. Si lo llego a saber, me habría puesto un vestido de los que usa mi amiga por la ingle.

Dylan la notó tan agobiada que se excusó, mientras se revolvía el pelo con la mano:

—Perdona si te ha molestado mi comentario.

—No, te lo digo para que no pierdas el tiempo conmigo. No quiero amargarte la fiesta...

—Estoy fenomenal. Además, quería contarte que he empezado a mover mis hilos para ver si puedo conseguirte un empleo. Ya verás como pronto tenemos buenas noticias. Creo que un profesor en un colegio privado en esta zona gana unos cinco mil o seis mil dólares...

—Al año.

—No, al mes.

Cas se revolió en el asiento, entornó la mirada y preguntó:

—¿De verdad?

—Todo lo que te digo es verdad. Como lo del beso que me has dado esta mañana... Ha sido el beso más dulce y más tierno que me han dado en la vida.

Cas lo miró y sintió que estaba diciendo la verdad; sin embargo, prefirió quitarle importancia:

—Tampoco exageres...

—Se me ha quedado como pegado a la mejilla hasta que he vuelto a verte. Por eso quería mandarte uno igual, porque ha sido muy especial, mejor dicho: me has hecho sentir muy especial. ¿Me dejas que te dé uno para que entiendas lo que te digo?

Cas le miró perpleja, porque lo que menos se esperaba esa noche era que ese pedazo de tío fuera a pedirle un beso para que se sintiera especial.

Es más, estaba tan pasmada que se quedó mirándole sin saber qué decir y al final acabó farfullando:

—Estoy fuera de juego. No sé...

—No te preocupes, era solo para que supieras de qué estoy hablando.

Dylan clavó la vista en las estrellas, un tanto decepcionado y Cas sintió que después de todo tampoco pasaba nada por ser amable con ese tío al que había estado a punto de llevarse por delante.

Por lo que se incorporó, se señaló la mejilla con el dedo índice y le pidió:

—No pongas esa cara, que me da una cosa... Venga, a ver, ¡bésame!

—Por mí no lo hagas. La cara no es por ti. Estoy afectado por lo de Abigail, ya sabes...

Además, esta tarde he hablado con el matrimonio, y me he quedado tocado...

—No me extraña. ¡Menuda tienes encima! Anda, dame el beso...

—¿Por qué? ¿Por pena o porque quieres experimentar lo mismo que yo?

—¡Dámelo de una vez! ¡No seas plasta!

Dylan la cogió por el hombro, la estrechó contra él y le estampó un beso en la mejilla que a ella la dejó más fuera de juego todavía.

—¡Madre mía! No esperaba que fuera tan precipitado ni tan arrebatado...

—¿Arrebatado? Si los quieres así, yo sé pegarlos como nadie. Modestia aparte.

—No, no, deja... Con este ya me apaño...

—¿A qué es especial?

Cas, con un cosquilleo en la mejilla de lo más tonto y sintiendo un mareillo como si se hubiera tomado dos copas de champán, replicó:

—Sí, te deja así como en un estado tontorrón...

Dylan se quedó mirándola divertido, porque para nada esperaba ese adjetivo:

—Si hubieras venido a la isla con otro... espíritu, esta noche íbamos a pasarlo de vicio.

—No estoy para vicios. Pero ni ahora ni nunca. No fumo, ni bebo, ni me drogo, ni...

—Tienes que hacerlo bajo estas estrellas...

Cas tragó saliva, y todavía con esa sensación de estar en una estúpida nube, replicó:

—En otro momento, sí, claro... Tiene que estar bien...

—Mucho más que bien. Es más, si lo hiciéramos, a ti se te pasaría la desgana existencial y yo me olvidaría por un buen rato de Abigail.

Cas se cruzó instintivamente de piernas, negó con la cabeza y respondió absolutamente convencida:

—Ya, pero es que no puedo hacerlo sin sentir nada por la otra persona.

—Empatizas con mi drama. Algo sientes...

—Sí, bueno, pero me refiero a amor... Yo no soy de líos, ni de rollos...

—Formalita como mi abuela...

—¡No te rías de mí!

—No, no. Si lo respeto profundamente. Y es admirable.

—Admirable no sé... Seguramente esta noche estaría mejor follando que metida en mi cama mientras no paro de pensar en lo mal que me he portado con mi ex, en mi futuro haciendo tortillas de patatas a cascoporro y en qué coño hago en las Bermudas...

—Oye, pues con las tortillas te digo que esta noche has triunfado. Si montaras un Teletortillas o algo parecido te forrabas... Yo si quieres te hago la *app* y te ayudo a echar a andar el negocio.

—Qué energía tienes. ¡Es increíble!

—Pues haciendo eso, soy igual... —bromeó.

—Jajajajajaja. ¡Y yo soy igual de abúlica!

Él la miró divertido, feliz de verla reír a carcajadas y replicó:

—¡No me lo creo! En tu mirada hay mucha vida...

Y justo en ese momento apareció Cris, que les pidió con el teléfono móvil en la mano:

—¡Qué bien se lo está pasando la parejita! A ver, decid algo que estoy transmitiendo en directo para mi Insta.

Cas con una cara de susto increíble, porque sabía que Dylan era celosísimo de su intimidad, le suplicó a su amiga:

—Corta.

Sin embargo, para su pasmo más absoluto, Dylan la cogió por el hombro la pegó contra él, saludó a la cámara y dijo:

—¡Hola amigos de Cris! Estoy aquí feliz con su amiguita Cas...

A lo que Cris respondió, mientras seguía grabando con la lengua espesa de tanto champán como llevaba encima:

—Y nosotras felices de que nos hayas invitado, bello misterioso. Porque mi amigo no quiere que se sepa quién es... ¿Verdad, guapísimo? —Dylan se partió de risa, Cas lo estaba pasando fatal y Cris terminó la historia de diciendo—: Y ahora, Cas y yo, vamos a deleitar a esta gente con nuestro arte... En un rato sabréis más...

Cris dejó de grabar y Cas, tras apartarse de Dylan, se excusó muerta de la vergüenza:

—Perdona el numerito. Ahora mismo lo borra todo.

—¿Por qué lo voy a borrar? No le he etiquetado ni he dicho quién es. A ti sí, para que se joda tu ex. Que vea lo bien que te lo pasas sin él...

Cas se tapó la cara con las manos y farfulló:

—¡Madre mía! ¿Por qué a mí?

—¿A ti te importa que lo haya subido? —le preguntó Cris a Dylan—. A tus amigos les he pedido permiso y me lo han concedido. Me he sacado unas *stories* muy divertidas con ellos. Pero sin decir que es tu barco ni nada de nada. Todo muy anónimo.

—No hay problema —aseguró Dylan, con una curiosidad tremenda por el arte que iban a desplegar las amigas.

—Actuará ella. Yo no pienso moverme de la hamaca —replicó Cas, mirándole muerta del horror.

—Qué va. Tú me vas a tocar las palmas. Y vamos a demostrar a esta gente el duende que llevamos dentro —le dijo a su amiga muy seria.

—A mi duende no le conozco, así que a mí déjame tranquila.

Cris que se había quitado los tacones en cuanto se había subido al barco, se fue a por la guitarra que había dejado sobre el sofá corrido de cuero de popa, avisó al resto de que la fiesta de verdad

iba a empezar en la proa, y allí que se plantó otra vez, guitarra en mano, y le pidió a su amiga:

—No tocaba la guitarra desde que lo hacía en misa en el colegio, pero los de la animación del hotel nos empezaron a pedir actuaciones de flamenquito, y como pagaban bien: Javi y yo nos pusimos las pilas. Él baila, yo canto y toco... ¡Y los volvemos locos!

—¡Pues vuélvelos locos tú sola! —exclamó Cas, cerrada en banda.

—Tía, solo te pido que me des unas palmas... Sin palmas esto es un puto pufo. ¡Ayúdame a crear la atmósfera!

Cris empezó a tocar los primeros acordes de *No estamos locos* de Ketama, los invitados empezaron a rodearles y Dylan se puso de pie, le ofreció su mano a Cas para ayudarle a que se levantara y le dijo:

—Yo hago de palmero contigo.

—¡Olé los valientes! —le gritó Cris, lanzándole un beso con la mano.

Cas resopló, agarró la mano de Dylan, él tiró suave de ella y se puso de pie temblando entera.

Supuso que de la vergüenza...

Y no por esa mano fuerte y ancha, ni por la cara con la que le estaba mirando ese tío que tras soltar su mano se puso a dar palmas.

Una cara como de que iba a comérsela entera si pudiera...

Cas no sabía, pero se estaba poniendo tan nerviosa que cuando pasó un camarero con una bandeja de copas de champán, cogió una, se la bebió del tirón y después se fue a por otra...

—¿Pero no decías que no bebías? —le preguntó Dylan, mirándola estupefacto.

—Necesito que el champán me maree y con un poco de suerte mañana no recuerde nada de esto...

Cris empezó a cantar, medio borracha como estaba, Cas apuró su segunda copa, la dejó sobre una mesa, y cuando pensaba que su amiga se había olvidado de ella, esta gritó:

—¿Me puede grabar alguien esta actuación que va a ser mítica?

Un chico rubio se ofreció, Cris le pasó su móvil y agradecida le dijo en español porque, aunque hablaba tres idiomas, el globo que llevaba encima ya solo le daba para la lengua materna:

—¡Muchas gracias, pelo mantequilla! Me ha dicho su nombre, pero es que se me ha ido la pinza. Bueno... Esto tampoco lo pilla porque no habla español... Jojojojo. Debe ser de Helsinki o de por ahí... En fin... Al lío... Pues ¡vamos *pallá!* ¡Esos palmeros guapos! Mi Cas y mi Dylan, ¡qué parejón, señores! ¡Que son como Pin y como Pon! ¡Vamos a petarlo! ¡Que nos van a escuchar hasta en la China!

Y se arrancó a cantar esa canción, luego siguió con Camarón, con los Chichos, con Rosalía y cuando Cas estaba convencida de que no podía pasar más bochorno, Cris se arrancó con una sevillana...

—¡Palmeros, esta tenéis que bailarla! Que mi Cas se apuntó conmigo a las clases de la

parroquia y Dylan tiene todo el arte del mundo en el cuerpo, que lo sé yo... Vamos con ella... *¡Y se amaron dos caballos, mire usted qué maravilla...!*

Cas con unas ganas infinitas de saltar definitivamente por la borda, se quedó rígida y cuál no fue su sorpresa que Dylan se acercó a ella, la miró a los ojos con una cara muy rara, y le susurró al oído:

—Hoy es tu día de suerte. Mi madre es sevillana...

Y ese tío levantó los brazos, empezó a bailar la primera, Cris al verle se puso eufórica y le gritó a su amiga:

—¡Cas, arráncate, que no se diga...!

Y Cas sintiendo todas las miradas sobre ella, empezó a bailar con ese tío que, para ella, se lo estaba haciendo con la mirada, y casi que lo confirmó cuando la sevillana terminó, él la agarró por la cintura, la estrechó contra su cuerpo y ella sintió su erección portentosa...

—¡Dios! —farfulló Cas, con la cara casi pegada a la de él.

—Cuando bailas, quemas. Eres puro fuego.

Los invitados aplaudían, los jaleaban, pero lo mejor vino cuando Cris empezó a gritar:

—¡Beso, beso, beso!

Cas se quedó mirando a Dylan, que seguía clavándole eso que no era normal y farfulló:

—Ay madre...

—Te juro que es la primera vez que me empalmo bailando esto...

—No quiero saber.

—Pero lo sientes. Y a lo mejor te incomoda...

—Yo estoy ya en un punto, que ni sé cómo me llamo.

—Te llamas Cas. Y tienes dentro de ti tanta pasión...

—Es el champán. Y ahora bésame, para que esta gente se calle de una vez.

Dylan le miró a la boca jugosa que se moría por besar y preguntó:

—¿Dónde? ¿En la boca?

Cas se mordió los labios de la ansiedad y le suplicó:

—Sé bueno, por favor...

—Soy muy bueno besando... Cuando te apetezca, lo compruebas.

Y tras decir esto, le estampó un beso en la mejilla que a ella le supo como si hubiera sido el más apasionado beso de tornillo.

Capítulo 5

La fiesta flamenca acabó a las siete de la mañana y quedaron en que se llamarían para la próxima.

La que quedó fue Cris, obviamente...

Cas estaba tan trastornada después de la sevillana que cuando se metió en la cama, ni pensó en su ex, ni en las tortillas, ni en nada que no fuera ese beso que había sido tan explosivo en su recato y castidad.

No quería ni figurarse lo que debería ser un beso de ese tío bien dado en la boca.

O sí...

Porque al final le dio por imaginarlo y la cosa acabó de tal manera que tuvo que ponerse la almohada en la cara para ahogar el grito, del pedazo de orgasmo al que sucumbió de solo recordar el beso, el cuerpo de Dylan pegado al suyo, y la voz tan arrebatadora diciendo: “Eres puro fuego”.

Luego se quedó profundamente dormida, se levantó al mediodía y achacó al champán todo lo que le había pasado la noche anterior.

—Nena, he estado viendo las *stories* que me fue colgando el pelo mantequilla y es que me parto. ¿No las has visto? —le preguntó Cris, que estaba recién salida de la ducha, con una toalla enroscada al cuerpo y otra a la cabeza.

—No. Ni quiero. Lo que pasó, pasó y ya está... —dijo loca por darse una ducha.

—Jajajajajajaja. ¡Pues tienes que verlo! Sobre todo, la sevillana, ¡oy, eso es oro puro! Tía, se ve perfectamente como él te agarra por la cintura, te pega contra su paquetón y te besa en la mejilla con unas ganas de follarte entera que lo flipas.

—¿Eso lo grabó? —preguntó Cas quedándose muerta.

—Sí, el tío tiene un arte para captar los momentos mágicos que no veas. Me grabó desgañitándome con Camarón, a vosotros mirándoos como bobos con el *Me quedo contigo*, a todos cuando se arrancaron por bulerías, y el fin de fiesta con toda la peña lanzándose en bolas al agua... Pero tranquila que no se ve nada, bueno a la única a la que se ve saltar desde la borda es a ti, en bragas y en sujetador, pero como usas esa lencería tan cómoda y tan grande, no hay problema.

Cas, aferrada al pomo de la puerta, exclamó muerta de la vergüenza:

—¡Bórralo, por favor! Ya sí que no voy a salir del bar en la vida... ¿Quién va a contratar a una persona tan poco seria?

—Tengo el perfil solo para amigos. No pasa nada. Es verano. Estas cosas son normales. Lo que no era normal era el puto coñazo que has vivido durante diez años con Nacho. ¿Qué era lo más

loco que hacíais en verano? ¿Jugar al Scrabble?

—Hemos hecho viajes muy bonitos, tengo recuerdos maravillosos en Grecia, en Italia, en Chequia, en Turquía...

—¿Recuerdos como el de la sevillana de esta noche? ¡Ni de coña! Tienes recuerdos de ir con la lengua fuera de museo en museo, de monumento en monumento, y luego caer rendida en la cama sin follar, ni que te haya dado un beso como Dios manda en ningún sitio romántico.

—A Nacho le apasiona la historia y caíamos rendidos los dos, porque con él las visitas nos cundían muchísimo.

—El momento sevillana de anoche: tú no lo has vivido con Nacho ni soñando...

—No me recuerdes más la sevillana, por favor. Fue por culpa del champán... Y no se va a volver a repetir...

—Jojojoho. No, qué va... ¡Pero si la atracción que tenéis es brutal! En la vida te he visto las chispas que tienes cuando miras a Dylan. Qué digo chispas, tienes fuegos artificiales en los ojos...

Cas reconocía que Dylan estaba muy bien y que había sentido algo especial esa noche, pero por culpa del champán.

Sí. Solo podía ser por eso.

—Porque se me subió el champán a la cabeza.

—No. Las chispas son de la pasión que te quema por dentro. Y ya verás lo poco que vas a tardar en caer...

—Ni loca. Y a ver si con un poco de suerte, se olvidan de nosotras y no nos llaman más.

—Sí, se van a olvidar... Buah. ¡Pues anda que no se lo pasaron bien! Estos repiten, seguro.

—¿Y te gusta alguno en especial? —preguntó Cas, temiéndose lo peor.

Cris resopló, negó con la cabeza y respondió con cierto desespero:

—Qué va, tía. ¿Por qué te crees que arrasé con el champán? Pensé que poniéndome la nube delante de los ojos acabaría viendo las cosas de forma diferente. Pero nada. Como Javi ninguno. ¡Y ni se te ocurra decírselo a él!

—Es que Javier es demasiado...

—Los amigos de Dylan son divertidos, majos, me cayeron genial, pero son tan rosados... A mí es que me pone más una carne morena y un pelo negro... Y eso que sé que al de pelo de color mantequilla le molo, porque me lo dijo...

—Se llama Boris...

—Es el heredero de un imperio de los repuestos de automóvil y el tío tiene isla propia y todo. Pero no me entra por los ojos, ni bebiéndomelo todo... Soy así de asquerosa...

—No le des más vueltas: estás enamorada de Javier. Y ya está.

Cris miró a su amiga con cara de susto y replicó batiendo las manos:

—¡No puede estar! Nosotras vamos a seguir quedando con estos, y seguramente me acabe

haciendo tilín alguno. Es cosa de conocerse y poco a poco irá surgiendo la chispa. ¡Qué le voy a hacer! No todas tenemos tu suerte...

—¿Mi suerte?

—Sí, tía, lo vuestro lo veo cantado. No tienes ni que hacer el esfuerzo de que te guste. En fin, voy a ver si me tomo algo para el dolor de cabeza, que esta noche tenemos sarao... —dijo Cris, mientras se desenroscaba la toalla de la cabeza.

—Sarao ¿dónde?

—En el hotel. Hay fiesta tropical y viene un grupo de salsa, y el domingo pincha un *dj* medio famoso. Javier anima que es un gusto, ya verás, te lo vas a pasar muy bien.

—No vengo preparada psicológicamente para empalmar una fiesta con otra...

—¡Da lo mismo! Los mojitos son gratis.

—No bebo, ya lo sabes.

—Hay bailarines guapísimos. Ya verás cómo te gustan... Bueno, como Dylan Boyle no son, pero aburrirte no te vas a aburrir, ya te lo digo yo...

Cas no se aburrió, ni en las fiestas donde se lo bailó todo, ni en las mañanas en la piscina aferrada siempre a un granizado de piña y coco, ni en las tardes en la hamaca en la playa donde se pasaba leyendo hasta que caía la noche.

Y así estuvo hasta que llegó el martes y, cuando estaba dormitando en el sofá después de comer, recibió un mensaje de Dylan.

Desde entonces, no habían vuelto a saber nada de él ni de sus amigos, cosa que Cas celebraba porque aquello no iba a ninguna parte.

Ni su amiga iba a terminar con Boris, ni ella por supuesto que con Dylan...

Pero, con todo, no pudo evitar sentir cierto cosquilleo en el estómago cuando vio que era él quien le enviaba el wasap. Y después, una especie de pequeño vértigo cuando leyó:

¡Hola Cas! He estado muy liado desde el viernes, ya te contaré, pero esta tarde, a la seis, vamos a ir a jugar al vóley a Horseshoe Bay y me preguntaba si os apetecería venir. Por cierto, ¿sabes que no puedo parar de pensar en aquella sevillana que bailamos? Bueno, ya me dices...

Cas se quedó mirando el mensaje con tal cara de pánfila que Cris, que estaba sentada en el sofá de al lado leyendo una revista de lujo para millonarios, al momento sospechó:

—Uy, ¿no te habrá escrito Dylan Boyle?

Cas apretó fuerte el móvil, porque esta vez no se lo iba a quitar de la mano y respondió:

—Sí, pero voy a responderle yo...

Cris sonrió de oreja a oreja y preguntó loca por saber mucho más:

—¿Te ha puesto algo picante?

—¡Tú siempre pensando en lo mismo! Me pregunta que si queremos ir estar tarde a jugar al vóley a la playa de Horseshoe Bay...

—Jojojohojo. ¿Ves? Ya te decía yo que estos volvían al ataque, y si no lo han hecho antes es porque los millonarios están llenos de compromisos. Siempre están mezclando negocios y placer... Como te pasó a ti el otro día, que casi te monta un Teletortilla antes de apretarte contra su...

—Calla, por favor. Qué vergüenza...

—¿Vergüenza de qué? Si bailasteis con tanto arte que los invitados casi echan el barco abajo con los aplausos. Así que déjate de chorradas y responde rápido, que estos tienen la agenda muy movidita. Les puede salir otro plan en cuestión de segundos...

Cas que no pensaba contarle lo que Dylan le había puesto en relación a la sevillana, replicó por si acaso su amiga aún no se había enterado:

—Yo es que no quiero líos. He venido aquí a estar tranquila...

—Ese rollo ya no te lo crees ni tú. Venga, dile que sí... Y que se preparen porque tú en el colegio eras una máquina.

—El voleibol no se me daba mal. Pero en la playa nunca he jugado...

—Se te daba genial, sor Consuelo decía que tenías madera para jugar en la selección absoluta... Y si Dios te da un don, tienes que desarrollarlo. Acuérdate de la parábola de los talentos...

Cas resopló, clavó la vista en el techo y confesó:

—No creo que deba quedar con él otra vez. No tiene sentido. Yo no quiero nada con Dylan, y no voy a hacerle perder el tiempo.

Cris le tendió la mano y le dijo en un tono como si estuviera hipnotizándola:

—Pásame el teléfono...

—No.

—Sí. Porque tú estás tan confundida que no tienes ni pajolera idea de lo que quieres. Y yo sí...

—¿Ah sí?

—Sí, yo sé que a ti ese tío te pone, como no te ha puesto nadie en la vida...

Cas pensó que su amiga tenía razón, pero había algo importante que no estaba teniendo en cuenta:

—Está enamorado de otra, y yo no soy de rollos... Mejor me quedo en la playa leyendo...

Capítulo 6

Cas se plantó en la playa de arena rosa y aguas turquesa de Horseshoe Bay, con el bikini de vóley más recatado que encontró en la tienda del *resort*.

Pero consiguió el efecto contrario porque en cuanto se despojó del vestido de cuadros *vichy* que llevaba, lo arrojó en un capazo de paja, y se acercó a la red donde Dylan y Boris ya estaban calentando, aquel se quedó mirándola deslumbrado y exclamó:

—¡Buenas tardes! ¡Qué *sexy*!

Cas pensó que él sí que estaba *sexy* con ese pedazo de torso desnudo. Si bien, no dijo nada.

Luego Dylan se acercó a ella, la besó en la mejilla, pero tan atrás que casi le rozó la oreja y Cas, poniéndose absurdamente nerviosa, farfulló:

—¡Mejor no digas nada, que he estado a punto de comprarme un traje de neopreno!

—¿Por qué? ¿Tienes una relación conflictiva con tu cuerpo? ¿No lo aceptas y te avergüenzas de él?

Cas pensó que mejor no le contaba la relación que tenía últimamente con su cuerpo. Porque desde que estaba en Bermudas salía a triple orgasmo diario.

No sabía si era el sol, la humedad, el relajo o que no podía parar de pensar en Dylan a todas horas, pero estaba desatada.

—No es eso exactamente...

—Ya sé que lo de la autoimagen es jodido, pero permítame que te diga que tienes un cuerpo precioso, con curvas perfectas, pechos altos y redondos, culo bien puesto, piernas de ensueño...

Cas, muerta de la vergüenza, negó con la cabeza y le suplicó:

—¡No sigas, por favor! Mi problema no es ese... Tengo el cuerpo de una mujer que se ha pasado los últimos seis meses corriendo por el parque como una loca, a ver si generando endorfinas se sentía menos mal. Pero nada...

—Tienes un cuerpo de diosa de bronce...

—Eso lo dices porque me ves distante y fría.

—No. Para nada. Al contrario, me pareces cercana y ardiente. Lo decía por el color de tu piel, tienes un bronceado muy bonito.

Cas se ruborizó y replicó, mientras se escuchaba al otro lado de la red a Cris a carcajada limpia con Boris:

—No tenía que haber venido. Me comporto como una pánfila y tengo la sensación de que te estoy haciendo perder el tiempo.

Dylan se acercó más a ella y le dijo con una sonrisa enorme que a Cas le mató, porque entre lo

espectacular que estaba sin camiseta y unos pantalones cortos negros, y su olor a cedro, menta y limón, aquello era insuperable:

—Tenía muchas ganas de verte otra vez. Y no me haces perder el tiempo, al revés: me lo paso genial contigo.

—¿Ah sí?

—Eres tan diferente a todas... Casi me matas, usas túnicas hasta los pies, lencería extragrande, has estado a punto de venir a jugar al vóley con un traje de neopreno...

Cas con una ansiedad tremenda, reconoció llevándose la mano al vientre:

—Para evitar la catástrofe...

—¿Cuál?

—Entre nosotros hay una incomprensible y absurda atracción sexual.

—¿Y crees que eligiendo los estilismos más monjiles vas a mantener a raya mi deseo? Porque desde ya te digo que consigues el efecto contrario... Cuanto más recatada, más me pongo...

Cas no pudo evitar echarse a reír, porque aquello es que no podía ser:

—Yo lo que sé es que entre nosotros no va a pasar nada.

—Y me encanta... Es algo nuevo para mí. Y no hay nada que me estimule más que un reto.

—Un reto imposible.

—Esos son los mejores.

Dylan le clavó la mirada y Cas creyó que iba a correrse ahí mismo, menos mal que de pronto Cris gritó:

—¡Vamos, tortolitos, dejad el tonto para luego que se nos va a hacer de noche!

Cas la miró fulminándola con la mirada, Cris se partió de risa y Dylan replicó:

—¡Tienes razón! Repasamos las señales y empezamos...

Dylan le mostró las señales con las que iba a marcar las estrategias de bloqueo, luego levantó las palmas de las manos para que Cas las chocara y exclamó:

—¡Vamos a por todas!

Cas le chocó las manos, él se quedó parado frente a ella y le confesó por si acaso no lo sabía ya:

—No me gusta perder, en nada. Y sé que hoy tampoco lo voy a hacer...

Cas se puso más nerviosa todavía, porque ese tío tenía tal ambición en la mirada que le estaba entrando hasta miedo.

—No juego al vóley desde que estaba en el colegio. Y en la playa jamás he jugado, siempre veraneábamos en el mismo pueblo del Mediterráneo que no tenía arena fina, sino piedras cabronas. Ahí empezó mi romance con las cangrejas...

—Oh. No me hables... ¡Tienen un terrible poder erotizante!

—Mejor no quiero saber. Y volviendo al vóley... Pues... Ya sé que no te gusta perder, pero a lo

mejor hoy te toca hacerlo...

—Jajajajajajaja. ¡Yo no pierdo ni a las chapas! Así que, esmérate, preciosa, por la cuenta que te tiene...

—¿Me estás amenazando? ¿Si pierdo qué me vas a hacer?

—Besarte. Y no lo vas a resistir.

—Jajajajajajaja. ¡Ay que penita me están dando esos dos! Porque ahora sí que te garantizo que los vamos a machacar.

El partido comenzó y se lo tomaron tan en serio que celebraban cada punto como si se estuvieran jugando una medalla olímpica.

Cómo no sería la cosa que cuando ya iban 18-2 en el primer set, Cris que estaba bañada en sudor y desfondada, le pidió a su amiga que se acercara a la red y le suplicó:

—¡Ten piedad de mí! Ya sé que te estás matando para ganar todos los puntos y que Dylan te felicite pegándote contra su cuerpo sudoroso, pero yo no puedo más. Afloja un poco que vas a lisiarme...

—No pienso perder este partido. ¡Me ha amenazado con besarme si palmamos!

—A mí menos mal que pelo mantequilla no me he amenazado con nada, porque entre lo rosado de su piel y que suda como un pollo, no me pone nada de nada. Y es majo, porque el pobre no para de darme ánimos y de decirme que lo vamos a remontar, pero es que no me entra por los ojos, tía.

—Normal. Para eso ya tienes a Javier...

—Me he subido unas *stories* antes de empezar el partido y tiene que estar bueno... Por cierto, también os he sacado a vosotros cuando estabais de risitas... ¡Ya las verás! Se os ve tan felices juntos...

—¡A mí no me saques más! Y deja de decir chorradas...

—Para chorradas las tuyas, que no quieres besarlo, pero llevas todo el partido haciendo manitas, frotando tus pezones duros contra su torso hercúleo y mirándole sin parar ese culazo que tiene...

—¡No le miro el culo! Miro las señales que me marca, con las manos detrás de la espalda, para las estrategias de bloqueo.

—Este también hace cosas con los dedos y yo ni puta idea. A ver si terminamos pronto con este tormento, me pongo a charlar con él a solas y voy descubriendo cosas de su personalidad que me hagan olvidar que tiene la piel de color de Pepa Pig...

Y tras la pequeña charleta volvieron al partido que acabó con el primer set con un tanteo de 21-3 y el segundo con uno de 21-2 a favor de Cas y Dylan...

—¡Eres una auténtica *crack* y eso que no habías jugado nunca! —exclamó Dylan abrazándola fuerte tras acabar el partido.

Y Cas, que ni recordaba cuándo había sido la última vez que le habían dado un abrazo

semejante, replicó:

—¡Estaba muy motivada!

Dylan la miró divertido, y admirado de la energía y de la fuerza que tenía, le propuso:

—Hay una piscina natural aquí cerca, si quieres nos damos un baño...

A Cas le apetecía darse un baño, pero por supuesto que no a solas con él, por lo que les pidió a Cris y a Boris que estaban tumbados en la arena, derrengados:

—Chicos, ¡vámonos a la piscina natural!

Cris la miró alucinada, sin mover ni un solo músculo y replicó:

—De aquí no me mueven ni con carretilla. ¡Id vosotros solos!

Cas pensó que ni de coña iba a quedarse a solas con Dylan después del abrazo tan intenso que le había dado y que había hecho que le temblaran hasta las pestañas. Así que repuso:

—Es que es más divertido si vamos todos juntos...

—¿No os estará pasando por la cabeza que echemos ahora un partidillo de waterpolo para acabar de hundirnos en la miseria? —preguntó Cris con guasa.

—Es para charlar y pasar un rato agradable... —repuso Cas, mintiendo como una bellaca.

Cris la miró muerta de risa y le aconsejó divertida:

—Vete con Dylan tranquilamente, es un tío de palabra. Habéis ganado, no te va a besar.

—Por supuesto que no —aseguró Dylan con una sonrisita endiablada.

—¿Ves? Nosotros os esperamos aquí, que Boris tiene que contarme un montón de cosas...

Cas se fue con Dylan hasta la piscina natural, mientras él no paraba de alabar lo bien que se le daba el vóley... O eso creía...

—Tú tienes una cantidad de cosas dentro que me parece que ni sabes.

—Sor Consuelo me decía que me dedicara en serio al vóley, pero...

—No solo me refiero al vóley. Es a todo en general. Tengo la sensación de que no dejas que salga todo lo que tienes, de que te pasas la mayoría del tiempo conteniéndote. Y es una pena... Porque cuando hoy te he visto jugar, reír, gritar, luchar y hacer de todo para salvar un punto, me has dejado absolutamente fascinado. Porque esa es Cas, la verdadera Cas, y no la otra que pretendes venderme.

Cas le miró molesta porque ella no quería venderle nada...

—Me muestro como soy todo el rato. No estoy haciendo ningún papel...

—A la primera a la que se lo pretendes colar es a ti misma. Pero tú eres mucho más que una chica triste y apagada porque vive asfixiada entre el miedo y la culpa.

Cas se retiró las gotas de sudor que tenía en la frente y musitó:

—Joder, ¡suena tan deprimente!

—Es que es tú no eres eso. Y ojalá te des cuenta pronto... El que sí que anda un poco triste y apagado soy yo...

Cas le miró sorprendida porque eso sí que era una novedad:

—¿Tú? ¿Don Perfecto?

Dylan señaló al horizonte donde la puesta de sol era un espectáculo irrepetible y replicó:

—Eso sí que es perfecto. Yo no. ¿En qué momento te he dicho que lo fuera? —inquirió arqueando una ceja—. Además, el primer día te confesé de qué pie cojeo... Y ayer vi a Abigail...

Cas se quedó de pasta de boniato, mientras mascullaba:

—¿Y qué pasó?

—La piscina la tienes enfrente de ti...

Cas contempló esa maravilla de piscina natural, de aguas cristalinas, entre rocas salvajes, pero en ese instante solo una cosa acaparaba su atención:

—Es una maravilla. Gracias por traerme. Pero cuéntame, ¿todo bien con ella?

—Vamos al agua... —respondió esbozando media sonrisa y zambulléndose después.

Cas se sumergió en esas aguas transparentes y nadó hasta él, que estaba haciéndose el muerto.

Y como ya no podía más de la curiosidad que tenía por saber qué había pasado con Abigail, canturreó:

—Ya estoy aquí.

Pero él ni caso.

Joder. ¿Habría destapado por fin el pastel?

La respuesta la obtuvo un rato después, cuando ese tío dejó de hacerse el muerto y le soltó sin más:

—Me invitaron a comer. Los padres de Abigail tienen una villa en Warwick y están pasando estos días con ellos. Llevaba sin verla unos meses, y me pareció que estaba más guapa que nunca, le brillaba la mirada y tenía un aura especial. Estaba cambiando la rueda de la bicicleta de su hijo mediano, al tiempo que atendía una llamada urgente del hospital que dirige, vigilaba a los niños en la piscina, a su padre que estaba subido a una escalera podando un rosal, a los tres perros que correteaban como locos y que se acababan de cargar un gnomo del jardín... Y encima saltó la alarma del horno donde había metido un succulento pastel de carne. Vamos, una locura... Pero ella estaba ahí, como si nada, haciendo que todo fluyera de una forma mágica y perfecta. Y se me escapó un: “Eres increíble”, que me salió del alma... Y se lo debí decir con tanta convicción, que se me quedó mirando divertida y me preguntó: “¿Tú no seguirás enamorado en secreto de mí?”.

Cas con los ojos como platos, se echó el pelo a un lado y exclamó:

—¡Ay Dios! ¡No me digas que te lanzaste y le contaste la verdad!

—Me pareció más sensato contarle que estaba enamorado de ti.

Cas pestañeó de prisa y preguntó porque estaba segura de que no había escuchado bien:

—¿Cómo que de mí?

—No se me ocurrió nada más creíble para salir del paso. Algún día le contaré mi verdad, pero

no en mitad de ese zafarrancho familiar. Así que lo mejor es que piense que te estoy conociendo y que estoy pilladísimo por ti. Le confesé que todo empezó el día en que casi me arrollas con tu Vespa por evitar atropellar a un mapache...

—¿Hay mapaches en Bermudas?

—Tampoco es muy normal bailar sevillanas con cangrejas... Se partieron de risa... Les encantó nuestra historia... Y debí desplegar tal entusiasmo narrativo que me aseguraron que me ven más feliz que nunca, que me sienta genial estar enamorado.

—Vaya... —masculló Cas, sin saber qué decir.

Porque que hubiera recurrido a ella para hacer más verosímil la mentira, entre que le inquietaba y le gustaba.

—Por eso estoy un poco plof... Pero tenía que ser así... Ya habrá una ocasión más propicia. Pero de momento, estoy enamorado de ti... —dijo clavándole esa mirada azul tan intensa que Cas sintió un estremecimiento como si lo que acababa de decirle fuera absolutamente verdad.

Capítulo 7

Después de cenar los cuatro en el *beach* club y bailar hasta las tantas bajo las estrellas, Dylan les propuso, justo antes de despedirse de ellas en la puerta del *resort*, que quedaran el viernes para hacer *snorkel* y almorzar en el barco de Dylan.

A Cris le faltó tiempo para decir que sí, y Cas que estaba como idiotizada después de tanto bailecito, ni rechazó.

Para qué...

Dijera lo que dijese, al final Cris iba a hacer lo que diera la gana.

El caso fue que llegó el viernes y tras cerrar la puerta del *bungalow*, Cris se fijó en el frasquito de aceite de tiburón que colgaba del techo del porche y le dijo a su amiga canturreando de felicidad:

—¡Transparente! ¡Vamos a tener un día increíble!

El frasco de aceite tiburón era el barómetro que se utilizaba en la zona y la verdad era que los días anteriores había llovido y el aceite se había puesto bastante oscuro.

Aunque Cas lo acachó a su estado de ánimo, porque desde que despertó el miércoles, y pasada ya la euforia del vóley y del baile, no podía dejar de dar vueltas a lo que Dylan le había dicho durante la puesta de sol.

Y es que en el fondo él tenía razón. Era mucho más que una chica triste y apagada, pero lo que él no sabía era que desde que cometió el error que hizo que todo saltara por los aires, ella misma había permitido que el miedo y la culpa controlaran su vida.

No había encontrado mejor modo de castigarse por haberla pifiado de semejante manera...

Si bien, lo que en Madrid le había parecido hasta justo, en Bermudas lo estaba encontrando tan deprimente como estúpido.

Y era algo que le tenía tan cabreada que no le extrañaba que su energía hubiera acabado tiñendo al aceite de tiburón los dos días anteriores.

Menos mal que el viernes despertó de mejor humor, lucía además un sol radiante y hasta le apetecía dar un paseíto en barco.

A ella...

A Miss Siesa del verano...

Aunque a lo mejor ya no lo era tanto porque, tras echar un vistazo a su armario, buscando qué ponerse para la jornada marinera, le dio por hacer algo que no había hecho en la vida.

Agarró unos *jeans*, les metió un tijeretazo a la altura de la ingle, y los desflecó con una alegría que no le cabía en el cuerpo.

Pero es que no conforme con eso, abrió el cajón de los bikinis y sacó uno naranja flúor que se compró hacía dos años y que todavía no había estrenado porque los triángulos le parecían demasiado pequeños.

Y sí, eran enanos, pero ese día se probó el bikini y lo encontró perfecto para Bermudas.

Se lo dejó puesto, se plantó los *jeans* rotos, una camisa blanca y se calzó unas alpargatas. Acto seguido, se puso un montón de *gloss* en los labios, se hizo una coleta desenfadada, se colocó en la cabeza a modo de diadema unas gafas en forma de corazón que le había mangado a Cris, se miró en el espejo y pensó que no era ella.

Pero lo era...

Así que cogió la cesta de paja donde había metido todo lo que necesitaba para pasar el día fuera, se la colgó al hombro y salió de casa a toda prisa antes de que le diera por arrepentirse.

Y ya en el porche, después de que Cris le comentara lo del aceite de tiburón, vio cómo agarraba de un extremo una colchoneta gigante en forma de flamenco que estaba apoyada en la pared y le decía:

—¡Ayúdame a llevarla hasta el muelle! Hoy nos recogen allí...

—¿Vas a ir con eso al barco?

—Me la compré ayer y Javier me la ha inflado a primera hora a puro pulmón.

—Es un amor.

—No te creas, que en cuanto le he dicho que nos íbamos a pasar el día con estos, ha estado a punto de desinflarlo...

—Pero no lo ha hecho.

—Más le vale. Y es que no tiene derecho a cabrearse, yo hago con mi vida lo que me da la gana. No tengo que darle explicaciones. No es mi novio. Estoy harta de decírselo... Me dice que sí, que lo acepta y que lo asume, pero cada vez que le digo que voy a quedar con estos le entran unos celos ridículos.

—Yo es que no cansaré nunca de repetirte que está enamorado.

—Pues mala suerte. Tengo los objetivos muy bien marcados y cuadran a la perfección con los de Boris. Que sigue sin ponerme nada, pero es un cielo de chico, tan dulce, tan bueno, tan comprensivo...

—Y tan forrado.

—Pues sí, tía... El martes me contó que también tiene casoplón en Aspen... Así que hoy me lo subir a la subir a la colchoneta, y así asándonos bajo el sol bien juntitos, voy a ver si prende de una vez la maldita llama...

Cas agarró la colchoneta por el otro extremo, en tanto que Cris tras echar un vistazo a su atuendo, comentó:

—Y tú con Dylan veo que te va muy bien... No has refunfuñado ni una sola vez y vas vestida de

influencer...

—Es que hoy me siento bien, pero Dylan no tiene nada que ver.

—No, ¡qué va! Pero si acabaste bailando con los brazos para arriba en plan: “mira qué estoy buena, Dylan cómeme...” —canturreó poniendo morritos.

—Bailaba así porque me sentía libre...

—Le tenías como la barra de salchichón que te he metido en la cesta.

—¡No creo que fuera para tanto!

—¿No viste las *stories*?

—¡No! ¿También nos grabaste bailando?

—Claro, y puse la etiqueta #parejasquedanmuchoaenvidia. Y ahora nos vamos a hacer una selfi con el flamenco y el salchichón, con la etiqueta: #cositasbuenasdelavida #consalchichóntodoesmejor.

—¿En serio?

Cris sacó el salchichón de la cesta de su amiga y le explicó:

—Estos los consigue Javi a través de un amigo y la gente mata por ellos. ¡Ya verás qué contentos se ponen cuando lo vean! Y ahora aguanta tu sola la colchoneta un momento...

Cris sacó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón, posó con el salchichón en la mano y una sonrisa triunfante y Cas detrás haciendo malabarismos para aguantar la colchoneta sin parar de reírse.

—No me puedo creer que vayas a subir una foto así...

—Esto es un símbolo de estatus como un peluco bueno. Hale, ¡ya está! —exclamó guardándose el móvil—. Vamos para el muelle, que Dylan tiene que estar ansiosito por verte.

Las dos se echaron a andar con la colchoneta a cuestas, en tanto que Cas le decía:

—Con Dylan no va a pasar nada.

—Ya, por eso le ha soltado a la ex que está enamorado de ti.

—Porque fui la primera que se le vino a la mente.

—Porque eres la que más le gusta. Como a ti te gusta él... El martes seguro que después de tanto bailecito *sexy* terminaste matándote a pajas. Y él lo mismo...

—Yo es que de estos temas sabes que no hablo.

—O sea que sí. Jo qué bien. ¡Ojalá me pasara a mí eso! Pero es que nada, y lo que es peor cuando estoy con Boris no paro de acordarme de Javi. De su mirada, de su olor, de cómo me hace reír, de cómo baila el cabrón. Pero bueno, supongo que con los días empezaré a encontrarle el punto a Boris.

—Creo que no. Pero eres tan terca que es mejor que te convenzas sola...

—Eso ya me lo dirás cuando vayas a visitarme a nuestra mansión en nuestra isla privada.

Y así estuvieron de risas, hasta que llegaron al muelle donde ya les estaba esperando el barco.

Subieron a bordo, y Dylan se quedó maravillado en cuanto vio a Cas:

—No sé cómo lo haces que siempre me sorprendes. ¡Estás radiante!

—Me ha dado por cortarme los pantalones y ponerme estas gafas de la loca de mi amiga... — dijo encogiéndose de hombros.

—Me parece que es mucho más que eso... —replicó él.

—Bueno, sí, también el día que me ha puesto de buen humor... —repuso para no profundizar mucho más en el tema.

Luego, el barco zarpó y se acomodaron en los asientos de proa con los otros cinco amigos de Dylan que estaban recién llegados de Nueva York y Boris que les estuvo haciendo de guía turístico, mientras Cris intentaba contener los bostezos.

Y ya al llegar a Tobacco Bay, el barco se detuvo porque era uno de los mejores sitios para disfrutar del *snorkel*.

Todos se lanzaron al agua, menos Cas y Dylan que eran los únicos que todavía iban con ropa.

—¡Qué prisa tienen! Con lo bonito que es tomarse su tiempo. ¿No te parece? —le preguntó Dylan al tiempo que se desabotonaba la camisa de una manera tan *sexy* que ella creyó que le iba a dar algo.

Pero lo mejor vino cuando por fin se despojó de la camisa y Cas no pudo evitar que se le escapara un:

—¡Madre mía!

Y es que no se acostumbraba a tamaña belleza, al contrario: cada vez le impresionaba más.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él frunciendo el ceño.

—No. Nada. El calor... —respondió mordiéndose los labios.

—Sí, hoy pega bastante... —dijo él, sin poder evitar que la vista se le fuera a los labios de esa chica que comenzó a desabotonarse la camisa a toda prisa, como para terminar con aquello cuanto antes.

Luego se quitó los pantalones, y él por poco no reventó los suyos, al verla con un bikini de triángulos pequeños, que le sentaba tan bien que no pudo reprimir soltar un:

—¡Joder!

Cas mientras colocaba bien la lazada de la braguita, le preguntó convencida de que su exclamación no tenía nada que ver con ella:

—¿Qué pasa?

Dylan estuvo a punto de responder que sucedía que le ponía tanto, que era la primera mujer que había conseguido erotizarle con solo verla arrastrar una ridícula colchoneta de playa.

Si bien, en su lugar dijo, mientras miraba al mar fingiendo un entusiasmo excesivo:

—¡Acaba de pasar una tortuga!

Cas sonrió, y sin saber por qué, en vez de echar la vista al mar, se le fue a la entrepierna de ese

tío que esa mañana estaba bien contento.

Y le entró tal vergüenza que se lanzó a por la máscara de *snorkel* que tenía en la cesta, y luego, corriendo como una loca por la borda, le gritó:

—¡A ver si la pilló! ¡Me pierden las tortugas!

Y se arrojó al mar sin que se pudiera sacar de la mente la imagen del poderío de ese tío que cada día le alteraba más y más.

Luego, nadó un poco hasta juntarse con el resto del grupo y se esforzó en poner toda su atención en el fondo marino, donde al momento empezó a ver peces loro, peces mariposas, langostas, pulpos, tortugas...

Era una maravilla.

—¿Qué te parece? —le preguntó Dylan, que al rato apareció junto a ella.

—Espectacular. De impresión... —respondió refiriéndose a él.

Y tras decirlo, se ruborizó tanto que volvió a meter la cabeza en el agua sintiéndose una auténtica pava.

Una hora después, volvieron de regreso al barco donde Cris se puso a partir salchichón como si no hubiera un mañana y así zarparon en dirección al oeste de las islas para acabar recalando junto a los restos del Vixen.

Un viejo acorazado hundido en la zona, junto al que los turistas suelen bucear y disfrutar del fondo marino y los corales...

Sin embargo, Cris estaba harta de tanto buceo, y decidió que había llegado el momento de pasar a la acción. Por eso, se arrojó al mar con la colchoneta y desde allí le gritó a Boris que bajara a acompañarla...

Boris que todavía seguía contando la historia del Vixen, se disculpó con el resto de los invitados, se lanzó al mar y, después, se subió a la colchoneta con ella.

Y tras un buen rato de un palique de lo más aburrido, Cris decidió animar la cosa y decir:

—Estamos aquí mejor los dos. ¿No te parece, Borisín?

Boris era alemán, y hablaba inglés como masticando las palabras. A Cris le parecía que tenía un acento horrible, que le ponía menos aún que su pelo de color mantequilla o sus carnes rosadas, pero querer era poder... ¡Y ella iba a querer costara lo que costase!

—A tu lado estoy bien en cualquier parte... —confesó Boris, mirándola descaradamente a las tetas.

Y Cris lo odiaba, porque le entraba una sensación de que ella no estaba allí.

Sino sus tetas...

Las absolutas protagonistas de todo...

Y ella era mucho más que su buen par de tetas... Por eso, le agarró por la barbilla y se la levantó para forzarle a que la mirara a los ojos:

—Me pasa lo mismo. Estos días contigo están siendo tan especiales que...

Cris se calló y bajó la vista lentamente hasta la boca de hilo de ese tío que tampoco era que le pusiera demasiado.

A ver, pensó, que Boris estaba bueno, era alto, rubio, fuerte, tenía unos bonitos ojos verdes, pero la boca...

Arg. Ella odiaba esas bocas finas...

Pero a lo mejor era cosa de catar una y cambiaba de parecer, pensó.

Y entonces, sucedió que él de repente habló:

—Dame tu lengua... —masculló Boris, sacando una lengua ancha, larguísima y rosada como la de un San Bernardo.

Cris petrificada al ver aquello, agradeció que de repente, en mitad del mar, se escuchara una voz masculina gritar en un tono de cabreo monumental:

—¡Cris, tengo que hablar contigo!

Cris se giró y vio que era él...

Javi.

Y sintió tal alegría que, tras excusarse con Boris, se arrojó al mar y nadó hacia él dando gracias a Dios por el milagro...

Capítulo 8

Javier al ver que a ella no solo le había faltado tiempo para saltar de la colchoneta, sino que nadaba hacia él con una sonrisa enorme, se quedó estupefacto, y ya cuando estaban flotando en mitad de ese mar, frente a frente, le preguntó:

—¡Qué raro que me estés sonriendo así!

—Ya sé que tenía que estar echándote la bronca, porque no sé qué coño haces aquí. ¡Pero no imaginas lo muchísimo que me alegro!

—He traído a un grupo a hacer *snorkel*...

Cris sin dejar de sonreír, y con unas ganas absurdas de besarlo, exclamó:

—¡Qué casualidad! Y los has traído justo al sitio donde estoy yo...

—El sitio donde estás es uno de los más visitados de las islas. Pero bueno, sí, un amigo me ha dado el chivatazo de que ibais en dirección al Vixen y me he venido para acá. Quería estar cerca de ti. No te voy a mentir. Te estás obsesionando con ese tío y me preocupas.

—Di mejor que eres un celoso de mierda.

—Si estuvieras enamorada de él, te juro que no estaría aquí. Pero solo estás deslumbrada por su pasta...

—Pues sí, y hoy pensaba dar el paso definitivo en el flamenco...

—Lo sabía. Cuando esta mañana me has pedido que te lo inflara, me he temido lo peor. Sé lo que esa colchoneta significa para ti...

—¿Ah sí?

—Cuando éramos pequeños, un día te pregunté que cómo te imaginabas que iba a ser tu vida de mayor, y me respondiste que ibas a ser tan rica que no tendrías más preocupaciones que tumbarte en una colchoneta de flamenco gigante, en una piscina infinita...

Cris se quedó mirándole alucinada porque no recordaba para nada ese momento:

—Joder, ¡vaya si lo he tenido claro todo desde siempre! Pero de momento me voy a quedar sin isla privada ni vacaciones en Aspen. Boris es un buen chico, pero jamás podría besar a un tío que tiene la lengua como Mus.

—Mus, ¿qué Mus?

—Mus, el perro de tu tía Carmen...

Javier, feliz tras descubrir que Cris pasaba de ese tío, pero con una cara de asco tremenda, replicó:

—Puaj. Con lo bien que beso yo, no sé qué haces perdiendo el tiempo con esos tíos.

—Porque en la vida no todo es besar bien. Ya hemos hablado demasiado del tema...

—Sí, pero nunca te he dicho que creo saber la razón de tu obsesión por los millonarios.

—¿Tal vez que me gusta demasiado lo bueno? —ironizó Cris, divertida.

Javier negó con la cabeza y le aclaró aun a riesgo de que se pillara el rebote del siglo, porque era un tema que a Cris no le gustaba tratar:

—No. Es más bien porque asocias el dinero a la seguridad y a la confianza. Porque piensas que ese tipo de hombres son, a diferencia de tu padre, de los que se quedan, de los que están, de los que nunca decepcionan... Pero estás equivocada, porque yo te juro que, aunque sea un mindundi, jamás te voy a defraudar, siempre he estado y siempre voy a estar. Porque te amo, te amo con toda mi alma...

Cris con un nudo en el estómago tremendo, porque le había dado donde más le dolía, replicó:

—No sé qué pinta mi padre en todo esto. Y no sé a qué cuento viene que juegues al psicólogo barato. Te recuerdo que solo eres un instructor de buceo...

—Viene a cuento porque pienso que la ausencia de tu padre está condicionando demasiado tu vida...

Cris que jamás había hablado de su padre con Javier, ni con nadie, porque era un tema que hacía mucho que había decidido evitar, habló:

—Mi padre no me abandonó. Mi madre conoció a un tío en Londres en una discoteca, vivieron una noche loca, y semanas después descubrió que el método anticonceptivo había fallado. Decidió tenerme y a él fue imposible localizarlo... Mi madre no sabía ni su apellido...

—Pues en el pueblo no dicen eso... —masculló Javier, sabedor de que iba a cabrearse más todavía.

—Me importa una mierda lo que digan en el pueblo —repuso enojada, porque conocía a la perfección todas las historias que contaban de su madre.

—En el pueblo dicen que tu madre se fue a trabajar a Londres, que se lió con tío que no tenía donde caerse muerto y que harta de que llegara a casa como una cuba, decidió volverse a España, contigo ya en la barriga.

Cris, apretando las mandíbulas de pura rabia, le preguntó mordaz:

—¿Solo conoces esa versión?

Javier odiaba esos chismes tanto como ella, pero solo quería ayudarla...

—¡Solo quiero que sepas que yo no soy como ese tío! ¡Que jamás te voy a dejar! ¡Que puedes confiar en mí! ¡Joder, que te quiero...!

Cris le miró con el gesto contrariado y replicó con un enfado tremendo:

—Te juro que no sé si me da más asco la lengua de Boris o tú en este momento.

—Yo solo sé que llevas obsesionada desde niña con los millonarios, porque tienes la fantasía de que un tío con el riñón cubierto, a diferencia de tu padre, jamás te abandonará.

—Claro, claro... Y ahora que soy consciente de mi trauma infantil, es cuando caigo rendida en

tus brazos... ¿De eso va tu guion de mierda?

Javier con los ojos llenos de lágrimas, negó con la cabeza y confesó muerto de pena:

—Yo solo quiero que seas feliz. Y que, si un día estás con alguien, que sea porque le amas de verdad... Porque ni en los casoplones, ni en las piscinas, ni en los *jets* privados vas a encontrar el amor que tanto necesitas... Eso solo y exclusivamente lo vas a encontrar en las personas, y yo, aunque solo sea un instructor de buceo, te amo más que lo que todos los millonarios del mundo te pondrán amar nunca.

Y tras decir esto, se marchó de regreso a su barco, al tiempo que Cris se quedaba flotando en el agua, completamente rota...

Y entretanto, mientras a su amiga le estaban pasando todas esas cosas, Cas estuvo buceando junto al Vixen, y luego subió de nuevo al barco.

Y allí Dylan, que salió del agua tras ella, le colocó gentilmente una toalla sobre los hombros.

—Gracias —dijo Cas, temblando, y no por el frío.

Acto seguido, se arrebujó en la toalla, con ese pedazo de tío a su espalda, sin moverse, hasta que escuchó que Dylan exclamaba en un tono de voz que no sabía bien si era de sorpresa o de susto:

—¡Dios, no!

Cas entonces se giró, vio la cara tan rara que tenía y preguntó preocupada:

—¿Qué pasa?

—Ese yate que viene para acá es el de los padres de Abigail. Se me ocurre algo...

Cas que no tenía ni idea de lo que se le estaba pasando por la cabeza preguntó:

—¿El qué?

—¿Te importaría que te besara? Es para dar más verosimilitud a la trola que les metí el otro día.

—¡Ay madre! —exclamó Cas girándose otra vez porque estaba tan nerviosa que no podía ni sostenerle la mirada.

—El beso acabaría con la más pequeña duda que Abigail pudiera tener... Porque una cosa es que yo le cuente que estoy enamorado de ti y otra muy distinta es que lo vea con sus propios ojos. No hay nada más irrefutable que un beso apasionado...

—Joder, ¿y encima tiene que ser apasionado? —preguntó Casilda casi hiperventilando.

—Abigail sabe cómo beso. Yo no soy de besar con los labios apretados...

—Ni yo de dar besos a lo loco.

—Sería un beso por caridad...

—¡Tampoco te pases! —replicó Cas, mirándole muerta de risa.

—Es la verdad, sería para hacerme un favor...

Casilda sin parar reír, se giró, al hacerlo se deslizó la toalla un poco dejando el hombro al descubierto, y musitó:

—No sigas, por favor...

—Eso significa que no hay beso... —dedujo Dylan, batiendo las manos.

Cas de los nervios, cogió un extremo de la toalla y se la echó a modo de chal sobre el hombro descubierto, con tan mala fortuna que acabó enganchado en el pedazo de reloj de Dylan.

—Perdona, y ahora esto era lo que nos faltaba —masculló Cas, que estaba tan ansiosa por acabar con esa absurda situación que dio un tirón a la toalla tan fuerte que el reloj se desenganchó.

Si bien, Dylan se quedó tan pegado a ella, que solo tuvo que pasar Cris, bufando por detrás, con un cabreo enorme, y darle un pequeño empujón, para que Cas acabara besando los labios de Dylan.

—Perdona, pero es que estoy que trino... Ya te contaré... —le dijo Cris, que se quedó extrañada mirándolos porque no sabía bien qué estaban haciendo.

—¿Vale? Pero ¿estás bien? —preguntó Cas, pegada a él.

—Bien cabreada. Pero se me pasará... ¿Y vosotros qué tal?

—Aquí, pensando si le beso por caridad o por vicio... —replicó Cas, con los labios pegados a los de Dylan.

—Yo voy a ver si alguien me sirve algo fuerte, por caridad y por vicio...

Cris se fue hacia la proa arrastrando los pies y Dylan le preguntó muy intrigado:

—¿Has dicho que estás considerando besarme por vicio?

—Sí, es que el beso este accidental me ha gustado...

—Vaya, ¡qué buena noticia!

Cas le miró a los ojos, sonrió, acercó sus labios a los de Dylan, los besó suave, creyó que se moría y como le dio lo mismo, le agarró con las manos del cuello, lo volvió a besar, él entreabrió los labios, ella también, la toalla se cayó al suelo, él la agarró por la cintura, la estrechó contra él, y se dieron tal beso, húmedo, profundo y apasionado, que los dos se quedaron mirándose y musitaron a la vez:

—Dios...

Pero es que, además, de repente, se empezaron a escuchar aplausos y vítores, y Cas con una sonrisa enorme, sin dejar de mirarlo, musitó:

—¿Nos están aplaudiendo a nosotros?

Dylan se giró y comprobó que, desde la borda del barco del padre de Abigail, ella, sus hijos, John, sus padres y doce amigos, les jaleaban y él respondió al tiempo que les saludaba levantando una mano:

—Me temo que sí.

—¡Qué corte, por favor! —murmuró Cas.

—No pasa nada. Saluda y ya está.

Cas levantó una mano, saludó con timidez, y el padre de Abigail les gritó:

—¡El amor está en el aire!

Dylan cogió a Cas por la cintura, la estrechó contra él y replicó sonriente:

—¡Eso parece, señor Craig!

—¡Enhorabuena, muchachos! Y a ver si quedamos pronto para cenar en el club y nos presentas como Dios manda a tu prometida...

—Aún no me ha dado el anillo... —bromeó Cas, agitando los dedos de la mano derecha.

—¡Pero pronto te lo dará, porque llevas una teta fuera! —le gritó Sam, el hijo mayor de Abigail y John.

Cas deseó que ese pequeño diablo que no debía tener más de cinco años, le estuviera gastando una broma, pero cuál no fue su sorpresa cuando se miró al escote y comprobó que una de las cortinillas del bikini se había desplazado y tenía un pezón fuera.

—¿En las Bermudas la gente no desaparecía de repente? —cuchicheó Cas, mientras se colocaba el bikini en su sitio.

Y mientras Cas deseaba que la tierra se le tragara, Dylan le dijo al niño, levantando el pulgar:

—¡Muy buena observación, tío! ¡El anillo está al caer!

Y desde el barco de los Craig se escuchó una exclamación grupal:

—¡Ooooooooooooooooooooooooooooooh!

A continuación, todos rompieron a aplaudir, mientras Cas estaba ya tan roja que tuvo que taparse la cara con las manos.

Luego Dylan se llevó la mano al pecho y les gritó eufórico:

—¡Muchas gracias, amigos! ¡Gracias por compartir nuestra felicidad! ¿Verdad, cariño? —le preguntó mirándola con una cara de bobo tremenda, como si realmente estuviera a punto de comprometerse con ella.

Cas que estaba rígida como un palo, se retiró las manos de la cara y solo pudo farfullar algo que sonó como:

—*Efadsfdfifdfdk.*

Dylan se encogió de hombros y le explicó a los Craig y sus invitados:

—Es tímida, mi chica. ¡Y me encanta!

Luego, cogió a Cas de la barbilla y le estampó un buen beso en los labios...

Capítulo 9

Después de los besos, almorzaron con el resto del grupo y no volvieron a hablar del asunto hasta que por la tarde las dejaron en el muelle del *resort*, Cris salió disparada hacia casa con la colchoneta desinflada y Cas, mientras se colgaba la cesta en el hombro, escuchó que Dylan le decía desde el barco:

—Disculpa si te has agobiado con lo de los besos...

Cas que había pasado un corte tremendo, pero para nada se arrepentía de los besos, se giró y confesó con una sonrisa enorme:

—Los besos han estado muy bien.

Dylan respiró aliviado, porque se había pasado todo el almuerzo temiéndose lo peor, y le propuso:

—¿Te apetecería ir mañana a Spanish Point? Hay unas puestas de sol increíbles...

Cas, que esperaba algún comentario relacionado con los besos, se quedó un tanto sorprendida. Aunque al momento pensó que era lo más normal, pues para él, esos besos no habrían significado nada...

No como para ella que aún seguía flotando.

El caso fue que respondió, convencida de que era una salida más en grupo:

—¿Nos venís a buscar en barco?

—¿Me vienes mejor tú a buscarme en Vespa?

Cas se quedó perpleja, miró hacia atrás para comprobar que no había nadie más y preguntó:

—¿Yo?

—Sí, tú. Eres única esquivando cosas peludas...

Cas pensó que no tenía nada mejor que hacer al día siguiente, se encogió de hombros y replicó:

—Vale.

—Vente a las cinco y nos damos unos bañitos antes. Hay unos acantilados desde donde se pueden hacer unos saltos estupendos...

—Yo no soy mucho de saltos...

—No pasa nada. Cambiamos los saltos por los besos...

Cas por si acaso no había escuchado bien, preguntó aun a riesgo de quedar como una pánfila:

—Besos ¿tú y yo?

Y Dylan que tampoco estaba muy fino, se lo tomó como que Cas ya iba lanzada y sin frenos y le preguntó:

—Esa era la idea. Pero si te sabe a poco, puedo llamar a una amiga, o a dos... ¿O prefieres un

chico?

Cas frunció el ceño, luego soltó una carcajada y replicó:

—Contigo tengo bastante... Gracias.

—Y los besos entonces te han gustado... —insistió, porque a él le habían dejado loco.

—Sí, en este ratito todavía no he cambiado de opinión —bromeó Cas.

—A mí tus besos me han dejado trastornado. El primero que me diste cuando casi me matas ya me agarró bien, pero el que me has dado cuando se me ha enganchado el reloj ha sido tan bestia que voy a poner una placa en el punto exacto donde nos lo hemos dado que diga: “Aquí me besó una diosa y me hizo tocar el cielo”.

Cas, convencida de que la estaba vacilando, repuso divertida:

—Jajajajajajajajaja. Sí, seguro que sí...

—En serio. Tus besos son puro éxtasis. En mi vida he conocido nada igual...

Cas sin tomárselo en serio para nada, replicó porque aquello le recordó demasiado a algo:

—Me parece que a ti te pasa con los besos como a mí con los helados. El último siempre me parece el mejor de mi vida. Y más si hace un calor tremendo y estoy muerta de sed...

Él negó con la cabeza, se echó el pelo hacia atrás con una mano, y habló con un convencimiento absoluto:

—Te equivocas. Sé que el mejor helado de mi vida me lo tomé en Roma y sé que el mejor beso me lo has dado tú.

Cas se puso muy nerviosa, dio un paso estúpido hacia atrás, se tropezó con uno de los tablones del suelo de muelle, trastabilló un poco y luego intentando mantener la compostura, exclamó:

—¡Caray!

—¿Estás bien? —preguntó Dylan preocupado porque estaba convencido de que esa chica se iba al suelo.

Cas pensó que estaba más que bien, que aquello era tan flipante que estaba a punto de pellizcarse para asegurarse de que no era un sueño. O que le habían echado algo en el zumo de piña y estaba flipándolo y mucho...

—Sí, perfectamente —mintió Cas, con una sonrisita de lo más estúpida.

—Genial. Nos vemos entonces mañana...

Cas sin dejar de sonreír, asintió y luego le lanzó un beso con la mano del que al instante se arrepintió, pues el gesto no le pudo parecer más idiota.

Sin embargo, a Dylan no solo le gustó, sino que se lo devolvió encantado.

Al día siguiente, almorzando con Cris en la playa, cuando ya estaban con los postres esta se excusó:

—No voy a poder ir contigo a la excursión de Spanish Point, mañana llega el señor Hughes, el fundador y presidente de la cadena hotelera, y estamos de trabajo hasta arriba. En un rato vuelvo a la faena...

Cas terminó la brocheta de piña que tenía en la mano y le aclaró:

—No te preocupes, si hemos quedado los dos solos... Te lo dije ayer.

Cris se quedó sorprendida, luego resopló y confesó:

—¡Menudo cabreo tenía ayer! Perdona, pero tenía la cabeza en otro sitio... O sea que ¿tienes una cita?

—Voy a irle a buscar en Vespa y luego vamos ir a ver la puesta de sol a ese sitio...

—Vamos, lo que viene a ser una primera cita... Joder, ¡cuánto me alegro, tía! Ya sabía yo que el empujoncito en la borda iba a venirte bien...

Y entonces, la que se quedó a cuadros fue Cas que le preguntó:

—¿Me empujaste adrede?

Cris cogió una brocheta de sandía, se encogió de hombros y le recordó:

—Soy tu amiga. Tú hubieses hecho lo mismo por mí. ¿Y qué tal fue el beso? Ayer no te pregunté nada porque estaba fatal...

—Besas demasiado bien. Pero vamos, lo de hoy no es una cita. Y no estoy enamorada de él...

—Pero si tú solo besas por amor...

—Ya, pero con Dylan he descubierto que puedo besarle por lo que sea, menos por amor.

—Sí, claro, por eso habéis quedado para ver una puesta de sol.

—Por motivos turísticos, no románticos...

Cris acabó la brocheta y concluyó porque lo tenía clarísimo:

—Te va a encantar vivir en Bermudas. Además, tú odias el frío tanto como yo. ¿Tú sabes qué gusto es pasar las Navidades a veinte grados?

—Las Navidades las pasaré en Madrid, lo de Dylan como mucho va a ser un rollo de verano y ya está. Y tú con Boris ¿qué tal? Ayer como estabas así, tampoco te quise preguntar...

—Ayer me convencí de que no me pone nada de nada. Y es que tiene una lengua de San Bernardo que acabó echándome para atrás. Pero a él no se lo dije, obviamente, a él le confesé que lo nuestro no puede ser porque estoy enamorada de Javi... La primera mentira que se me vino a la cabeza...

—O la pura verdad.

Cris agarró la jarra de limonada helada, se llenó el vaso, bebió un poco y le contó:

—Ayer me quemó. Porque tras plantarse donde el Vixen para cortarme el rollo con Boris, va y

me suelta que estoy obsesionada con los millonarios porque tengo un trauma con mi padre. Según él, busco ese perfil de tíos porque lo asocio a la seguridad y a la estabilidad que no me dio el matado de mi padre, del que mi madre tuvo que huir por piernas por borracho y por vago. Esta es la versión que cuentan en el pueblo... La de mi madre es que tuvo un rollo de una noche con un tío en una fiesta, no volvieron a verse más y semanas después ella descubrió que estaba embarazada. El tío le dijo que estaba de paso por Londres, mi madre no sabía de él más que el nombre, así que no pudo localizarlo... Yo qué quieres que te diga... En estos años he pensado tantas cosas... Incluida que los del pueblo tenían razón y que mi madre me estaba protegiendo... Tal vez por eso reconozco que, de niña, cuando vivíamos en Madrid en agujero de apenas treinta metros, interior y sin ascensor, fantaseaba con que un día vendría un príncipe, me llevaría a su palacio a todo trapo y me él me querría para siempre... Porque si algo aprendí con mi madre que tenía dos empleos y trabajaba de lunes a domingo, es que currando como una bestia jamás tendrás una puñetera piscina a la que arrojar tu flamenco rosa chicle tamaño gigante.

Cas que le había estado escuchando con el corazón encogido, porque su amiga apenas le había hablado de su padre y eso que se conocían de toda la vida, le dijo lo que pensaba:

—Entonces, Javi puede tener algo razón...

—Ya no soy una cría que sueña con príncipes... Ahora soy una tía hecha y derecha que sabe lo que quiere y punto. Pero no al precio de tener que besar a un tío con lengua de perro...

—Olvídate de Boris, y céntrate en Javi...

—No pienso hablarle hasta que se me pase el cabreo que tengo. ¿Cómo puede pensar que unas supuestas carencias emocionales van a condicionar mi vida de ese modo?

—Las carencias emocionales son una auténtica mierda...

—No te voy a negar que muchas veces he pensado que mi padre realmente era un cerdo que nos dejó tiradas, y eso no es que me haga sentir muy bien. Pero de ahí a ir buscando tíos forrados porque asocie la pasta a una seguridad tanto económica como emocional, va a un trecho... ¿O no?

—No sé... Algo de sentido tiene...

—Me niego a ser una víctima. Me niego a que la ausencia de mi padre me haya dejado un vacío tan grande y un pánico tal al abandono que busque parejas de un determinado perfil... Porque no...

—¿Y qué vas a hacer entonces con Javi?

—Ya se me pasará. Le quiero muchísimo, es mi mejor amigo, no concibo mi vida sin él...

—Pero es mucho más que un amigo...

Cris se revolvió el pelo con la mano, bufó porque el tema le incomodaba muchísimo y replicó:

—No puede ser más que eso, Cas. Tengo derecho a soñar con una buena vida...

—No estamos hablando de estilos de vida, sino de amor... Tú amas a Javi.

Cris dio otro sorbo a su limonada, porque tenía la garganta seca de la ansiedad y luego confesó:

—Javi aparte de estar canino, es un culo inquieto que tiene demasiado éxito con las mujeres...

—¿Y qué? Él solo te quiere a ti.

Cris se revolvió en su asiento y exclamó agitando el vaso de limonada al aire.

—Pero me la puede acabar liando en cualquier momento. Es demasiado guapo y se pasa el día con turistas ansiosas por experimentar aventuras sin límites.

—Lleva enamorado de ti de toda la vida...

—Y me asegura que me es fiel.

—Y no tendría por qué. No sois nada, supuestamente —le recordó Cas.

—No, no somos nada. Pero a lo mejor si tuviéramos algo formal, se agobiaría y acabaría poniéndome los cuernos o dejándome en tres días.

—Ya... —musitó Cas, mientras pensaba que Javi a lo mejor iba a tener demasiada razón con su teoría del trauma paterno.

—No me mires con esa cara. No pienso así porque tenga una carencia afectiva, sino porque es un temor que tendría cualquier persona sensata y con criterio, ante un tío como Javi. Es muy libre. Tú lo sabes. Lleva desde los dieciocho años buscándose la vida por el mundo. Y así va a ser siempre. No va a cambiar. ¿Cómo me voy a tomar en serio un tío así?

—Yo lo que sé es que te quiere...

—Perdona, pero aquí soy yo la que empuja, tú estate quietecita.

Cas se encogió de hombros y reconoció con total sinceridad:

—Es que es la verdad.

—Puede, pero ya tengo años suficientes como para saber que el amor solo lo vence todo en la ficción. En la vida real, las cosas son muchísimo más complicadas.

Cas negó con la cabeza y replicó convencida:

—En la vida real puede ser mucho mejor que en la ficción.

Cris se quedó mirándola perpleja porque esa chica que tenía enfrente no se parecía en nada a su amiga de los últimos tiempos y exclamó:

—¡Vaya si te ha venido bien venirte para Bermudas! Tía, pareces otra...

—Será que me paso las mañanas tirada en una hamaca colgante al sol, devorando novelas románticas y estoy muy relajada.

—O será que tu Dylan te está volviendo loquita de amor...

—De amor no, pero de lo demás... Estoy abierta a lo que sea...

Capítulo 10

Horas después, Dylan se adentró por un camino de piedras flanqueado por pinos y bayas que conducía a un acantilado que, según él, conocía muy poca gente.

Ella iba detrás de él, disfrutando de las vistas del cuerpazo de ese tío con el que, como le había confesado a Cris, no le importaría tener un rollo de verano.

Y es que después del beso, le había cambiado del tal modo el chip, que se estaba dando cuenta de que podía disfrutar alegremente del sexo por el sexo...

O por lo menos con Dylan podía...

Y con él era con el que iba a seguir experimentando...

Por eso, le siguió por ese sendero cada vez más escarpado, hasta que quince minutos después aparecieron en un acantilado perfecto con unas vistas impresionantes al mar.

Y lo mejor para ser verano: estaban solos.

—¡Gracias por traerme, Dylan! ¡Este sitio es una pasada! —exclamó Cas, contemplando esa belleza.

Dylan dejó la mochila que llevaba colgada en el suelo, se despojó de la camisa blanca y ya solo con el bañador, le dijo a Cas divertido:

—Ahora viene lo mejor, tú eliges: beso o salto.

Cas tras echar un vistazo a los portentosos pectorales y abdominales de ese tío, puso una mueca graciosa y repuso:

—¿Y si lo quiero todo?

Dylan sonrió porque esa chica que esa tarde estaba preciosa, con un estilismo de lo más desenfadado compuesto por vestido playero de rayas, un sombrerito de paja con una cinta negra y sus cangrejeras, nunca decepcionaba.

—Por mí, perfecto.

Cas se quitó el sombrero y el vestido y se quedó frente a él con un bañador de *brilli brillo* dorado que le sentaba tan bien que Dylan exclamó:

—¡Guau! ¡Qué maravilla!

Cas que lo había comprado en las terceras rebajas, más por el precio que por el *brilli* que jamás había usado en ropa de baño, replicó:

—¿Sí? ¿Te gusta? Me lo compré porque era lo único que estaba al 70% de descuento. ¿No es muy cantoso?

—La maravilla eres tú.

Cas se echó el pelo a un lado, sonrió un poco nerviosa y musitó:

—Gracias. Tú también eres muy maravilla...

—Jajajajajaja. Si tú lo dices... Te creo. Y el bañador es tan bonito que solo tengo ganas de quitártelo...

—Me temo que no te iba a quedar bien... —bromeó divertida.

—Vale. Entonces, me quedaré con el mío. Pero el dorado te sienta genial, hace que tu piel parezca más de diosa todavía...

—Es la primera vez que me pongo algo tan brillante para bañarme... Solo espero no atraer a los tiburones.

—¿Ves aquellas zonas más oscuras en el mar? Son los arrecifes: nos protegen de los tiburones y de las tormentas. Entonces, ¿vas a saltar?

Cas se acercó con cuidado al borde del acantilado y miró hacia abajo con un poco de vértigo:

—Hay unos cuantos metros...

—Cinco. La zona es segura. He saltado muchas veces desde aquí. El mar es profundo, no hay rocas, ni corrientes, ni...

Dylan se calló, porque de repente Cas dio un pasito adelante, al hacerlo pisó una piedra, se escurrió y creyó que se iba acantilado abajo sino llega a ser por Dylan, que la agarró por la cintura y la pegó contra él.

—¡Dios qué susto! —exclamó Cas.

Dylan la arrastró hacia atrás, ella se dio la vuelta y él dijo clavándole la mirada:

—Estoy aquí. Tranquila.

—No puedo estar tranquila teniéndote tan cerca... —musitó Cas, rodeándole el cuello con los brazos.

—Qué bien hueles... —susurró acercando la nariz al cuello largo de Cas.

—Llevo repelente antimosquitos hasta en las pestañas.

—Esa es mi chica. Y ahora querrás que te bese...

Cas le miró a los labios que se moría por volver a probar, después a los ojos, asintió con la cabeza y se puso de puntillas para facilitarle el camino.

—Está bien —masculló Dylan que la estrechó todavía más contra su cuerpo duro y la besó apasionado con lengua y con todas las ganas que llevaba guardadas.

Tras el beso, Cas casi sin aliento y con el corazón a mil, le preguntó muerta de deseo:

—¿Y ahora qué?

—Voy a saltar y luego subiré por aquellas rocas. Tú espérame aquí.

Cas sabía que lo más sensato era esperarle y no saltar...

No lo había hecho nunca.

Claro que tampoco había besado sin estar enamorada, y ahora con Dylan estaba descubriendo que eran los mejores besos que le habían dado jamás.

Tampoco era que hubiera probado muchos, los de Jorge, su novio de la adolescencia y los de Nacho.

Pero vamos, que no tenían nada qué hacer al lado de los besos de Dylan que la estaban volviendo tan loca que se sorprendió a sí misma, replicando:

—Yo también quiero saltar...

—Pero no decías que...

—Ya, pero acabo de darme cuenta de que quiero dejar de preguntarme: “¿Qué se sentirá?” cada vez que veo un anuncio veraniego con gente feliz saltando desde un acantilado, y experimentarlo por mí misma por primera vez.

Dylan mirándola admirado, se revolvió el pelo con la mano y reconoció:

—Eres la tía más increíble que he conocido en mi vida.

—Qué va. Son tus besos que me están trastornando. Y me encanta... Quiero volverme completamente chiflada.

—No son mis besos. Eres tú, que tienes unas agallas enormes.

Cas negó con la cabeza, bajó la vista al suelo y musitó:

—No creo. Si tuviera agallas no me habría dado aquel ataque de ansiedad...

—Te daría por otra razón, no por falta de coraje... A lo mejor no querías hacer ese examen...

Cas sintió una punzada de angustia en el estómago, porque ese tema le dolía demasiado y musitó:

—No creo que este sea el mejor momento para hablar de aquello.

—Como tú quieras. Mientras, vamos a dejar nuestras cosas en aquel árbol...

Dylan guardó la ropa de ambos dentro de la mochila, se adentraron por otro camino hasta un pino alto donde la dejó colgada y desde donde también se podían contemplar unas vistas espectaculares...

—¡Qué maravilla! —exclamó Cas, sentándose en un banco que estaba al borde del acantilado.

Dylan se sentó a su lado, la miró y solo pudo mascullar:

—Y contigo lo es mucho más...

Cas le agradeció con una sonrisa el cumplido y por si acaso antes había sido demasiado brusca le aclaró:

—No sé si he sido demasiado borde, pero es que lo que pasó con aquel examen me afectó demasiado.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente...

Cas sentía tanta paz en ese lugar y era tan hermoso que creyó que, si soltaba todo ese dolor que llevaba dentro, no iba a pasarle nada. Por eso, se lanzó a hablar sin más con la vista puesta en el mar...

—Nacho y yo teníamos puestas nuestras ilusiones de futuro en esa maldita oposición. Porque

tener dos contratos fijos iba a permitirnos comprarnos un piso, casarnos, tener hijos... Me preparé a conciencia, pero cuando me dirigía en el metro al lugar donde se iba a celebrar el examen, empecé a sentirme mal. Al principio, pensé que serían los nervios del examen, pero aquello fue a más, empecé a marearme un poco y a respirar superficialmente, a sentir asco, y un miedo tremendo, como si fuera a sucederme algo horrible. Un miedo que no había conocido en mi vida... Y me bajé del vagón, subí sudando y mareadísima a la superficie, me senté un banco y creí que me moría. Porque empezó a faltarme el aire, a sentir unas parestesias horribles por todo el cuerpo, que acabaron poniéndome tan rígida que pensé que no lo contaba... Pero lo conté... Como pude, me puse de pie, llamé un taxi y me pasé la mañana en la que se suponía que me jugaba mi futuro en las urgencias de un hospital para que me dijeran que me había dado un ataque de ansiedad. Después Nacho vino a buscarme, se portó muy bien conmigo, me dijo que no me preocupara por nada, pero yo me sentía fatal. Me sentía tan fracasada y tan cobarde que me hundí... Los siguientes meses fueron horribles, la relación se fue a la mierda, y justo al año del jodido examen, decidí que lo mejor que podía hacer por nosotros era dejarlo. Y eso fue hace seis meses...

Dylan que la había estado escuchando con absoluta atención, la abrazó fuerte y le dijo:

—Joder, y luego dices que no tienes agallas...

Cas con los ojos llenos de lágrimas, le preguntó porque no entendía cómo podía decirle eso:

—Dylan, me cagué viva. Llevaba dos años preparándome para ese puto examen y me bajé del metro a ocho paradas de llegar a mi destino.

—Porque en el fondo tú no querías que ese fuera tu destino...

Cas le miró con el ceño fruncido, él le retiró con los dedos las lágrimas que no había podido contener y ella temblando entera, repuso:

—Llevaba desde los dieciocho años con Nacho, yo claro que quería que tuviéramos una seguridad y una estabilidad para poder tener una familia... Pero me lo cargué todo...

—Porque tuviste el coraje de darte cuenta de que aquello estaba más muerto que vivo y que era mejor mandarlo a la mierda.

—Joder, vaya interpretaciones que haces tú también...

—Es la interpretación más lógica... Opositar es muy complicado y tú tenías demasiada presión sobre tus hombros. Cuando con vuestros dos sueldos os daba perfectamente para un alquiler decente y para mantener a un crío... —opinó Dylan, alegrándose en el fondo del alma de que lo suyo con ese Nacho que no podía caerle peor, se hubiera ido a la mierda.

—Para Nacho la seguridad es muy importante... Siempre se negó a dar el paso sin que yo tuviera un trabajo fijo...

—El problema es obvio que lo tenía Nacho y no tú. Hiciste bien en dejarlo, porque ese tío es inferior a ti. Te habría desgraciado la vida entera...

Cas negó con la cabeza, puesto que sentía que para nada era así, al revés:

—Nacho es mucho mejor que yo. Es inteligente, equilibrado, lúcido, culto, sensato, lógico...

—Y tan cagado y egoísta, que necesita que su chica que es la criatura más libre que he conocido en la vida, se ate a un trabajo de por vida, para que él se sienta seguro.

Cas que se estaba poniendo malísima con las interpretaciones que estaba haciendo Dylan, más que nada porque eran equivocadas, repuso:

—Nacho no es así, ni yo tampoco...

A Dylan le dio tanta rabia que ella todavía defendiera a ese tío que replicó:

—No quiero hablar más de Nacho. Solo me interesas tú. ¿Por qué estudiaste Filología Hispánica?

—Porque me apasiona leer, porque me fascinan los infinitos mundos que encierran los libros... Porque siempre me gustó soñar, volar, viajar, imaginar, sentir...

Cas se calló y Dylan contraatacó porque solo quería ayudarla:

—Y tener un puesto fijo.

—No te burles de mí.

—No me burlo. Tú no necesitabas esa plaza. La necesitaba él. Por eso te dio el bendito ataque de ansiedad.

—No te creas. En épocas como la que estoy viviendo ahora, de incertidumbre absoluta, donde se me acaba un contrato y no sé cuándo volveré a firmar otro, lo paso mal. Rematadamente mal...

—Pues yo te veo rematadamente bien...

—Esto es un paréntesis... Pero llegará septiembre, y volveré a casa de mis padres, a los cafés y a los pinchos de tortilla...

Dylan negó con la cabeza, porque sabía que esa chica acabaría encontrando su camino:

—De momento, estás aquí. Y a lo mejor más que un paréntesis es un comienzo... A lo mejor todo empieza en Bermudas...

—¿Cómo que todo? —replicó Cas, extrañada.

—La vida que deseas tú, de verdad... La que realmente quieres vivir.

Cas pensó que la conversación ya había sido demasiado intensa como para adentrarse en ese asunto tan peliagudo. Así que se centró en el aquí y en el ahora y replicó:

—De momento, quiero saltar...

—Y es una estupenda noticia, porque por fin estás dejando de castigarte.

Cas llegó a pensar si ese tío no tendría la habilidad de leerle la mente porque eso era justo lo que más le torturaba.

—Es que yo fui la que fallé, yo destrocé los sueños y los ilusiones que teníamos, y no me perdono por ello...

Dylan, que solo quería sacarla del bucle tóxico en el que estaba hundida, le recordó:

—Él fue el que te falló, él fue el que te indujo a que tomaras un camino que no era el tuyo... Así

que deja de atormentarte con eso, porque ya has sufrido bastante. Y ahora vamos a saltar...

Dylan la cogió de la mano, Cas sintió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo entero y masculló:

—¡Ay Dios!

—¿Qué pasa?

Cas por nada del mundo iba a decirle que era su mano y no el salto lo que le había puesto así. Por lo que replicó sin darle importancia...

—Nada. Estoy un poco nerviosa... Pero estoy bien...

Dylan se puso de pie, tiró de la mano de Cas para levantarla, y así juntos y con los dedos entrelazados, regresaron al sitio desde el que habían partido, donde el salto era mucho fácil, mientras él le explicaba:

—Yo saltaré primero, me apartaré hacia la zona de las rocas de la derecha y estaré pendiente de todo. Tienes que saltar de pie, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas bien estiradas. Lo importante es que estés concentrada y que disfrutes...

—Así lo haré. Y muchas gracias por escuchar mis rollos...

Cas le miró y él sintió como un cosquilleo de lo más absurdo que le atravesó el cuerpo entero...

Capítulo 11

Después de que Dylan saltara, Cas se situó al borde del acantilado miró hacia abajo y se preguntó que qué diablos había sucedido para estar a punto de hacer esa locura.

Pero no le dio tiempo a responder nada porque de repente escuchó a Dylan gritar desde el agua:

—¡Tranquila, que va a salir todo bien!

Cas se echó el pelo hacia atrás de los nervios que tenía y rezongó a gritos:

—¡No puedo estar tranquila! ¿Y de verdad que tengo que hacer esto?

—¡Tú has dicho que quieres hacerlo! Pero si no te apetece, espera que subo...

—¡No! ¡No subas! Ya voy yo... Pero esto impone bastante... Y yo vine a Bermudas a estar tranquila...

—Sí, pero se te atravesó algo peludo en la carretera y estás a punto de saltar desde cinco metros...

—¡No me lo recuerdes que me cago viva!

—Desde cierta distancia, perdona —rectificó Dylan, divertido.

—¡Ay Dios mío! Yo es que no quiero morir... A pesar de todas mis mierdas, aspiro a ser feliz y todo eso.

—¡Es la primera vez que te escucho decir que deseas ser feliz! Ya solo por eso, merece la pena haber venido...

—Sí, claro que lo deseo... Si no me rompo me la crisma, me encantaría serlo.

—Te he traído al acantilado más seguro de las islas...

Cas volvió a mirar hacia abajo y le preguntó con unos nervios tremendos:

—¿Y dices que la gente hace esto por diversión?

—¡Quédate ahí, que voy a subir a por ti!

—¡No subas! ¡Lo voy a hacer!

—No tienes por qué hacerlo...

—Sí, pero yo quiero... No sé por qué diablos quiero hacerlo... Pero lo voy a hacer...

Y tras decir esto, y sin pensárselo más, se santiguó, miró al cielo para que tuvieran piedad de ella y no se la llevaran todavía, y menos en ese momento en que estaba volviendo a escuchar a su corazón, y se lanzó al mar en la postura que le había indicado Dylan, chillando a grito pelado...

Cuando salió del agua, con el corazón a mil, se retiró el pelo que le cubría el rostro, dio gracias a Dios y buscó a Dylan que nadaba con una sonrisa enorme en dirección hacia ella:

—¡Bravo! ¡Menudo salto!

Cas, con el subidón de adrenalina, gritó eufórica...

—¡Ha sido bestial! ¡Qué barbaridad! ¡Es que estoy alucinando! Jajajajajajajajaja. Dios, ¡qué felicidad más grande!

Dylan ya frente a ella, y muerto de risa de verla tan desatada, preguntó:

—¿Has dicho felicidad?

Cas se acercó a él, le agarró por los hombros y lo besó en los labios pletórica:

—Sí. Una felicidad muy loca... —le dijo con los ojos chispeantes.

Dylan le devolvió el beso y musitó mirándola fascinado:

—Joder ¡y lo guapa que estás!

Cas sintiendo que el cuerpo entero le ardía preguntó risueña:

—¿Ah sí?

—Siempre lo estás, pero lo de hoy es una cosa que no se puede aguantar.

—No te aguantes...

Dylan la besó esta vez mucho más apasionado, intenso y profundo, mientras Cas seguía aferrada a sus hombros.

—Tus besos me matan —habló Dylan, casi que gruñendo del deseo que sentía.

Cas se apartó de él, porque se tomó la frase textual, y preguntó a la vez que flotaba haciendo el perrillo:

—¿Te estabas ahogando?

Dylan la miró y sintió tantas cosas a la vez que le dio hasta vértigo. Porque le parecía tan tierna y tan *sexy* a la vez, que no sabía si tenía más ganas de follarla o de cuidarla y protegerla.

El caso fue que negó con la cabeza y replicó:

—No. Me estás abrasando.

Cas se mordió los labios y con las mismas ganas que él replicó:

—No era mi intención, pero me encanta...

Dylan sonrió con una cara de diablo tremenda y tras hacer un gesto con la cabeza le pidió:

—¡Sígueme!

Dylan se echó a nadar hacia la orilla, Cas le siguió y aparecieron en una especie de cala con una playita de arena blanca, desde la que accedieron a través de unas rocas a la parte de arriba del acantilado.

Dylan se calzó las zapatillas que se había quitado para saltar, regresaron al árbol donde habían dejado las cosas, descolgó la mochila, se la puso en el hombro y le contó:

—Ahora te voy a llevar a un sitio secreto, que mi es lugar favorito para disfrutar del atardecer. Lo descubrí por casualidad cuando llevaba un año viviendo aquí...

Se adentraron por otro sendero estrecho, entre pinos, pegado al acantilado y Cas le preguntó:

—¿Llevas mucho en Bermudas?

—Siempre he veraneado aquí con mi familia, aquí conocí a Abigail, pero me compré la casa y

me instalé definitivamente hace siete años... Adoro este lugar, siempre había sido mi sueño vivir en Bermudas. Sin embargo, como tenía a mi familia, a mis amigos y a mi trabajo en Nueva York, lo postergué hasta que mi hermana se casó con un regatista, se fue a vivir a Nueva Zelanda, y con el nacimiento de mi sobrino Mike, mis padres también se fueron para allá. Luego Abigail y John se casaron... y decidí que lo mejor era marcharme. Ya nada me retenía en Nueva York... Me compré la casa, trasladé mis oficinas y aquí estoy a punto de descubrirte mi rincón secreto. Eres la primera persona a la que se lo enseñé... Siempre vengo solo, es un lugar perfecto para pensar, para desconectar, para inspirarse, para relajarse... Y siempre había tenido la fantasía de que Abigail sería la primera persona a la que se lo mostraría... Pero mira tú por dónde, vas a ser tú...

Cas se llevó la mano al vientre de la ansiedad y se puso en lo peor:

—Porque te doy pena... Lo entiendo. Mi historia es que es de un deprimente...

Dylan se detuvo, le clavó la mirada, la agarró por la cintura y la pegó contra él:

—Jamás me has dado pena. Te traigo a este lugar porque eres la primera mujer a la que deseo mostrárselo.

Cas le miró, y había tanta verdad y tanto fuego en su mirada, que solo pudo musitar:

—Vale...

Dylan, entonces, la agarró por el cuello, la besó profundo y apasionado en la boca y masculló:

—Joder, Cas. ¿Cómo puedes pensar que te traigo a este lugar por pena? Eres una tía increíble, tan solo tuviste la mala suerte de enamorarte de un tío mediocre con el que no podías ser tú... y decidiste ser libre. Hacer algo así es muy valiente. Y yo te admiro por las agallas que tuviste...

—Pues yo creo que tan solo fui una traidora y una cabrona.

—Hiciste lo mejor para los dos. Él encontrará alguien a su altura, y tú...

Cas se mordió los labios, negó con la cabeza y replicó porque lo tenía clarísimo:

—Yo... No pienso enamorarme.

Dylan sonrió, sintiendo unas ganas infinitas de hacerle el amor y replicó:

—Tan solo vas a besar a un chico que está colgado de otra.

—Besar y lo que surja...

—Pero sin amor...

Dylan la besó de nuevo, esta vez de un modo tan abrasador que ella temblando entera replicó:

—Ajá. Sin amor ninguno...

Dylan sintiendo un cosquilleo extraño en la boca del estómago, la cogió de la mano y volvió a echar a andar en dirección a su lugar secreto.

Diez minutos después, descendieron con cuidado por unas rocas hasta una pequeña cala paradisíaca de arena fina, frente al mar más precioso que Cas había visto en su vida.

Y mientras Cas se quedaba fascinada con lo que estaba contemplando, con la belleza del sol que ya estaba poco a poco cayendo, Dylan sacó de la mochila un pañuelo de tela grande, que lo

tendió en un rincón discreto y apartado, desde el que era imposible verlos desde arriba, se sentó y exclamó:

—¡Ven!

Dylan agarró a Cas de la muñeca y tiró con suavidad de ella...

Cas acabó sentada a su lado, sin perder detalle de la maravilla que se abría ante sus ojos:

—¡Qué lugar tan hermoso! Gracias por traerme, Dylan. Estoy emocionada...

Dylan sacó un par de cervezas que había metido heladas antes de salir de casa y le dijo tendiéndole la suya:

—Ya sé que no bebes, pero no tenía otra cosa en la nevera. Y gracias a ti por aceptar la invitación...

—No pasa nada. Tengo tanta sed... Y cómo para no aceptar una invitación al paraíso... ¿Me pasas mi cartera, por favor? Llevo sin publicar en Instagram desde hace mil años... Pero esto tengo que subirlo... No quiero olvidarme nunca de que esta tarde estuve aquí...

Dylan le pasó la cartera, ella dejó la cerveza a un lado, sacó el teléfono y se puso a hacer fotos a la espectacular puesta de sol que ya estaba tiñendo el cielo de naranjas y de rojos.

—¿Quieres que te haga una foto a ti?

—No me gusta mucho hacerme fotos. No soy fotogénica.

—Puedo sacarte sentada, de espaldas, mirando la puesta de sol...

A Cas le gustó tanto la idea que le pasó el teléfono, él se levantó y desde atrás le estuvo haciendo fotos a esa chica que con su bañador dorado parecía más divina que nunca.

Luego, volvió a su lado, le enseñó cómo habían quedado las fotos y ella las encontró tan alucinantes que las subió al momento con la etiqueta #enelsitiomásbonitodelmundo

Y se sentía tan feliz que le pidió a Dylan que estaba dando un sorbo a su cerveza:

—Ahora vamos a hacernos una selfi los dos...

Dylan la agarró, la estrechó contra él, Cas apoyó su cabeza en el hombro, él levantó la cerveza y le sugirió mientras ella comenzaba a disparar:

—En el texto pon: *De cervecitas con el tío que casi me cargo...*

Cas, muerta de risa, replicó al tiempo que no dejaba de hacer fotos:

—Mejor voy a poner: *De cervecitas con el tío que soporta mis chapas.*

—¡Qué soso! Pon mejor: *De cervecitas con el tío que me va a besar.*

Cas levantó la cabeza del hombro, lo miró y replicó:

—Eso estaría muy bien...

Cas guardó el teléfono en la cartera, la dejó a un lado, Dylan la agarró por el cuello y la besó con tanta pasión que los dos acabaron tumbados sobre el pañuelo, mientras el sol acababa de ser engullido por el mar.

Ya tumbados frente a frente, siguieron besándose desatados, devorándose las bocas, con las

manos volando por todas partes, desesperados por mucho más.

Dylan entonces descendió hasta los pezones de Cas, los mordisqueó a través del bañador y tras hacerla gemir de placer, bajó los tirantes dejando los pechos al descubierto.

—Por aquí no suele venir nadie y en unos minutos caerá la noche —susurró Dylan, mientras la acariciaba de una forma tan excitante que Cas creyó que iba a correrse ahí mismo.

Ella no dijo nada, a esas alturas ya todo le daba lo mismo, tan solo lo besó desesperada, al tiempo que acariciaba el cuerpo duro y fuerte de ese tío que estaba volviéndola loca de remate.

Porque tras besarla en la boca, descendió hasta los pezones duros que mordisqueó de una forma exquisita. Y después, tras despojarla del bañador, hasta el sexo que devoró hasta ponerla al borde del orgasmo.

Y es que Dylan sabía tan bien lo que hacía que, tras todas esas caricias precisas y certeras, solo tuvo que golpetearle sutilmente el clítoris con la lengua, para que ella estallara cuando el cielo estaba ya cubierto de estrellas.

Después, Dylan se tumbó al lado de Cas y se quedó mirándola a la vez que ella ni se creía que lo que estaba pasando fuera cierto.

Pero es que Dylan estaba sintiendo lo mismo...

—¿Esto es real? —le preguntó.

Cas lo miró, lo besó en el cuello que sabía a mar, y respondió con la pura verdad...

—He fantaseado muchas noches con que lo hacía contigo, pero esto ha superado todas mis expectativas.

—Deseaba tenerte entre mis brazos desde el primer día que me diste el beso en la carretera aquella... Pero todavía no me creo que esté pasando...

—Es que es increíble. Yo te juro que cuando llegué a la isla estaba convencida de que jamás me pasaría esto. Y aquí estoy, lamentándome de por qué no habré traído condones.

Dylan arqueó una ceja y replicó para que se quedara tranquila:

—Yo he traído, siempre llevo en la cartera. Pero quiero que sepas que desde que te conozco no he tenido sexo con nadie...

—No hace falta que me des explicaciones. No tenemos ningún pacto de exclusividad sexual ni nada por el estilo.

—No me hacen falta pactos. Solo te deseo a ti. Desde que casi me matas, no sé qué ha pasado que te me has metido tan dentro que solo puedo pensar en ti.

Cas se mordió los labios de los nervios, porque le encantó escuchar aquello y replicó:

—Yo es que solo podría hacer estas locuras contigo...

Cas llevó la mano hasta la erección grande y dura, la apretó, él gruñó y se quitó rápido el bañador.

Luego se quedó mirando ese prodigio de la naturaleza, porque en la vida había visto una cosa

igual, y mascullo:

—Esto en mis sueños tampoco era así...

Dylan echó mano a la mochila, sacó la cartera, cogió un condón, lo abrió y se lo enfundó mientras decía:

—Solo sé que en la vida había sentido un deseo tan feroz...

Luego, la besó duro, a lametones, se tumbó sobre ella y se clavó lentamente hasta el fondo.

Cas que ya casi que se había olvidado lo que era aquello, gimió aferrándose con fuerza a la espalda ancha y fuerte de Dylan, mientras susurraba:

—Estoy a punto de arder en llamas...

Él empezó a hacérselo despacio y profundo, mientras no dejaban de devorarse las bocas, de lamerse, de mordisquearse, hasta que llegó un momento en que ella le pidió más, Dylan se apartó, se tumbó bocarriba y Cas se sentó encima de él, a horcajadas.

Ella apoyó las manos en el torso perfecto de ese hombre que la miraba con un deseo que jamás había visto en los ojos de nadie y comenzó a hacérselo mientras Dylan no dejaba de acariciarla, la espalda, el cuello, los pechos...

Y así estuvieron hasta que ella comenzó a incrementar el ritmo de sus caderas, a hacerlo mucho más intenso y más fuerte, tanto que estaba tan excitada, que Dylan solo tuvo que descender con la mano hasta el clítoris y estimularlo con el pulgar para arrancarle un orgasmo que él sintió con tanta fuerza que estalló también entre jadeos agónicos...

Capítulo 12

Después de hacerlo, se quedaron tumbados bajo las estrellas sin decir nada, hasta que Cas no pudo más y musitó:

—Jamás me imaginé que me iba a pasar esto, tú es que sueles hacer estas cosas. Pero yo... Es la primera vez que tengo una aventura...

—¿Aventura? —preguntó mirándola con una cara muy extraña, que Cas no supo descifrar.

—Rollo de verano —precisó Cas.

Dylan se puso muy serio, la miró y negando con la cabeza masculló:

—Yo esto no lo he vivido en la vida.

Cas, sintiendo un mariposeo en la tripa de lo más absurdo, replicó:

—Lo dices por ser amable...

—Lo digo porque me muero por estar contigo.

Cas clavó la vista en el cielo, puesto que le entró un vértigo tremendo y replicó:

—Vaya...

—Mi especialidad es el sexo sin compromiso, casual y libre. Y por supuesto que siempre seguro. Me hago controles y estoy limpio, pero esto de hacer el amor bajo las estrellas, con una chica en cangrejas...

—¡Qué manía con mis cangrejas!

—Oye, en serio, que me ponen muchísimo. Y sobre todo me pones tú, siento por ti un deseo que me devora... Ha sido increíble...

Cas sin quitar la vista del cielo, confesó...

—Ha sido genial. Creo que ha sido el mejor polvo de mi vida...

—¿Crees? Vamos que esto es como los helados... —bromeó divertido.

Cas entonces le miró, negando con la cabeza y reconoció:

—Estoy segura. Esto ha sido como de otra dimensión... No he experimentado nada tan intenso, ni tan apasionado, ni tan salvaje en la vida...

—¿Salvaje? He sido muy dulce...

Cas tragó saliva, porque si eso había sido el nivel superdulce no quería ni imaginarse lo que podía ser aquello cuando a ese hombre le diera por ser salvaje.

—¡Ay madre! —farfulló alucinada.

—Jajajajajajajaja. Solo te falta santiguarte para protegerte del peligro...

—Perdona, pero ahora me encanta el peligro —le dijo divertida.

Dylan, entonces se levantó, y habló con una cara de guasa tremenda:

—Estupendo. Así no tendrás inconveniente en acompañarme en mi nueva locura...

—¿Qué locura?

Dylan ni respondió, se fue corriendo hacia el agua, donde se tiró de cabeza. Y Cas fue corriendo detrás, lanzándose de la misma manera...

Cuando salió del agua, con los pelos revueltos, se encontró con él, que la abrazó con fuerza:

—Joder, vaya si te gusta el peligro...

—Pero ¿qué peligro? ¿Ahora salen los tiburones? —preguntó toda inocente.

—No. A esta hora lo que suele sucederme es que me entra un hambre increíble...

—Jajajajajajaja. Vale, pues come... Empieza por donde quieras...

Dylan la besó en la boca, devorándola y luego masculló:

—Hambre de ti tengo a cualquier hora. Me refiero a la cena, ¿te atreverías a que te preparara algo en mi casa?

—Caray, ¿tan mal cocinas para que lo consideres algo de riesgo?

—En la cocina me apaño. Lo que considero peligroso son las ganas locas que tengo de meterme en la cama contigo.

—O sea que la invitación a cenar es para meterme en tu cama... —dijo Cas, arqueando una ceja.

—Así es.

—Genial. Yo encantada. No veo ningún peligro por ninguna parte...

Dylan que cada vez estaba sintiendo cosas más extrañas por esa chica se sinceró con ella:

—¿Y si nos pillamos?

Cas miró a Dylan que estaba guapísimo con el pelo mojado y sus ojos azules más brillantes que nunca y le recordó:

—Tú estás enamorado de Abigail y yo no estoy por la labor.

—Ya, pero es que el amor es ese bicho que de repente se te mete dentro y que ya no hay como sacarlo. Mira que si se nos mete... —habló Dylan con una cara diablo tremenda.

Si bien, Cas estaba segura de tenerlo todo bajo control...

—Tú ya tienes un bicho dentro... Y a mí no se me va a meter porque estoy haciendo el duelo por mi relación pasada.

Dylan sonrió de oreja a oreja y no pudo evitar el sarcasmo:

—Un duelo un tanto alegre...

—Supongo que todos los duelos tienen sus fases y yo estoy en la alegre y desenfadada...

—O a lo mejor es que ya te permites ser libre y disfrutar...

—Sea lo que sea, yo no me pillo. Tú tranquilo.

—Pero eso no se puede controlar... Sucede y estás jodido —le recordó Dylan, risueño.

—No nos va a pasar. Confía en mí. Esto es algo típico de verano, tan típico como una medusa o

una piña colada...

Dylan se quedó mirando la boca jugosa de esa chica que le gustaba demasiado y reconoció:

—Yo es te miro y te veo muy poco piña y muy poco medusa... Y eso que tienes unos pelos...

Cas se echó el pelo hacia atrás con la mano, él ya no pudo más y la besó desesperado en la boca.

Ella le devolvió el beso, él la besó otra vez y así estuvieron, hasta que se les puso la piel de los dedos arrugados, salieron del agua y se fueron disparados hacia donde habían dejado aparcada la Vespa.

Allí se vistieron, se pusieron los cascos y se subieron en la moto que Cas condujo con ese hombre detrás...

—¡No se te ocurra atropellar a ningún millonario más que te quiero para mí solo!

—Deja, deja que contigo tengo bastante...

Dylan la agarró de la cintura, se pegó a ella y pensó que si la felicidad existía debería ser muy parecido a eso.

Dos locos en las Bermudas, en Vespa, deseosos de que la noche no acabara nunca...

Luego, llegaron a la mansión de Dylan, el vigilante les abrió el portón y Cas se quedó alucinada ante lo que vieron sus ojos.

Y eso que era de noche...

Unos jardines formidables, repletos de árboles frutales, una piscina enorme, pérgola, lucecitas coquetas por todas partes y la villa de estilo colonial con el típico tejado escalonado de Bermudas, que era el colmo de la sofisticación y del buen gusto.

Después, dejaron la moto aparcada en el garaje donde había solo un Porsche Macan porque en Bermudas no se permite tener más que un vehículo por residente y salieron de nuevo al jardín donde a Cas no le quedó más remedio que decir:

—Menos mal que no estamos en Madrid y no tienes que devolverme la visita... El apartamento que tenía alquilado con Nacho era diminuto...

—¡Esa ya no es tu casa!

—Bueno, pero la de mis padres tampoco es que sea mucho mayor...

—Cuando voy a casa de alguien no suelo llevarme el metro.

—Ya, pero te agobiarías.

—Donde estés tú, para mí será siempre un paraíso —dijo Dylan, tras abrir la puerta de su casa y haciéndola pasar con un gesto de la cabeza.

Cas se quedó mirándolo, él recortó la distancia que los separaba, la besó en la boca, y ella le rodeó el cuello con las manos para que el beso se hiciera más profundo y más húmedo.

Después de ese beso, vinieron otros, el vestido de Cas voló, él la cogió por las caderas, ella rodeó el cuerpo de Dylan con las piernas y así la llevó en volandas contra la pared del fondo del

vestíbulo.

—Estamos solos. Los sábados libra todo el mundo —habló Dylan sin dejar de besarla.

—Qué bien... —murmuró Cas, dando un tironcito del labio inferior de Dylan.

—¿Quieres cenar o prefieres...? —le preguntó, al tiempo que Cas sentía la dureza de ese tío presionando su sexo.

—Prefiero... Prefiero...

Dylan cargando con ella, como si fuera una pluma, atravesó un salón grande, dos pequeños y luego aparecieron en una cocina enorme donde la dejó sentada sobre la isla central.

Allí se descolgó la mochila, sacó la cartera, extrajo un condón que se lo pasó a Cas y le confesó mientras se quitaba el bañador:

—Perdona, pero no aguanto hasta llegar al dormitorio... Luego, te lo enseño...

—No, si la cocina también está muy bien...

Dylan la miró con los ojos brillantes de puro deseo y, con la imaginación tremendamente desatada, replicó:

—Se me están ocurriendo unas cuantas cosas...

Dylan se acercó al frigorífico de dos puertas, tomó un hielo del dispensador, con el que, tras abrirle las piernas a Cas, le recorrió lentamente los muslos que ardían.

Ella estremecida de placer gimió, pero lo hizo más todavía cuando Dylan le bajó los tirantes del bañador y dejó que el hielo acabara derritiéndose en los pezones...

Acto seguido, la mordisqueó el cuello, en tanto que Cas se despojaba del bañador que acabó enroscado en los pies y del que finalmente se liberó dando un par de pataditas.

Después, abrió el condón, tomó la erección enorme con la mano y se lo enfundó, mientras Dylan le preguntaba:

—¿Te gusta que te aten?

Esas cinco palabras hicieron que Cas se pusiera mucho más todavía y replicó:

—No lo sé...

Dylan la agarró por las caderas para que se sentara al borde de la isla, le abrió más las piernas, se pegó a ella y la penetró, arrancándole un gemido.

Así se lo estuvo haciendo lento y profundo, hasta que la cogió de nuevo en volandas y la dejó de pie delante del frigorífico.

Cas temblando de placer, vio cómo él cogía el papel film, de la encimera de enfrente, y tras cortar un par de trozos largos, volvía frente a ella.

—Puedo atarte con esto...

Cas que ya pensaba que había descartado lo de las ataduras, preguntó porque su imaginación no era tan desbordante como la de Dylan.

—Atarme ¿adónde?

Dylan le mostró las asas del frigorífico y Cas se quedó alucinada:

—Nunca he probado a hacerlo atada y menos a un frigorífico...

—Esto es plástico, puedes liberarte si te incomoda... Como has dicho que la cocina estaba bien, pensé que estabas haciendo referencia a que se podía jugar... Pero si no te gusta la idea, lo dejamos.

—Seguramente se pueda jugar mucho... Pero yo es que solo he practicado el sexo en la cama y con la luz apagada... En la cocina, solo he cocinado...

—Se pueden hacer muchas cosas...

—Ya veo ya... —murmuró Cas, mirando los trozos de papel film con una cara tan rara que él decidió dejarlos sobre la encimera.

—Pero vamos, que es una tontería... Perdona, si te he abrumado...

Cas más que abrumada estaba más excitada que nunca en su vida, por eso le pidió ofreciéndole las muñecas:

—Estoy bien... Y con mucha curiosidad por probar el plastiquito...

—¿Seguro?

Cas asintió, él se acercó a ella, la besó apasionado, y después le agarró de la muñeca derecha, la puso en alto y se la ató con cuidado, con el papel film, al asa del frigorífico.

Con la otra muñeca hizo lo mismo, luego la besó y le preguntó:

—¿Estás bien?

Cas dijo que sí con la cabeza, porque las ataduras tenían la suficiente holgura para que ni la molestaran, él la cogió por las caderas, la levantó, ella rodeó el cuerpo con las piernas y él se hundió entero.

Cas sintió el frío de las puertas del frigorífico contra la espalda que arqueó y justo entonces empezó a penetrarla...

Y ella encontró la tortura tan exquisita que cuando Dylan incrementó el ritmo y la intensidad, celebró que no hubiera nadie en la casa, porque empezó a gritar de puro placer...

Y aquello fue a más, hasta que llegó un momento en que, de la fricción de su sexo contra el de Dylan, Cas sucumbió a un potente orgasmo que provocó que él estallara detrás.

Después, dejó a Cas en el suelo, la liberó de las ataduras y se abrazaron de un modo tan íntimo y tan cómplice que los dos sintieron el mismo vuelco al corazón...

Capítulo 13

Esa noche, Cas la pasó en casa de Dylan...

Y la siguiente, y la siguiente, y la siguiente...

Más que nada, porque desde aquella primera vez en casa de Dylan, sin saber cómo, ella acabó instalada en el casoplón del multimillonario *sexy*, con el que se lo estaba pasando como jamás en su vida.

Por las mañanas, mientras él atendía sus asuntos de trabajo, ella hacía turismo o leía en la piscina, luego almorzaban juntos en todo tipo de sitios, porque con Dylan era siempre imprevisible.

Lo mismo la llevaba a comer a un sitio con encanto en la zona menos recomendable de la isla, que al restaurante más distinguido y carísimo.

Y luego estaban las puestas de sol en calas recónditas, en lugares siempre tan mágicos que aquello ya no podía ser más perfecto.

Y mientras Cas disfrutaba de esos días irrepetibles junto a Dylan, Cris decidió perdonar a Javier y volvieron a tener encuentros de alto voltaje en casa de ella, en casa de él y donde se terciara.

Como sucedió una semana después de que Cas conociera el rincón secreto de Dylan...

Era sábado por la noche. Y Cris y Javi solo tuvieron que cruzarse las miradas, cuando se dirigían al jardín donde iba a celebrarse la fiesta temática de música electrónica, para que saltaran las chispas.

Fue una cosa tan incontrolable y explosiva que tuvieron que encerrarse en el despacho de ella, para hacerlo a lo salvaje al tiempo que saltaban por los aires los informes.

Luego, se acicalaron en el cuarto de baño y cuando estaban a punto de salir otra vez, Javi la estrechó contra él, le pegó un buen beso en los labios y le dijo:

—Te amo.

Cris le miró y sintió tal mariposeo en el estómago que no le quedó más remedio que refunfuñar:

—¡Ya estamos! No me lo decías desde que...

—Desde que ese tío te enseñó su lengua de perro. Pero vamos, no he dejado de decírtelo con mis besos, con mis caricias, con mi...

—Ya, me hago una idea...

—Cuando esta mañana he ido a por *croissants* a tu pastelería favorita y me he venido batiendo récords olímpicos para que te lo comieras caliente, también.

Cris respiró hondo y replicó mientras pensaba que ese chico ya no podía ser más guapo, ni más

mono:

—¿Y yo qué crees que hago cuando te he tapado esta noche con la sábana?

Luego, se mordió los labios, a él se le encendió la mirada y con un nudo en la garganta preguntó:

—¿Decirme que me amas?

Cris pensó que cómo no iba a quererle si era su mejor amigo, era un cerdo en la cama, se desvivía por ella, soportaba sus neuras y sabía como nadie arrancarle una sonrisa.

Cómo no iba a quererle si era bueno, generoso, ocurrente, divertido, trabajador...

Cómo no iba a quererle si solo tenía que rozarla con un dedo para ponerle cardíaca.

Cómo no iba a quererle si ya no concebía su vida sin su mirada, sin su sonrisa, sin sus caricias...

Si no había podido estar ni dos días sin hablarle, porque se moría por verle otra vez, por llevarle el batido de plátano que tanto le gustaba, por contemplar las puestas de sol cogidos de la mano como dos bobos, por hacer el amor a salto de mata, y por hartarse a reír en las juergas flamencas hasta las tantas...

Joder, claro que le quería...

Y no decía que le amaba, por lo que fuera...

Por sus traumas o porque era muy suya...

Sin más.

El caso fue que respondió pestañeando muy deprisa:

—Decirte que me importas.

—¿Sabes que eso me suena a un “te amo”?

Cris resopló, sonrió con el corazón a mil y replicó:

—Interprétalo como quieras...

Y se besaron como se puede besar a alguien al que amas de verdad.

Luego, se fueron al jardín que estaba decorado con la temática de música electrónica, ella se sentó en una mesa con un *swizzle* y Javier se reunió con el resto de animadores para empezar a dinamizar la fiesta.

La música empezó a sonar, la gente se arrancó a bailar, y sobre todo Javier que se plantó al lado del *dj* y empezó a moverse de una manera que a Cris le entraron ganas de arrancarle la ropa entera y arrastrarle hasta la playa para hacerlo como si no hubiera un mañana.

Las mismas ganas, supuso Cris, que las del grupo de la despedida de soltera que empezaron a jalearle...

Pero Javi era suyo, pensó, con una sonrisa triunfante.

Luego, dio un sorbo a su bebida, lo saludó con la mano y él se lo devolvió lanzándole un beso y después haciendo un corazón con las manos.

Pues sí, pensó con una sonrisa enorme.

Era suyo.

Absolutamente.

Y que las de la fiesta se jodieran...

Cris se repantingó en su silla feliz, y entonces se percató de que un par de mesas más allá estaba sentado el señor Hughes, el presidente de la cadena hotelera que la saludó con movimiento de cabeza.

Ella le devolvió el saludo levantando la mano y agitando los dedos. Y él replicó preguntándole con gestos que si podía compartir mesa con ella.

Cris asintió con una sonrisa amable.

Era el presidente.

Y, además, el señor Hughes le caía bien, llevaba una semana en el hotel, solo tenía buenas palabras para todo el personal y no incordiaba ni con caprichos ni con exigencias.

—¡Buenas noches, señorita González! —le saludó un tanto nervioso, con una ligera inclinación de cabeza.

—¡Buenas noches, señor Hughes! —replicó ella, con una sonrisa.

El señor Hughes se sentó enfrente de ella, se quedó como extasiado mirándola y luego replicó:

—Llámame Vincent... Ya llevamos unos días conociéndonos.

—Muchas gracias, Vincent. Y llámame Cris, por favor.

El señor Hughes continuó mirando a Cris embobado y ella no le dio importancia porque desde el primer día la había mirado así... Es más, estaba convencida de que así miraba a todos sus empleados para que se sintieran valorados.

No en vano, lo siguiente que le dijo fue:

—Eres una chica estupenda, Cris. Estás haciendo una gran labor en el hotel, el director solo me habla maravillas de ti y yo he tenido la suerte de comprobarlo con mis propios ojos. Estás enfocada en el cliente, cuidas cada detalle, eres una trabajadora incansable, el personal te adora... De hecho, tienes a ese animador haciéndote un corazón con las manos.

Cris miró al animador y vio que Javi estaba haciendo el corazón con una cara muy rara...

Lo que le faltaba, que tuviera también celos del señor Hughes.

A ver, que era un hombre atractivo, elegante y distinguido, pero tenía sesenta y cinco años.

Por muy podrido de dinero que estuviera, pensó Cris, en esa liga no iba a jugar jamás.

En fin. Le saludó con la mano otra vez y le dijo a su jefe:

—Te agradezco mucho tus palabras, Vicent. Para mí es honor trabajar en una compañía cuyos valores corporativos comparto absolutamente: pasión, vocación de servicio, integridad, respeto al medioambiente, transparencia, rigor, responsabilidad, proactividad, adaptabilidad al cambio...

—Me alegra que nos hayas elegido para crecer profesionalmente.

Cris pensó que más que elegirlos, se agarró a ellos como un clavo ardiendo cuando vio las condiciones del empleo...

—Y quiero que sepas que para mí sería un honor poder seguir desarrollando y potenciando mi currículum en la compañía...

—¿Aquí estás a gusto? ¿O preferirías trabajar en otro lugar del mundo?

La cadena tenía hoteles por todo el mundo, pero de momento Cris no tenía ganas de moverse de Bermudas. Ni de separarse de Javier...

—Estoy abierta a todo. Pero en este *resort* me siento como en casa.

El señor Hughes dio un sorbo a su coctel Dark 'n Stormy, asintió con la cabeza y confesó:

—Lo entiendo. No venía a este complejo hotelero desde su inauguración, y ni siquiera pasé la noche. No me dio tiempo a disfrutar de las bondades de este magnífico lugar y ahora, coincidiendo con mis vacaciones, he decidido enmendar mi error. Porque merece mucho la pena.

—¿Entonces te vas a quedar más tiempo con nosotros?

—Sí. Un par de semanas más. Normalmente, solía pasar los veranos recorriendo nuestros hoteles en Europa con mi esposa. Pero falleció el año pasado y ahora Europa me trae malos recuerdos... Por eso, decidí pasar unos días en Bermudas, donde quién iba a decirlo, la vida me tenía deparada una gratisísima sorpresa.

—Este sitio es muy especial...

El señor Hughes se llevó la mano a la barbilla y, con esa cara de flipado que solía poner, replicó:

—No me refiero al lugar. Que es muy hermoso. Esto es un paraíso. Me estoy refiriendo a ti, Cris.

—¡Qué amable eres, Vicent! Te agradezco mucho que valores mi esfuerzo, porque me empleo a fondo cada día para dar lo mejor de mí.

—No lo dudo... Y como charlar contigo es una delicia, me estaba preguntando que si te gustaría venir mañana por la mañana a jugar al golf con unos amigos... Los Walsh... Son gente encantadora. Te gustarán. Él es presidente honorífico de una reaseguradora, está ya jubilado, y su esposa que es profesora de español se jubila en estos días...

Cris tras escuchar a qué se dedicaba la señora Walsh, se echó para adelante en el asiento y le preguntó entusiasmada:

—¿Y trabaja en Bermudas?

—Sí, claro.

—¿Y sabes si tiene ya sustituta? —preguntó Cris, llevándose la mano a la barbilla.

—Ni idea.

—¡Tengo que ir mañana contigo, entonces! Es que he invitado a mi mejor amiga a que pase las vacaciones conmigo y la pobre está en paro. Curiosamente es profesora de lengua y literatura...

El señor Hughes, mirándola con más admiración todavía, repuso:

—También eres una buena amiga, leal y noble. Eres un auténtico tesoro.

Cris dio un manotazo al aire, negó con la cabeza y en ese instante se percató de que Javier se había plantado a su lado.

—¡Buenas noches, señor Hughes! Disculpe que le interrumpa, pero es que necesito tratar un asunto urgente con la señorita González.

El señor Hughes apuró su cóctel, lo dejó en la mesa y le habló a Javier:

—Sí, cómo no. Además, yo ya iba a retirarme. —Y luego, dirigiéndose a Cris le dijo—: Mañana, a las nueve en punto te espero en el vestíbulo principal, para nuestra jornada de golf.

Y tras besar la mano de Cris, gentilmente, el señor Hughes abandonó el jardín.

Javier entonces agarró una silla, la pegó junto a la de Cris y le preguntó con un cabreo enorme:

—Pero ¿quién te crees que eres? ¿La protagonista de *Seduciendo a mi jefe añoso*? ¡Es lo que me quedaba por ver! ¿También te ponen los abuelos?

—Ese hombre está muy bien. Tiene sus años, pero tiene una pinta de James Bond, elegante y sofisticado, tremenda...

—¿A ti no te ponían los James Bond rudos y cavernícolas? Joder, Cris, me dices que te importo, me lo creo y a los tres minutos veo que le estás tirando la caña al jefe supremo. Y no es que esté celoso, es que tengo la sensación de que te estás riendo de mí...

—Ni estaba ligando, ni me estoy riendo de ti —replicó Cris, molesta.

—Ya, por eso has quedado mañana con él para jugar al golf. Cuando se suponía que ibas a ir conmigo al faro de Gibbs Hill.

Cris se llevó la mano al frente, luego se encogió de hombros y se disculpó:

—Se me había olvidado completamente...

—Ya, ya veo lo que te importo.

—No dramatices, por favor. Podemos ir al faro cualquier otro día...

—Claro, claro, es un plan de mierda al lado de ir a jugar al golf con tu jefe millonario y luego a almorzar al club más selecto de las islas... —refunfuñó con rabia—. Eso sí que te hace sentir segura, protegida, cuidada. Ese hombre sí que te puede dar lo que necesitas. Y yo no que...

—¡Calla! Y no sigas por ahí... Y escúchame... He aceptado su invitación porque va a quedar con un matrimonio amigo y ella es una profesora de español que está a punto de jubilarse. Quiero que ese puesto sea para Cas...

Cris podía decir lo que quisiera, pero Javier estaba convencido de que las intenciones de su jefe eran otras:

—Eso está genial. Pero ese tío te miraba arrebolado...

—Es su forma de mirar.

—¿Y también llama tesoro a todo al mundo? Yo solo te digo que esta vez estás jugando con

fuego y como te quemes vas a perderlo todo. A tu trabajo y a mí. Si es que de verdad yo te importo algo...

Y tras decir esto, Javier se fue de nuevo a bailar con un cabreo monumental...

Capítulo 14

El domingo, mientras Cris entre hoyo y hoyo, no paraba de hablarle a la señora Walsh de Cas, esta se encontraba en casa de Dylan desayunando con él en el jardín.

La noche anterior se habían acostado casi al amanecer, después de que llegaran de un fiestón en un barco de un amigo de Dylan y luego siguieran ellos dos con su fiesta particular en la cama...

—¿Hoy qué te apetece hacer? —le preguntó Dylan mientras bebía su zumo de naranja.

Cas que llevaba puesta una camiseta de él, le miró muerta de sueño y, con los pelos revueltos, respondió sin pensarlo:

—¡Volver a la cama!

—Es un buen plan... Por cierto, anoche me diste mucha suerte. Conseguí vender nuestra tecnología a varios clientes importantes que estaban en la fiesta.

Cas, que estaba untando una tostada con mermelada de fresa, preguntó perpleja:

—¿No me digas que también te dio tiempo a hacer negocios?

—Es lo normal. Pero no siempre se tiene la suerte que yo tuve anoche. Había peces muy gordos en esa fiesta...

—Yo te veía hablar con unos y con otros, pero preferí quedarme bailando junto el *dj*. Era muy bueno...

—Ya te vi, ya... Con lo que tú eras, cuando llegaste a la isla.

—Sí, pero yo ya voy lanzada a la vida... —replicó Cas, risueña.

—Pues no te cuento yo, que tenía tantas ganas de volver contigo que jamás he hecho negocios tan deprisa.

Cas le miró con los ojos chispeantes, dio un mordisco a su tostada y bromeó:

—Normal, es que soy irresistible.

—Como yo. Por eso la gente no paraba de preguntarme que si éramos pareja...

—Responderías que solo somos pareja de vicio y de baile —repuso Cas, encogiéndose de hombros. Porque otra cosa no eran.

Pero Dylan negó con la cabeza, cogió una manzana, le dio un mordisco y reconoció:

—Respondía todo el rato que ojalá...

Y sin previo aviso, se levantó, le plantó un beso en los labios y ella perpleja agitando la tostada al aire, preguntó:

—¿Ojalá? ¿De verdad que te gustaría ser mi pareja?

—Jajajajajajajajajajaja.

—¿De qué te ríes?

—¡De la cara que pones! Tranquila, mujer, te aseguro que hay castigos peores que ser mi pareja.

—Ya, pero yo...

Cas no pudo seguir hablando, porque a Dylan le entró una llamada, la atendió, apenas asintió unas cuantas veces y después colgó diciendo:

—De acuerdo. Te espero en media hora.

Luego, cogió a Cas de la mano y le contó con una cara muy extraña, indescifrable:

—Era Abigail. Dice que tiene algo muy importante que contarme y que viene para acá en media hora. Sola... John se ha quedado con los niños...

Cas sintió de repente un fuerte zarpazo de ansiedad en el vientre, dejó la tostada a medias en el plato, se limpió con la servilleta, se liberó de la mano de Dylan y se levantó porque sentía que ya solo podía hacer una cosa:

—Yo me voy.

Dylan la cogió por la muñeca y le pidió tirando de ella para que se volviera a sentar:

—Termina tu desayuno. Y ni se te ocurra marcharte.

—No me voy a quedar en la casa, cuando ella tiene algo importante que contarte. Llevas toda la vida esperando tener esta conversación...

Dylan la agarró por la cintura, la estrechó contra él y le dijo:

—No sé qué tendrá que contarme. Pero yo no quiero que te vayas...

—Como te cuente lo que llevas años deseando escuchar, no creo que le haga mucha gracia descubrir que hay una chica con la que te acostaste anoche encerrada en una habitación.

—Es mi vida. Hago lo que me da la gana. Y esa chica me vuelve loco.

Dylan la besó en la boca, pero Cas estaba tan nerviosa que se apartó de él y le pidió:

—Déjame que me vaya. Me voy a sentir mejor. Además, tengo ganas de conocer las Cuevas de Cristal...

—Pero si estás muerta de sueño. Espérame en la cama.

Cas le dio un beso y luego musitó con los labios pegados a los de él y sin el más mínimo atisbo de reproche, es que era la realidad:

—Ya no te hago falta para olvidarte de ella por un rato. Abigail está a punto de llegar.

Lo que Cas no esperaba era que Dylan fuera a responder también con la verdad:

—Me haces tanta falta que prefiero seguir desayunando contigo.

Cas sonrió porque le encantó escuchar aquello, si bien le pareció que lo más sensato era:

—Escucha lo que te tiene que decir...

Le besó otra vez en los labios y se fue al dormitorio a vestirse...

Poco a poco había ido llevándose sus cosas a casa de Dylan y ya lo tenía todo allí.

Pero quién sabía, quizá ese mismo día iba a tocarle empacarlo todo otra vez.

Y se alegraba por él, porque Abigail era el amor de su vida...

Pero por ella misma...

Joder, por ella misma era una auténtica mierda.

Y es que, aunque asumía que lo suyo tenía los días contados, ¡todavía le quedaban dos puñeteras semanas para estar con él!

Dos semanas que se lo podía haber pasado como nunca en su vida.

Sin embargo, Abigail estaba a punto de llegar.

Frustrada, cabreada, triste, cansada y desesperada, se plantó de nuevo en el jardín para despedirse de Dylan:

—*Omnia in bonum...* —le dijo Cas forzando la sonrisa y haciendo esfuerzos ímprobos para que no se notara lo mal que estaba.

—Ese es mi barco.

—Y eso es lo que va a pasar. Todo es para bien.

Más que nada para él, pensó Cas, porque para ella era toda una puta mierda pinchada en un palo.

—Joder, Cas, ¡me sabe fatal que te vayas así! En cuanto termine, te voy a buscar y hacemos lo que te apetezca.

Cas se sintió peor todavía porque encima Dylan era un amor de tío.

Si al menos pudiera odiarle, pero es que ni eso:

—Hablamos. Ya me cuentas. Mucha suerte, Dylan. Te mereces todo lo bueno del mundo. Y que sepas que estos días han sido los más felices de mi vida. Jamás voy a olvidarlos. Gracias.

Y tras decir esto, con los ojos llenos de lágrimas y la voz quebrada, le besó en los labios y salió corriendo en busca de la Vespa.

Luego, momentos después, cuando estaba parada frente al portón esperando para que se abriera, apareció Dylan para gritarle:

—¡No atropelles a ningún multimillonario, por favor!

La puerta se abrió, Cas se despidió con la mano, y arrancó con dos lagrimones recorriéndole el rostro.

Dylan no estaba mucho mejor, se sentía tan abatido que cuando Abigail llegó, aparcó en el porche y se bajó de su deportivo, lo primero que hizo fue preguntarle:

—¿Te encuentras bien?

—Sí —mintió—. Si quieres nos sentamos...

Abigail y Dylan se sentaron en unas hamacas a la sombra, junto a la piscina, y ella le habló entusiasmada:

—¡Tengo tantas ganas de contarte!

—Dime...

Dylan la miró y estaba radiante, más guapa que nunca, le brillaban los ojos de una manera especial, pero mientras hablaba él solo podía pensar en Cas.

De repente, recordó las risas en el jardín, los dos correteando desnudos, los baños a las cuatro de la mañana en la piscina, despertar a su lado, escuchar su canturreo horrible mientras se lavaba los dientes, los desayunos de dos horas, los almuerzos en cualquier parte, los atardeceres con su cabeza apoyada en su hombro, las noches tan intensas y tan mágicas...

Y a todo esto que Abigail seguía hablando...

—Tú siempre has sido muy especial para mí, Dylan. Sabes lo mucho que te quiero, que te respeto, que te admiro... Y después de tantos años de amistad, considero que es el momento perfecto para que nuestra relación se haga más estrecha, más íntima y más fuerte. He hablado con John y está de acuerdo al respecto. Y a los niños también les parece genial. Tú eres como un tío para ellos...

Dylan se quedó mirándola atónito, porque en ese justo instante él se percató de que, aunque se había pasado la vida entera colgado de la mujer que tenía enfrente, le importaba mucho más Cas. Por lo que replicó:

—Mira, tengo una urgencia tremenda. Tengo que ir a buscar a Cas. Se ha ido a visitar las Cuevas de Cristal y antes de que se meta en ese agujero necesito que sepa que estos días también están siendo para mí los más felices de mi vida. Así que, si me estás proponiendo que seamos amantes, lo siento pero...

—Jajajajajajaja. ¿Amantes?

—¿Me estás pidiendo entonces que participe en vuestra sociedad médica? Es que como hablas con tantas vaguedades y yo estoy loco por irme detrás de esa mujer... ¡Vete al grano, por el amor de Dios!

—¡He venido para proponerte que seas el padrino de mi cuarto hijo!

Dylan se quedó de piedra, aunque de repente entendió por qué estaba más guapa que nunca:

—¿Hijo? ¿Otro niño?

Abigail emocionada asintió con la cabeza, Dylan se echó a reír y exclamó:

—¡Felicidades! ¡Qué alegría, por Dios! Jajajajajajaja. Y yo pensando que me estabas tirando los trastos...

—Te advierto que yo hasta que ha aparecido esta chica estaba convencida de que seguías obsesionado conmigo. Y fijate bien que digo obsesionado y no enamorado.

—Ya, pillo el matiz.

—Sé lo competitivo que eres, lo que te gusta ganar, y siempre tuve el temor de que, por ego, y no por amor, sigieras aguardando el momento de la revancha.

Dylan resopló, arqueó una ceja y no dudó en reconocer:

—Hace mucho que me calaste...

—Pero el otro día en el barco, cuando te vi cómo mirabas a Cas, me di cuenta de que mi sospecha era infundada. Porque ella ya lo ocupa todo...

—No sé cómo una chica tan lista como tú, elige como padrino de su próximo retoño un tío tan memo como yo —repuso Dylan, revolviéndose el pelo con la mano.

—Porque te adoramos. Y porque sé que nuestro hijo jamás podrá tener mejor padrino.

Abigail se levantó, él hizo lo mismo y se abrazaron mientras él mascullaba:

—Me hace una ilusión bárbara ser el padrino del nuevo mocoso. Muchas gracias por pensar en mí para este maravilloso honor. Te prometo que no voy a defraudaros, que estaré a altura...

—¡Menudo eres tú! Sé que no vas a parar hasta que te conviertas en el mejor padrino del mundo...

Los dos se echaron a reír y luego Dylan, mientras la acompañaba de nuevo hasta el deportivo, replicó:

—No lo dudes. Y ahora ¿me podrías acercar a las Cuevas de Cristal?

Abigail le miró divertida y le aseguró convencida:

—Tú estás tan pillado que vamos a tener boda antes que bautizo.

Dylan resopló, se encogió de hombros y repuso resignado:

—Lo que me está pasando con esta mujer no es normal.

—Sí lo es. Se llama amor, y es el culpable de que un día te levantes, y estés embarazada de tu cuarto hijo.

Dylan sonrió, porque cayó en la cuenta de algo por primera vez:

—Entonces, lo que sucedió cuando tú me dejaste por John fue que no perdí...

—Jajajajaja. Tú siempre te las ingenias para salir ganando.

—Pero es que es cierto. Tenía que perder para ganar. Porque tú no sabes cómo es Cas... Es que me tiene... Ya te cuento por el camino...

Capítulo 15

Cas estaba en la cueva, entre estalactitas y estalagmitas, caminando por una pasarela bajo las aguas cristalinas del lago Cashow.

El lugar era de una belleza insuperable, a pesar de que el guía se empeñaba en encontrar parecidos razonables en las distintas formaciones...

Que si una cabeza de dragón por aquí o que si un rascacielos en el reflejo de las estalactitas en el lago, por allá.

Sin embargo, ella no quería que encontrara parecidos con nada, Cas solo quería creer que estaba en una realidad paralela, donde no acababa de perder para siempre al tío con el que mejor se lo había pasado en su vida.

Porque eso era lo que estaba convencida que iba a suceder cuando saliera de la cueva y él la llamara para contarle que Abigail se había dado cuenta de que su matrimonio era un fiasco.

Que, a pesar de los años y los niños, era a él a quien amaba...

Cosa que entendía perfectamente.

Porque Dylan era tan apasionado, tan divertido, tan ocurrente, tan generoso, tan dulce, tan rebelde...

Y sí, también era terco como una mula, competitivo hasta el delirio, impaciente, impetuoso, con tanta energía que a ella a veces la agotaba, por no hablar de su afición a sorprenderla con planes de lo más disparatados.

Pero...

Era para llevárselo a casa.

O mejor, para quedarse en la suya a vivir por siempre jamás.

Así que no le extrañaba que Abigail hubiera salido corriendo a sus brazos y ella...

Ella estaba metida en una cueva preciosa, oscura y bien fresquita, sintiéndose de pena y extrañando ya tanto a Dylan que de repente creyó escuchar cómo gritaba su nombre.

Y es que estaba fatal...

Tan mal que volvió a escuchar que la llamaba y aquello ya sí que fue tan mosqueante que se giró y vio que, alguien muy parecido a él, corría por la pasarela en dirección hacia ella.

Joder.

¿La pena le estaba haciendo alucinar?

—¡Cas! ¡Estoy aquí! —gritó Dylan agitando las manos.

Y entonces Cas, sintiendo un vuelco al corazón, ya sí que por fin se convenció de que era él.

A Cas le dio por reír y, muerta de risa, corrió hacia él al tiempo que esquivaba a turistas que la

miraran como si estuviera loca.

Pero es que lo estaba...

Loca de alegría y de felicidad de poder volver a los brazos de ese tío que se había metido en la cueva por ella.

—¡Madre mía, Dylan! ¡Pensé que estaba delirando! —exclamó Cas, abrazándose a él.

Dylan la abrazó fuerte, luego la besó en los labios y replicó feliz:

—Te fuiste sin que te dijera que para mí estos días también han sido los mejores de mi vida.

—¡Ay Dios! ¿Y has venido para decírmelo? ¿Y Abigail?

—Abigail está embarazada de su cuarto hijo y quiere que sea su padrino.

Cas, pestañeando muy deprisa, preguntó sin dar crédito:

—¿Qué?

—Verás, me ha soltado la noticia de una forma tan críptica y misteriosa que yo no sabía si me estaba tirando los tejos o me estaba pidiendo que invirtiera en su sociedad médica. Pero me daba lo mismo, a mí lo único que me importaba era venir a la cueva para decirte que estos días han sido los más felices de mi vida.

Cas estaba que no cabía en sí de felicidad, pero había algo todavía en el aire que lo ensombrecía para que fuera completa:

—Pero Abigail es tu gran amor. Estás enamorado de ella.

—No. ¿No te estoy diciendo que me daba exactamente igual lo que tuviera que decirme? ¡Solo podía pensar en ti y en que no quería que estuvieras sola en este agujero convencida de que no me importabas!

Cas se llevó la mano la mano al pecho, porque para para nada esperaba que los acontecimientos fueran a dar ese giro y masculló:

—Solo estaba sintiendo una pena enorme de pensar que acababa de perder al tío con el que mejor me lo he pasado en la vida.

—¡Ese tío está aquí!

Cas lo abrazó otra vez y musitó pegada a él:

—Me daba una rabia, una frustración, una tristeza y un todo no poder disfrutar de las dos semanas que nos quedaban...

—Prefiero pensar que tenemos todo el tiempo del mundo por delante...

—Yo es que aún no me creo que no estés con Abigail.

—Abigail me conoce demasiado bien. Me ha confesado que siempre sospechó que seguía obsesionado con ella, porque sabe lo asquerosamente competitivo que soy. No iba a parar hasta resarcirme. En fin, que mi cuelgue era puro ego, no amor. Y tiene toda la razón. Yo solía ganar a John en todo lo que compitiéramos... Tenis, baloncesto, vóley, póker, dardos... Pero un día mi novia se enamoró de él y, como no me gusta perder, decidí que no pararía hasta que volviera a ser

mía. Durante años, confundí esa obsesión con amor. Pero hoy por fin me he dado cuenta de que realmente no estoy enamorado de ella. Hoy la he tenido enfrente, y solo podía pensar en ti correteando por el jardín, en lo guapísima que te pones después de correrte, o en cómo me gusta espiarte desde la ventana mientras lees relajadamente echada sobre el unicornio...

Cris le miró alucinada, abriendo los ojos como platos, y confesó divertida:

—Yo también te espío desde el unicornio mientras trabajas...

A Dylan le encantó escuchar aquello, la besó en los labios y después le habló:

—Abigail también me dijo que se dio cuenta con el beso aquel en el barco de que yo ya estaba curado de mi obsesión, porque tú ya lo llenas todo. Y entonces, he sido consciente de algo... Yo perdí para ganar... Abigail se tenía que ir de mi vida, para que llegara alguien como tú que me tienes loco perdido.

—Pues tú a mí. No imaginas lo que llevo sufrido en esta cueva...

—Es bonita. Para sufrir es un sitio hermosísimo —dijo Dylan, con la vista puesta en la bóveda que parecía una cascada de hielo.

—Y también para que te den la alegría de tu vida. ¡Qué ilusión me ha hecho verte otra vez!

Dylan la miró, la besó en la boca y susurró:

—No me voy a ir.

Cas sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero y no era por estar en una cueva húmeda y oscura.

—La verdad es que la cueva merece mucho la pena —disimuló porque es que ni se creía que pudiera estar manteniendo esa conversación con él.

—A tu lado, todo lo merece. Y la verdad es que desde que llegaste a mi vida, solo te tengo a ti dentro. Lo de hoy con Abigail ha sido la constatación de algo que ya es incuestionable. Me gustas demasiado, Casilda Manzano.

—Y tú a mí.

—Hoy teníamos un plan estupendo. ¿Quieres que volvamos a casa?

—Me ha costado veinte dólares la entrada. Sé que para ti no es nada, pero ya que voy a tener que dejar a mi madre sin unos cuantos imanes para el frigorífico, me gustaría amortizar la visita. Además, esto es tan bonito... Y más ahora que estás aquí...

—Me parece perfecto.

Cas, con el estómago lleno de mariposas y una sonrisa de lo más tontorróna, replicó:

—Pero hay un pequeño problema: he perdido al guía.

—No te preocupes. Yo he venido unas cuantas veces. Un poco más allá hay unas estalactitas que tienen el perfil de mi abuelo Thomas...

De la mano, y sin parar de reír ni de besarse, estuvieron recorriendo la cueva y se hartaron a encontrar figuras y caras en los depósitos de calcita.

Luego, Dylan le sugirió una foto con las aguas turquesas del lago detrás, a ella le encantó la idea, posó pensando en todo lo que le hacía sentir ese tío y cuando él le mostró la foto por poco no le dio algo:

—¿Yo siempre tengo esta cara de idiota?

Dylan la miró muerto de risa y solo pudo decir la verdad:

—¡Todo el rato!

—¡Dios mío! Pero no estoy muy fea, ¿no?

—¡Estás esplendorosa!

—Jajajajajaja. ¡Tampoco te pases!

—Es la verdad. Y ahora vamos a hacernos una foto los dos, ¡que yo también quiero ver la cara que tengo!

Cas le agarró por el hombro, pegó su rostro al de él, muerta de risa, él disparó unas cuantas fotos y exclamó divertido:

—¿Tú has visto esta cara de gilipollas?

Cas se mordió los carrillos para evitar la carcajada y respondió:

—Sí.

—¿Y es muy habitual en mí?

Cas se encogió de hombros y los dos se partieron de risa...

Después, salieron a la superficie, pasearon por un palmeral precioso y cuando Cas pensaba que aquello ya no podía superarse, recibió la llamada de su amiga Cris...

—Tía, estoy jugando golf con Vicent y unos amigos y me he apartado un poco del grupo porque tengo que contarte un notición.

Cas, que no tenía ni idea de quién le estaba hablando, le preguntó:

—¿Vincent?

—El señor Hughes, el presidente de la cadena hotelera.

Cas se quedó atónita y, temiéndose lo peor, le dijo a Dylan:

—Es mi amiga Cris. Me temo que se ha metido en un buen lío. Me voy a sentar en ese banco.

—No hay problema. Así echo un vistazo a mi correo —le dijo Dylan.

Y ella, loca por saber en qué andaba metida su amiga, le preguntó:

—¿Desde cuándo es Vicent?

—Es muy majo y agradable. Estos días está siendo una delicia tenerle entre nosotros. Y anoche estaba en la fiesta y se acercó a mi mesa. Estuvimos charlando y de repente me invitó a jugar al golf con él y una pareja amiga. Y ahora es cuando viene lo bueno...

Cas con una angustia tremenda, por el pobre de Javier, replicó:

—¡No me jodas que te has liado con él!

—Estás como Javier, que anoche me decía que si me creía la protagonista de una novela

romántica titulada *Seduciendo a mi jefe vejstorio* o algo así...

—¿Cuántos años tiene? ¿Ochenta?

—Tiene sesenta y cinco. ¡Y yo no quiero nada con él! El hombre es muy educado, atento, agradable, y la verdad es que para los años que tiene está muy bien. Pero he venido a jugar al golf con él y los Walsh, porque ella acaba de jubilarse como profesora de español en un colegio privado de aquí, de Bermudas...

Cas, con el corazón a mil, solo pudo farfullar:

—¡Ay Dios!

—Imagina, yo en cuanto escuché aquello ayer, me dije: tengo que ir sí o sí a conocer a esa mujer y meterle por los ojos a mi amiga como sea.

—Pero a lo mejor ya tiene sustituta...

—Jojojojojojojojo. No. ¡No tienen aún! Y ahora mismo te voy a pasar el correo electrónico de la directora para que le envíes tu currículum. Jojojojojojo. ¡Le he hablado tantas maravillas de ti a la señora Walsh que está loca por conocerte! Ella ama tanto como tú a Jane Austen, a Emily Dickinson y a los exfoliantes caseros a base de aceite de oliva, azúcar y limón. ¿No te parece realmente increíble?

—¿También le has hablado de los exfoliantes?

—He hablado de todo, como una cotorra, sin parar... ¡Tenía que encontrar puentes como fuera! Y he encontrado unos cuantos. Está ansiosa por conocerte. No te digo más. ¡Sois almas gemelas! Y ella también está casada con un millonetais...

—Pero yo no estoy casada con ninguno...

—Pero te falta poco. Le he dicho que eres la novia de Dylan Boyle. ¡Y le admira tanto! Me ha pedido que organice una cenita para los seis. Le he sugerido que en el barco de Dylan, y le ha encantado la idea. Y como donde comen seis comen siete, se me ha ocurrido que también se venga la directora del colegio. Y le ha parecido perfecto. Así que envíale ahora mismo tu currículum y: ¡Felicidades, amiguita, porque ya tienes empleo!

Capítulo 16

Aunque el lunes a primera hora la directora del colegio le escribió a Cas agradeciéndole que le propusiera su candidatura y citándole para una entrevista para el viernes, ella no quería hacerse ilusiones.

Y es que a pesar de que en un principio no entraba en sus planes trabajar en el extranjero, ahora lo estaba reconsiderando seriamente.

Bermudas era un lugar maravilloso, donde tenía amigos y donde bueno...

Estaba él.

Pero tampoco era que quisiera pensarlo demasiado, porque si algo había aprendido últimamente era que no había nada mejor que vivir el momento y dejar que la vida te sorprendiera.

Como de hecho, le sorprendió a mitad de semana, cuando Cas recibió la llamada de la última persona que esperaba que lo hiciera, justo después de que Dylan se marchara a una reunión con un cliente:

—¡Hola Cas! ¿Cómo estás?

Cas había alucinado al ver el nombre de Nacho en la pantalla, pero es que fue escuchar su voz y se le revolvió el cuerpo entero.

—Bien. ¡Qué sorpresa! ¿Y tú qué tal?

Cas no había vuelto a hablar con él desde que lo dejaron, pues habían perdido totalmente el contacto. O eso creía porque él respondió:

—Seguro que no tan bien como tú. Sigo por Instagram tus vacaciones bermudeñas...

—Pero si tú detestas Instagram...

—Ya, pero un día estaba aburrido en casa, me aparecieron las *stories* de Cris y me quedé en *shock*. De repente, te vi como nunca... Bailando sevillanas, tirándote al mar desde la borda de los barcos, desde acantilados, jugando al vóley, bebiendo cervecitas con amigos. Se te ve tan feliz, tan alocada, tan libre, tan divertida...

—Están siendo unos días entretenidos...

—Y yo me estoy dando cuenta de tantas cosas... Me ha removido tanto verte en esas fotos que he cometido la locura más grande de mi vida.

Cas se levantó de un respingo de la hamaca en la que estaba leyendo, dejó el Kindle a un lado y le preguntó extrañada:

—Una locura ¿tú?

Porque si había algo que Nacho detestara era la improvisación y las sorpresas...

—Sí, por una causa de fuerza mayor.

Cas sin tener ni idea de qué estaba hablando, pero cada vez más nerviosa preguntó:

—¿Qué es lo que has hecho?

—¿Te acuerdas que estaba ahorrando para ir a conocer la casa natal de mi abuelo quinto en Valparaíso?

Cas pensó que cómo lo iba a olvidar con las chapas que le daba con toda su colección de antepasados. Y, respirando aliviada al saber que se trataba de esa clase de locura, replicó:

—Claro que me acuerdo. ¡Por fin estás allí! ¡Qué bien! ¡Haz muchas fotos!

—Ese viaje tendrá que esperar, porque he empleado todos mis ahorros en sacarme un pasaje a las Bermudas.

Cas empezó a caminar a grandes zancadas por el jardín, ansiosa perdida y le preguntó:

—¿Para cuándo? Digo mejor dicho ¿para qué?

—¡Ya estoy aquí! Estoy en Saint George, ya sabes que me apasiona la ingeniería militar inglesa. ¿Podríamos quedar en una hora? Necesito hablar contigo, Cas. Tengo algo muy importante que contarte...

Cas temiéndose lo peor, se llevó la mano al pecho y le preguntó:

—¿Estás bien de salud?

—Perfectamente. Tranquila. Tengo la genética de los Romero, ¿sabes que descubrí el otro día que tengo un decabuelo que llegó a los noventa y seis?

—Qué bueno...

—Me encanta compartir estas cosas contigo. Y solo espero que, con lo que tengo que decirte, al final salga el sol para los dos.

Cas, loca ya por conocer qué diablos tenía que contarle, le citó en una hora en una cafetería en King's Square y a Nacho le pareció perfecto.

Después se duchó, se vistió con lo primero que encontró, un vestido suelto de florecitas y unas sandalias, se hizo una coleta alta, se plantó unas gafas de sol gigantes y partió para su destino sin todavía creerse que Nacho pudiera estar allí.

Pero estaba, sentado ya en la terraza de la cafetería Gojo's, con un café y un sándwich de pescado.

Tenía unas pintas horribles, pálido, ojeroso, había perdido unos cuantos kilos y llevaba una camiseta de rayas rojas con unas bermudas de color caqui.

En cuanto la vio, se levantó y la saludó muy efusivo y cariñoso:

—¡Hola Cas! Las vacaciones te sientan muy bien...

—¡Hola Nacho! Aquí no se está nada mal, la verdad.

Se dieron dos besos, Nacho le pidió con un gesto de la mano que se sentara frente a ella y luego le dijo mirándola admirado:

—Las fotos no hacen justicia al brillo de tus ojos y a tu brillo en general.

—Es la luz de Bermudas.

—No es la luz, porque yo estoy marchito y verde.

Cas pensó que tenía razón, lo había clavado, estaba mustio y con la piel de un tono verdoso horrible. Pero para no hacer sangre, replicó:

—¡Qué exagerado! Yo te encuentro...

—Marchito y verdoso.

—Jajajajajajajaja.

Nacho mirándola más admirado todavía, dio un sorbo a su café y exclamó:

—¡Y ríes a carcajadas! ¿Cuánto hacía que no te reías así?

Cas pensó que desde que estaba en Bermudas no paraba, pero no se lo dijo y replicó:

—No sé... Pero bueno...

—Yo sí sé, por eso estoy aquí. Llevo un tiempo para decirte algo, y el verte en esas fotos tan exultante me ha hecho decidirme porque creo que es el momento perfecto. Verás, cuando pasó lo de la oposición yo me quedé completamente descolocado...

—Te decepcioné —afirmó Cas, porque sabía perfectamente que eso fue lo que pasó.

—Frustraste nuestros planes de futuro, dos empleos fijos te posibilitan hacer tantas cosas...

—Pero yo siempre he trabajado, o en los colegios privados o en el bar de mis padres. Quiero decir que yo nunca dejé de llevar dinero a casa: podíamos haber hecho muchas cosas igualmente.

—Puede ser, pero yo me agobié... Te veía tan triste y tan hundida que no sabía qué hacer para sacarte de ese pozo y empecé a abrirme con Fabiola... Ella tampoco estaba atravesando un buen momento con su marido y nos consolamos el uno al otro.

Cas, sin dar crédito a lo que estaba escuchando, replicó con rabia:

—O sea que os follabais el uno al otro...

—No me gusta ser soez, ya lo sabes —repuso Nacho haciéndose el digno.

—Pero follabais —insistió Cas, con rabia.

—Sí, por eso nuestra relación se enfrió más. Yo me sentía muy culpable, no sabía cómo sacarte del pozo...

—Follándote a otra ya te digo yo que no... —dijo Cas, sarcástica.

Y justo en ese instante apareció un camarero para tomar nota y Nacho pidió por Cas:

—Una Fanta de limón.

—Un zumo de naranja, por favor —le pidió Cas al camarero.

—¿Ya no tomas Fanta de limón? —preguntó él, extrañado.

—Me apetece un zumo de naranja...

—Entiendo que estés cabreada conmigo. Y con razón. Apoyarme en Fabiola no hizo más que alejarme de ti. Y era lógico que acabaras dejándome. Pero quiero que sepas que lo de Fabiola acabó hace un par de meses. Ella decidió no seguir...

—Joder, ¿has estado apoyándote en ella hasta hace dos meses? ¡Qué horror! ¡Y yo sintiéndome terriblemente culpable porque te había dejado!

—Me dejaste porque fui yo el que la pifíe primero. Lo hice rematadamente mal. La culpa y los remordimientos no me dejan dormir ni apenas comer. Y estoy muy arrepentido... Es más, estas semanas que he estado viéndote en Instagram, llena de vida, ilusionada y luminosa: he recordado por qué me enamoré de ti. Porque ahora sí que tengo enfrente a la Cas que quiero. A la vital y a la alegre, a la que tiene sueños y lucha por ellos. Y por eso he venido a por ti. Además, hace un mes, conocí a un preparador de oposiciones que te va a quitar toda la tontería en unas cuantas sesiones...

Cas no pudo evitarse echarse a reír, porque lo de ese tío era ya el colmo:

—¿Cómo que toda la tontería?

—No te lo tomes a mal. Digo tontería porque es algo que tiene arreglo... Este preparador es experto en control y gestión del pánico y de la ansiedad. ¡Sé que esta vez lo vamos a conseguir! —dijo guiñándole el ojo.

El camarero le trajo a Cas el zumo, ella dio un sorbo y le informó con una sonrisa enorme:

—No va a ver próxima vez.

—Es solo pánico. Y la buena noticia es que se trata como si fuera un herpes labial...

—No, la buena noticia no es esa. La buena noticia es que el ataque de pánico me dio porque yo no quería hacer ese examen.

—¿Cómo no vas a querer un puesto fijo para toda la vida? ¿Cómo no vas a desear un futuro seguro y feliz para nosotros?

Cas se acordó de la conversación que había tenido con Dylan en Spanish Point y no podía dejar de pensar en la razón que tenía...

—Yo no quería tu futuro seguro y feliz. ¡Y menos mal que me dio ese ataque, porque gracias a él estoy aquí!

Nacho dio un manotazo al aire, resopló y le dijo hablándole en un tono que Cas encontró asquerosamente paternalista:

—En nada se te acaban las vacaciones y empieza la vida de verdad.

—El viernes tengo una entrevista para un puesto de profesora de español en un colegio privado aquí, en Bermudas.

Nacho se terminó el sándwich y le dijo con suficiencia, porque sentía que tenía que darle un baño de realidad:

—Aquí solo viven bien los ricos. Los alquileres son prohibitivos, todo se importa, la cesta de la compra es carísima, no vas a poder ni ahorrar... ¿Y el contrato por cuanto tiempo es? ¿Un año?

—No lo sé. Te repito que la entrevista es el viernes...

Nacho la cogió de la mano, para pasmo de Cas que la retiró al momento y le dijo:

—Entiendo tu rechazo. Pero no soportaba ni un día más sin contarte la verdad. Tú sabes que soy un tío íntegro y decente...

Cas le miró de refilón, resopló y dijo con ironía:

—Pues qué quieres que te diga, pero vamos que ya me da lo mismo.

—Nuestros proyectos se fueron al traste con tu cagada y yo me perdí. Eso no me exime de culpa, pero sí la atenúa. Y lo importante es que yo me he dado cuenta de mi error y que lo tuyo también tiene enmienda. Así que, joder, Cas, ¡déjate de aventuras locas y regresa conmigo a Madrid!

Cas negó con la cabeza, se cruzó de brazos y teniéndolo todo más que claro, replicó:

—Yo contigo no voy ni a la vuelta de la esquina.

Nacho se echó hacia adelante, la miró con desdén y, apuntándole con el dedo, le habló:

—Ya sé lo que te pasa. Te has pillado por el tío de las fotos. Con el que sales de risitas en tu Instagram. Pero no va a funcionar... Ese tío tiene pinta de ser el típico mochilero insolvente y salchichero...

—Jajajajajajaja.

—Te ríes porque sabes que es cierto. ¿Qué tiene? ¿Treinta años? Y seguro que todavía no tiene ni un trabajo fijo. Madura, por favor, Cas. Ya no eres una cría como para estar perdiendo el tiempo con tíos que no tienen donde caerse muertos.

Cas se bebió el zumo del tirón, abrió su cartera, arrojó un par de billetes sobre la mesa y se levantó diciendo:

—He madurado tanto que me voy...

Nacho se levantó con un cabreo tremendo y se plantó frente a ella:

—He invertido mis ahorros en venir a por ti.

Cas le miró ofuscada y le preguntó con el ceño fruncido:

—¿Acaso te he pedido que vengas?

—¿No te parece una pena tirar diez años por la borda? —inquirió Nacho, en un tono de lo más trágico.

—¡La pena es que yo haya aguantado tanto!

—No te va a salir bien. Lo de ese tío solo es un rollo de verano. Y aquí no tienes futuro. Acabarás cansándote de tanto sol, de tanta playa, de tanto jijiji y de tanto jajaja. Yo te estoy ofreciendo un proyecto de vida y mi apoyo para que consigas una estabilidad profesional y económica.

Cas se colgó el bolso, se encogió de hombros y le dijo con una sonrisa enorme:

—Gracias, pero yo ya tengo otros planes...

Y se marchó de allí, dejando a Nacho petrificado...

Capítulo 17

Luego, llegó a casa y se encontró a Dylan, en el jardín, con el teléfono en la mano a punto de llamarla:

—¡Hola! Iba a llamarte ahora mismo para decirte que acababa de llegar a casa. Podemos ir a navegar, hace un día estupendo...

Cas se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos, le dio un beso en los labios y musitó:

—Vengo de ver a Nacho.

—¿Nacho, tu ex? —preguntó Dylan frunciendo el ceño.

—Ha invertido unos ahorros que tenía reservados para ir a conocer la casa donde nació un antepasado, en venir a verme porque tenía algo muy importante que decirme. Es que no te conté que entre otras cosas es un apasionado de la genealogía y se pasa el día buscando parientes...

A Dylan se le secó de repente la garganta, se sirvió agua de una jarra helada que acaba de dejar en el jardín, se la bebió y masculló:

—Yo solo espero que su proeza no te haya conmovido...

—Estaba en Saint George porque también es un fanático de la ingeniería militar inglesa, hemos quedado en Gojo's y lo he encontrado fatal. Estaba muy desmejorado, y me ha confesado que es porque la culpa y los remordimientos no le dejan ni dormir, ni comer. Y es que, no te lo pierdas, que ahora viene lo bueno, cuando le decepcioné con lo de la oposición fue a buscar apoyo en Fabiola, una compañera de trabajo casada, que le ha dejado hace un par de meses...

Dylan se carcajeó pensando que ese impresentable no se merecía otra cosa:

—¡Por gilipollas!

—¡Y yo con una culpa tremenda por haberle dejado en la estacada! Pero hay algo más... Ha encontrado un preparador de oposiciones que me va a quitar la tontería que tengo...

—Jajajajajajajajajaja.

—¡Ay Dylan! Me he acordado tanto de ti mientras hablaba con él... Porque tenías toda la razón cuando me hiciste ver que me dio el ataque de ansiedad porque yo no quería hacer ese examen. Yo solo quería complacerle a él, conseguir esa plaza que era tan importante para su seguridad y su estabilidad. Pero no para la mía... Es más, ahora hasta pienso que colapsé porque tampoco quería un futuro con él. Si soy sincera, la relación tampoco me llenaba, pero llevábamos tantos años juntos que al final siempre decidía seguir para adelante. Incluso hasta me convencí de que esa plaza tal vez lo cambiaría todo... ¡Joder, qué desastre!

Dylan la abrazó y le dijo feliz de tenerla en sus brazos:

—El desastre habría sido que te hubieras ido con él a Madrid.

Deshicieron el abrazo y Cas le terminó de contar, porque es que no aguantaba sin soltarlo:

—Ha estado figoneando el Instagram de Cris y el mío, y verme tan alegre y divertida en las fotos ha sido el detonante para que viniera a buscarme. Dice que gracias a ellas ha recordado por qué se enamoró de mí, que esa es la Cas que le gusta y a la que va a llevar a un preparador para quitarle la tontería. Yo le he dicho que ni de coña, le he contado que tengo una entrevista el viernes y le ha faltado tiempo para disuadirme: la vida aquí es cara, el contrato será temporal y demás. Pero me ha visto tan firme que ha deducido que lo que me ocurre es que me he pillado del tío con el que estoy de risitas en las fotos: el mochilero insolvente y salchichero. O sea, tú.

—Jajajajajajajaja. Perdona, pero este tío es más cretino de lo que me figuraba.

—Sí, pues luego tras tener el cuajo de llamarse a sí mismo íntegro y decente, me ha pedido que madure y que acepte el proyecto de vida que ha venido a ofrecerme. Me ha faltado tiempo para replicarle que tengo otros planes y he salido pitando de allí...

Dylan la agarró por la cintura, la estrechó contra él y con una voz muy *sexy* masculló:

—Esa es la parte del encuentro que más me interesa. Así que tienes otros planes...

Cas asintió, risueña, se mordió los labios y confesó sintiendo la erección:

—Sí.

—¿Con el mochilero salchichero? —preguntó burlón.

—Anda que si supiera que aquí el salchichón es un artículo de lujo...

—¡No quiero saber nada más de ese petardo de tío! Háblame de tus otros planes, por favor.

—Si consiguiera ese empleo, podría quedarme en Bermudas...

—Podrías perfectamente.

—La verdad es que no entraba en mis planes trabajar en el extranjero, pero alguien al que casi me cargo, me dio el consejo de que, si surge una buena oportunidad, hay que cazarla al vuelo. Y me parece algo muy sabio...

—Tampoco hay que hacer mucho caso al primero que atropellas... —repuso arqueando una ceja y frotándose contra ella.

Cas cerró los ojos de placer, respiró hondo y luego replicó abriendo los ojos de nuevo:

—También me dijo que yo era muy libre, que me gustaba la aventura y el riesgo, y creo que va a tener razón. Soy exactamente así, lo que pasa es que he tardado un poco darme cuenta. Me temo que tomé el camino equivocado llevada por la rutina, el miedo, la comodidad... El caso es que Nacho es completamente pasado. Ya no me atormenta la absurda culpa que sentía, así que ahora soy libre de verdad y estaría genial quedarme en Bermudas una temporada.

—¿Estás segura? Porque a los inconvenientes que te ha señalado ese tipo tan sensato, tienes que añadir que esto está repleto de multimillonarios que querrán conquistarte —repuso irónico, dándole un mordisquito en el cuello.

Cas batió una mano y, replicó, risueña:

—Eso es lo mejor. Además... ¡Ya le tengo echado el ojo a uno!

—Ya, pero me han dicho que es un salchichero insolvente de la peor estofa...

Cas acercó sus labios a los de Dylan y musitó ya casi rozándolos:

—Pero besa tan bien...

Y después de darse un beso espectacular, Dylan con una cara de diablo tremenda, la cogió de la mano y la llevó hasta la parte de atrás del jardín, junto a un cedro...

—Solo sé que me muero por hacértelo...

Volvieron a besarse, él coló una mano por debajo del vestido, le rompió las braguitas, y llevado por la urgencia del deseo, sacó un condón de la cartera, se desabrochó el pantalón, se lo enfundó y se pegó a ella.

Cas levantó una pierna, envolvió con ella el cuerpo de Dylan y él la penetró, apoyando las manos en el tronco.

Ella gimió, él le lamió los labios y volvieron a besarse, pero esta vez de un modo más exigente y más voraz, mientras se lo hacía profundo y lento...

Si bien, enseguida Cas le pidió más y él se lo dio... Las penetraciones se hicieron más duras y contundentes, los besos cada vez más abrasadores, y así estuvieron hasta que llegó un punto en que no pudieron más...

Él, entonces, deslizó la mano hasta el clítoris para arrancarle un orgasmo tan potente que, al sentirlo, estalló detrás...

Después, se desnudaron, se dieron un baño en la piscina y siguieron con los planes de irse a navegar...

Embarcaron...

Hacía un sol radiante, corría una brisa deliciosa, el mar estaba precioso, así que todo era perfecto para disfrutar de la travesía.

Luego almorzaron en el barco y finalmente decidieron anclarse frente a Hog Bay para sestear un poco a la sombra, tirados en las colchonetas de popa.

Pero cuál no fue su sorpresa que, de repente, les despertó una voz femenina que venía de babor que gritó:

—¡Caaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaas!

Cas abrió los ojos, se incorporó de un respingo porque la dueña de esa voz no podía ser otra más que:

—¡Es Cris! ¡Está subida en ese pedazo de velero! ¡Voy a ver qué le pasa! ¡Quédate aquí tranquilo!

Dylan abrió un ojo y, muerto de sueño, preguntó:

—Pero ¿está bien? ¿Hay fuego o algo?

—Sí, sí, se la ve perfectamente. Solo querrá saludar. Tú espérame aquí...

Cas correteó hasta babor, donde saludó a su amiga que estaba en la cubierta del velero que se había detenido a su lado:

—¡Hola Cris! ¡Qué sorpresa!

—Sí, tía, en cuanto he visto que era el barco de Dylan, he pedido que paren. El velero es de un amigo de Vincent que está dando la vuelta al mundo. Nos ha invitado a que demos un paseíto. ¿A qué es chulo el velero?

Cas, loca por saber si lo suyo con Vincent había ido a más, masculó:

—Sí, ¡es una pasada! ¿Y tú qué tal?

—Vincent está echándose la siesta, si quieres nos damos un bañito y te cuento...

Cas, que yo no podía más con la intriga, exclamó:

—¡Venga, vamos!

Cas regresó junto a Dylan que estaba tan frito que ni le despertó para decirle que se iba a dar un baño y directamente bajó por la escalerilla, se zambulló en el mar, y nadó hasta encontrarse con Cris que iba con su colchoneta de flamenco.

—¡Súbete, nena! —le gritó en cuanto la vio, tendiéndole la mano.

Capítulo 18

Cas, después de que le costase un poco, se subió a la colchoneta, se tumbó junto a ella y le soltó a bocajarro:

—¿Estás con Vincent?

Cris la miró patidifusa, como si como si hubiera dicho una soberana estupidez y replicó:

—Nena, ¡no lo flipes! Vincent es un señor adorable, educado, caballeroso, amable, dulce, pero yo estoy colgada de Javi. De hecho, si estoy navegando con Vicent es por culpa de Javi que me tiene cabreadísima.

—¿Qué ha pasado?

—El viernes le confesé que me importaba, pero cada vez que me ve hablando con Vincent le entran unos celos de lo más ridículos. Está convencido de que mi superjefe supremo ha perdido la cabeza por mí y que yo voy a acabar cayendo por mis traumas. Ya sabes... ¡Me tiene tan harta que cuando Vincent me ha invitado a navegar en el velero de su amigo, me ha faltado tiempo para aceptar! Necesito tomar aire y despejarme un poco. ¡Me tiene agotada!

Aun a riesgo de quedar como abogada del diablo, Cas decidió que lo mejor era decirle lo que pensaba:

—El otro día, cuando fui a buscar mis cosas a tu casa, os vi hablando a Vincent y a ti y tenéis una complicidad tremenda. No me extraña que el pobre Javi esté un tanto mosqueado...

—Pues no sé de qué. Admiro y respeto muchísimo a Vincent. Es un hombre tan inteligente, tan carismático, tan brillante... Es un jefe magnífico, un empresario ejemplar, un...

—Un señor con el que te vas a jugar al golf y a navegar en velero.

—Fui al golf por ti, porque necesitamos que consigas ese trabajo. Y en el velero estoy por culpa de Javi que me tiene estresadísima. Cómo no será que no sé ni dónde tengo la cabeza y lo voy perdiendo todo. ¡Hasta el cepillo de dientes! Estoy fatal. Necesito relax y calma y justo en ese instante apareció Vincent para dármelos. No estoy haciendo nada malo. Al contrario, estoy haciendo una buena labor. Vincent se quedó viudo hace un año y está muy solo. Todos los días se pasa un ratito por mi despacho, hablamos del trabajo, me da muy buenos consejos y luego nos ponemos a hablar de la vida. Se le ve que el pobre está necesitado de cariño... Y a mí no me cuesta nada escuchar las cosas que me cuenta de su infancia y demás, y luego él se interesa por mi vida. Y así estamos... ¡Es todo tan blanco y amistoso! Pero el tonto de Javi no para de decirme que estoy jugando con fuego y que voy a acabar perdiéndole.

—El pobre está desesperado y como no le dices que le amas: se emparanoia...

—Le he dicho que le importo, que para mí es un mundo. Que tenga un poco de paciencia... Y tú

¿qué tal? ¿Le has dicho ya a Dylan que le amas?

Cas sonrió, negó con la cabeza y luego le confesó:

—Lo que le he dicho es que está en mis planes quedarme en Bermudas, si consigo ese trabajo. Algo de lo que también se ha enterado hoy Nacho, ¡y en persona!

Cris, mirándola con una cara de espanto tremenda, le regañó:

—¡No me jodas que le has llamado por videollamada para contárselo!

—No. ¡Está en Bermudas! He quedado con él esta mañana en Saint George.

Cris se revolvió en la colchoneta y, absolutamente perpleja, inquirió:

—¿Para qué diablos ha venido? ¡No me jodas que a buscarte!

—Eso parece...

—Ese viene a amargarte la vida. Tú lo sabes, ¿verdad? Este te ha visto que estás tan feliz y tan ricamente sin él y ha dicho: voy a joderle a esta la felicidad. Y se ha plantado aquí a pincharte el globo, pero tú no vas a ser tan imbécil de permitir que este tío triste te lleve de nuevo a su mundo soporíferamente oscuro. ¿Verdad?

—Triste lo que se dice triste... Me ha confesado que cuando la pifíé por el examen, como no sabía qué hacer para consolarme, empezó a enrollarse con una compañera de trabajo.

Cris sin dar crédito, porque aquello ya era el colmo, replicó:

—¡Y tú arrastrándote por las esquinas por la culpa! ¡Mira que te dije el día que le dejaste que teníamos que haber hecho un fiestón!

—Si es que fui mema. Yo pensando que lo nuestro se había enfriado por haberle decepcionado, y resulta que se estaba tirando a la compañera.

—Y te lo cuenta porque el muy cabrón no puede con la culpa. ¡No tiene huevos ni para ser infiel como Dios manda!

—Está flaco y verdoso, por la culpa, porque la compañera le mandó hace dos meses a la mierda y porque empezó a verme en Instagram y dice que se ha vuelto a enamorar otra vez de mí.

—Jajajajajajajaja. ¡Que se joda!

—Así que nada, ha invertido sus ahorros en venir a Bermudas para contarme que me ponía los cuernos, que ha encontrado un preparador de oposiciones con el que se me va a quitar la tontería y finalmente pedirme que madure y que regrese a Madrid con él.

—Jajajajajajajaja. ¡Por sus cojones!

Cas se partió de risa, porque su amiga tenía toda la razón:

—¡Exacto!

—¿Le has contado que estás con un multimillonario *sexy*?

—Le he contado que tengo una entrevista el viernes, dice que es una locura que me quede aquí a trabajar. Y luego ha deducido que si quiero quedarme, es por el tieso que sale conmigo en las fotos.

—¿Tieso?

—Lo llamó mochilero insolvente y salchichero...

Cris soltó tal carcajada que por poco no se cayó de la colchoneta, luego se retiró las lágrimas de la risa que le había entrado y replicó:

—¡Lo que te has quitado de encima, guapa! ¡Esta vez sí que tenemos que celebrarlo, Cas! ¡Es que hay que hacer un fiestón de los grandes!

Y de repente, mientras las dos amigas se partían de risa, apareció un hombre moreno, con barba, muy bronceado y atractivo que, con los ojos chispeantes, preguntó:

—¿He escuchado fiestón de los grandes?

Cas se sobresaltó al ver de repente a ese hombre, ya aferrado a la colchoneta, pero Cris muerta de risa le pidió:

—¡Sube Juan! ¡Has escuchado bien!

Cris se apartó a un lado para dejarle un hueco en la colchoneta y Cas alucinando con quién sería ese tío hizo lo mismo.

Juan, que estaba en una forma física increíble, se subió a la colchoneta de un salto y se quedó sentado entre ellas...

—¡Hola bella! ¡Buenas tardes! Soy Juan, Juan Piamonte... —se presentó a Cas y le plantó dos besos, uno en la comisura izquierda y el otro en los labios.

—Juan es así. ¡Todo amor! —le explicó Cris, encogiéndose de hombros—. Es el amigo de Vincent que está dando la vuelta al mundo en su velero...

—Sí, soy navegante. Y cuando no estoy en el mar, suelo alojarme en los maravillosos hoteles que mi amigo Vincent tiene por todo el mundo. Es un tío extraordinario, se conserva bien para la edad que tiene, pero si estáis pensando en un fiestón de los grandes, tenéis que apostar por alguien más joven que esté curtido en todos los mares. ¿Nos tumbamos?

Cris que estaba muy incómoda sentada, asintió, se tumbó junto a Juan mientras Cas decidió que para nada iba tumbarse junto a ese tío tan amoroso...

—Yo sí, estoy más a gustito tumbada. Pero Juan, nosotras estábamos pensando un fiestón guapo para celebrar que mi amiga ha mandado definitivamente a la mierda a un ex. Ya sabes, musiquita, champán, mucha locura, mucha diversión...

—Perfecto. Lo montamos en mi barco, y luego nos lo hacemos los tres, si os apetece.

Cas se quedó a cuadros, mientras Cris como si aquello fuera lo más normal, replicó:

—Mi amiga está pilladísima. Con ella no cuentas... Y yo te habría dicho que sí en otra época, pero ahora: imposible.

—¿Te pone Vincent? ¿El encanto irresistible de lo decadente? —le preguntó JuanPi.

—No, me pone uno que no debería ponerme, porque me niego a enamorarme —confesó Cris, encogiéndose de hombros.

—Cuando te niegas a enamorarte, es que ya lo estás —le dijo Juan, con buen criterio.

—Prefiero no pensar, ahora estoy cabreada con él. He aceptado la invitación de Vincent para estar tranquila y desconectar un poco.

—La mejor manera de desconectar y relajarse, con todo el respeto te lo digo, es con una fusión completa y si nos la hacemos a tres, ya es el éxtasis. ¿Os hace?

—No, yo no. Yo solo lo hago por amor... —dijo Cas batiendo las manos.

Cris miró a su amiga, se carcajeó y luego exclamó:

—¡Lo sabía! ¡Tú le amas!

—Yo lo que digo es que no soy de ponerme a hacer tríos en una colchoneta playera con este señor que acaba de salir de no sé dónde...

—He salido de mi velero, y si prefieres hacerlo en la comodidad de mi barco, yo encantado. Estoy abierto a todo, pero siempre con un respeto exquisito. Es mi divisa —explicó Juan muy serio, llevándose la mano al pecho.

—No, muchas gracias —repuso Cas, llevándose la mano al pecho también.

—Es que mi amiga está enamorada, pero no se atreve aún a reconocerlo —se chivó Cris.

—Es que nos estamos conociendo... —le recordó Cas.

—Y se está planteando dejar su vida en Madrid para venirse aquí con él. No te digo más. Blanco y en botella —volvió a soltar la largona de Cris.

—Si me sale el trabajo, me quedaría en Bermudas. Y sí, seguiría conociendo a Dylan...

—Es el dueño de ese barco de ahí —habló Cris señalando el Omnia in bonum IV.

Juan se incorporó un poco, echó un vistazo al barco y comentó tumbándose otra vez:

—Tiene buen gusto. Y me dais una envidia tremenda...

—¿Por qué? —preguntó Cris.

—Porque habéis encontrado el amor y lo tenéis tan cerca que lo tocáis, que lo oléis, que lo sentís, que fundís vuestras esencias cada noche...

Cris no pudo evitar interrumpirle para precisar, señalando a Cas que estaba muerta de la vergüenza:

—Ella es la que lo cata cada noche, pero yo como voy de cabreo en cabreo tampoco me fundo con tanta asiduidad...

—Ya —observó Juan—, pero le tienes, le tomas, le das, le atas, le desatas, le pones, le quitas, despacio, duro, implacable, profundo, más fuerte, ardiente... devastador.

—Sí, eso sí... —replicó Cris.

—Yo la tengo tan lejos que me duele, me duele tanto que tengo que calmar la sed que tengo de ella en otros labios, en otras lenguas, en otras humedades...

—Pobre, Juan. ¡Lo siento tanto! —dijo Cris, consolándole.

—Más lo siento yo, que hoy, esta noche, podía haberme adentrado cadencioso y contundente, en

lo más profundo de vuestras bahías... Y así olvidarme por un rato de Ella...

—¡La verdad es que nosotras tenemos mucha suerte! A pesar de todo, los tenemos con nosotras y las bahías las tenemos genial... —comentó Cris.

Y Cas que ya no pudo más, se tronchó de risa, y al hacerlo, levantó la vista y comprobó que un ferry hasta arriba de turistas pasaba junto a ellas. Y entre todas esas caras, apareció una verdosa.

Nacho.

Que al verla muerta de risa, tirada en medio del mar, sobre una colchoneta en forma de flamenco, con un navegante y la loca de su amiga, se echó las manos a la cara...

—¡Mira, en ese ferry va Nacho! —le dijo a Cris.

Cris se incorporó, localizó al ferry y al tío verdoso y se puso a gritar:

—¡Jódete, cerdo! ¡Y madura tú que estás más verde que una pera! ¡Capullo! ¡So pringado! ¡Ya no vas a joder más la vida de mi amiga! ¡Métete tu puta seguridad y tu puta plaza fija por el orto! ¡Mamarracho!

El ferry pasó de largo y JuanPi, mirando fascinado a Cris, musitó:

—¡Qué pasión, qué fuerza, qué energía, qué ímpetu...!

—Ya, soy así en todo, pero solo puedo hacerlo con él... —reconoció Cris.

—Si algún día cambias de opinión y necesitas que alguien se adentre en tus costas y lama tus meandros...

—Si, yo te llamo... Y mi amiga igual... ¿Verdad, Cas?

Cas no pudo replicar nada, porque seguía doblada de la risa...

Capítulo 19

Llegó el viernes, Cas hizo la entrevista y no tuvo que esperar nada para saber el resultado, porque al finalizar la directora le dijo que el puesto era suyo.

Según ella era la candidata con mejor currículum y mayor motivación.

Cas desconocía el perfil de los otros candidatos en cuanto a formación y experiencia, pero en cuanto a motivación estaba segura de que no le ganaba nadie.

Y es que tenía tan pocas ganas de volver a los pinchos de tortilla y sobre todo de perder los besos de Dylan, que se presentó en esa entrevista haciendo acopio de una fuerza, un coraje, una determinación y una ambición que ni sabía que tenía.

Pero ahí estaba...

Y el puesto era suyo.

Las condiciones eran estupendas y por el alquiler no tenía que preocuparse...

Porque en cuanto llamó a Dylan para contarle que la habían aceptado, después de soltar un grito que se escuchó en todo Bermudas, le sugirió:

—Y te quedas a vivir conmigo, más que nada porque mi casa está al lado del colegio y ya tienes las cosas metidas en casa. Para qué otra mudanza... Qué pereza.

—Si me vine con cuatro cosas...

—Quédate, tengo una de las mejores ubicaciones de las islas... Hazme caso, no vas a encontrar nada mejor.

Cas sonrió, más que nada porque no deseaba irse a ninguna otra parte, y replicó:

—Pero tienes que dejarme que te pague por una habitación.

—¿Qué habitación? Si estamos muy bien durmiendo juntos. Invítame mejor a cenar unas cuantas noches al mes. O págame en tortilla de patatas...

—¡Calla, que de solo pensar en lo que me esperaba en Madrid, he entrado en el despacho de la directora como un ciclón! Era una cosa... Ni yo misma habría dejado escapar a una tía con tanta sed de docencia, con tantas ganas de darlo todo, de entregarse al máximo, y de comprometerse con la institución hasta el tuétano.

—Eso pasa cuando uno sabe lo que quiere.

—O lo que no quiere. Yo no quiero dejar Bermudas.

Dylan, con la voz un poco quebrada, masculló:

—Y yo deseo tanto que te quedes...

Cas, emocionada, confesó con un mariposeo tremendo en el estómago:

—¿Sabes que me daba más agobio perder tus besos que volver a los pinchos de tortilla?

—O sea que te quedas por amor. Y no por tu fobia a los pinchos... —replicó Dylan, divertido
—. Lo celebro porque una motivación positiva es mucho más potente y duradera.

—Me quedo porque he encontrado un trabajo que me apasiona, porque me encanta este lugar, porque es lo que deseo y porque...

—Te has enamorado... de mi casa —le interrumpió Dylan, bromeando.

—Sí, lo reconozco. ¡Me has pillado! Yo ya no concibo mi vida sin tu frigorífico, tu cedro, ni tu colchoneta de unicornio... —dijo Cas, vacilando también.

—¡Esto hay que celebrarlo! Tengo unas cuantas reuniones hasta tarde, pero a las nueve te espero en un restaurante que te va a fascinar...

Y vaya si le fascinó...

Porque Dylan la invitó a cenar en uno de los sitios más exclusivos y elegantes de Bermudas...

Donde por cierto se encontraron otra vez con Cris y Vincent...

Ella, en un aparte, le volvió a asegurar que lo suyo con ese hombre era puramente amistoso. Que como Javi seguía frío y distante con ella, había decidido salir a pasar un rato agradable con Vincent...

Que no era más que un amigo...

O eso creía...

Una semana después de cenar en ese restaurante tan elegante y después de pasarse los días sin dejar de reunirse ni de encontrarse con Vincent en todas partes, él se presentó en su despacho.

Eran las doce del mediodía y tampoco era una novedad que el señor Hughes se plantara en el despacho de Cris para comentar cualquier asunto de trabajo y luego seguir charlando sobre cualquier cosa.

—¿Molesto? —preguntó Vincent, después de tocar la puerta.

—¡Tú nunca molestas, Vincent! ¡Siempre te lo te digo!

Vincent entró en el despacho, sonriente como siempre, le dio un beso en la mejilla como hacía últimamente cada vez que se encontraban y se sentó frente a ella.

—Tu amigo Javier acaba otra vez de lanzarme una miradita de las tuyas. El pobre ya no puede ni disimular la tirria que me tiene...

Cris se revolvió en su asiento, resopló y encogiéndose de hombros, replicó:

—¿Qué quieres que te diga, Vincent? Estoy cansada de decirle que tú y yo solo somos amigos...

Vincent se envaró, carraspeó un poco y poniéndose un tanto nervioso, de repente, replicó:

—Verás, Cris, me temo que somos mucho más... Y todo empezó por tus ojos. Por tus preciosos ojos verdes que son iguales a los de mi madre...

Cris le miró atónita, negó con la cabeza y sintiéndolo en el alma, le dijo intentando no herir sus sentimientos:

—¡Ay Vincent! Eres un hombre extraordinario. Antes de conocerte, te admiraba por tus logros, por el imperio que has levantado de la nada, por tu talento, tu inteligencia, tu capacidad de esfuerzo y sacrificio... Eres el mejor jefe que he tenido y tendré... Y estos días he descubierto que el genio de los negocios también es un hombre bueno, generoso, ocurrente, divertido... Pero Vincent, sintiéndolo mucho, tengo que decirte que mi corazón ya tiene dueño. ¡Ay Dios! ¡Jamás pensé que diría nada así! Es tan cursi... Pero es la verdad... Mi corazón le pertenece al tío que te acribilla con la mirada... Le pertenece desde hace un montón, pero es que yo soy muy mía. Y a lo mejor también estoy llena de traumas. No lo sé. El caso es que le amo... Y mira cómo seré que primero te lo estoy diciendo a ti, antes que a él. Pero es la verdad, Vincent. Amo a Javier con toda mi alma... Lo nuestro no puede ser. Lo lamento tanto, pero no... Es imposible.

Vincent, feliz de verla tan enamorada, la cogió de la mano y musitó:

—Sí, sí que puede ser.

Cris, dio unos golpecitos cariñosos en la mano de Vincent y, negando con la cabeza, murmuró:

—No, Vincent, no.

Vincent le soltó la mano, para sacar de la chaqueta de la americana azul que llevaba un sobre blanco.

—Este documento dice que sí —aseguró entregándole el sobre.

Cris se quedó absorta mirando el sobre porque no tenía ni idea de qué diablos podía contener como para posibilitar que entre ellos hubiera una relación.

—Esto es todo muy raro, Vincent... Me estoy poniendo muy nerviosa... —masculló abanicándose con el sobre.

Vincent volvió a tomarla de la mano y, con los ojos vidriosos, reveló:

—Todo comenzó la primera vez que entré en el despacho y me quedé deslumbrado al verte, pues no solo tenías los ojos de mi madre. También poseías la misma fuerza, el mismo brío, la misma pasión... Después, te pedí un bolígrafo y te dirigiste a la mesa con la misma caminata... Los andares son algo tan personal, pero mi madre caminó como una reina hasta el final de sus días. Igual que caminas tú... Y luego me sonaba tanto tu cara que estaba seguro de que te había visto antes, tu pelo, tu naricilla, tu sonrisa, hasta tu forma de reír a carcajada limpia, los encontraba familiares. Y me puse a investigarte un poco... Espero que no te moleste...

Cris que cada vez estaba más nerviosa, se llevó la mano libre a la frente para enjugarse el sudor y confesó:

—Pues depende de adónde quieras ir a parar, Vincent...

—Verás, entré en tus redes sociales y encontré varias fotos con tu madre.

A Cris le entró un escalofrío súbito y le faltó tiempo para decir:

—Que es igual que yo.

—Como dos gotas de agua —repuso Vincent, con un nudo en la garganta.

Y Cris ya solo tuvo que mirarlo a los ojos para atar todos los cabos:

—Y la conociste en una fiesta en Londres ¿verdad?

Vincent con los ojos llenos de lágrimas, asintió, y le siguió contando:

—Yo estaba seguro de que eras tú, pero una tarde entré en tu despacho y tomé distintas pruebas biológicas: un vaso, un peine, un cepillo de dientes, un pañuelo...

—¡Y yo echándole la culpa a Javi! ¡No paro de decirle que me tiene tan estresada que ya no sé ni dónde tengo la cabeza!

—La tienes muy bien puesta sobre los hombros. Como tu abuela Daisy... Te habría encantado conocerla...

Cris soltó el sobre, se aferró a las manos de Vincent y replicó con dos lagrimones recorriéndole el rostro:

—Vincent no me digas que los resultados dicen...

Vincent, llorando igual, le preguntó con un hilillo de voz:

—¿Tú qué crees que dicen?

—Mi madre me contó que os conocisteis en una fiesta, que lo vuestro fue un rollo de una noche y que no volvisteis a veros...

—Así fue... A los dos años conocí a mi esposa, me casé y no tuvimos hijos —le contó a Cris, apartando una mano para coger un pañuelo y ofrecérselo.

—Gracias, Vincent. ¡Eres tan amable! —exclamó enjugándose las lágrimas—. ¿Tú sabes que en mi pueblo decían que eras un borracho y un tirado? —Pero a mí me daba igual que fueras pobre y tuvieras problemas con la bebida, a mí lo que me dolía era que nunca hubieras querido saber nada de mí. Me dolía tanto que llevo dando largas a Javi desde que tenía trece años, por temor a que acabara dejándome. Es tan guapo, tan listo, tan divertido, tan trabajador... que pensé que al final acabaría mandándome a la mierda. Cuando creces con esos chismes, es muy duro, ¿sabes? Al final, te acabas creyendo que no vales lo suficiente como para que tu padre se quede a tu lado...

Cris rompió a llorar, Vincent se levantó y le dijo...

—¡Estoy aquí! Déjame que te dé un abrazo.

Cris se levantó, se abrazó a su padre y confesó entre hipidos:

—Joder, ¡no me lo puedo creer! ¿Tú sabes la de veces que he fantaseado con esto?

—Yo es que no sabía de tu existencia. Y es un auténtico milagro que nos hayamos encontrado...

Cris se retiró las lágrimas y le confesó con una sonrisa enorme:

—Ha sido gracias a Javi. Él fue el que me encontró el empleo en el *resort*... Le debo también

eso... Si es que cómo no le voy a querer... Porque le quiero... Y a ti también...

—Yo te estoy queriendo desde el primer día que te vi en este despacho. Eres una chica tan fantástica, tan divertida, tan abierta, tan locuaz, tan generosa, tan lista... Ni en sueños podría haberme imaginado tener una hija así. ¡Estoy tan orgulloso de ti! Y, además, amas el negocio tanto como yo... ¿Tú sabes lo que significa el regalo de tu amor cuando no esperaba nada de la vida?

—Puedo hacerme una idea, porque yo siento como si todas las piezas encajaran. Ahora sí... Te parecerá una tontería, pero saber que estás: lo cambia todo.

—¿Cómo me va a parecer una tontería, si tu presencia da un nuevo y maravilloso sentido a mi vida?

Cris se abrazó de nuevo a su padre y luego reconoció...

—Ya te lo he dicho, siempre te he admirado sin conocerte, pero desde el primer día que nos vimos, me caíste genial. Y me lo he pasado de maravilla yendo de aquí para allá. ¡Aprendo tanto contigo! Me río tanto...

—¡Y lo que nos queda!

Cris miró a su padre, sonrió y le confesó agarrándole por el brazo:

—Hace poco Javi me reprochó que estaba obsesionada con los millonarios porque estaba traumatizada con lo de mi padre. Según él buscaba ese tipo de hombres en un afán enfermizo de encontrar la seguridad y la estabilidad que no me dio mi padre ausente. Yo me cabreeé mucho, pero puede ser que tuviera razón. A mí me gustaba él, pero tenía pánico a su abandono... Así que encontraba consuelo en la fantasía del millonario que no se iba a ir nunca... Un hombre que para nada se pareciera a mi padre, aquel señor borracho y pobre, del que el pueblo hablaba y que no quería saber nada de mí. Y sí, conocí a unos cuantos millonarios, pero siempre he estado enamorada de Javier...

—Ahora entiendo mejor por qué me mira y cómo me mira. ¿Y no crees que ya va siendo hora de que le confieses que le amas?

Cris dio un beso en la mejilla a su padre, le abrazó y repuso:

—Pobrecillo... Lo que me lleva aguantado... ¡Y claro que es hora! ¿Te importa que me ausente un momento? No pienses que voy a abusar por ser la hija del jefe...

Vincent se echó a reír y exclamó caminando de su brazo hacia la puerta:

—¡Corre! ¡Y vete de una vez!

Capítulo 20

Cris salió disparada hacia la recepción donde sabía que se encontraba Javier, con el grupo con el que estaba a punto de salir de excursión de buceo.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó Cris, nerviosa.

—En cinco minutos sale la excursión —respondió él, fingiéndose más cabreado de lo que realmente estaba. Porque era verla y se le alegraba el día.

—Con ese tiempo me basta.

—¿Tan urgente es? —preguntó haciéndoselo un poco más complicado.

—Sí, muchísimo.

—Está bien... ¡Vamos a mi despacho!

Cris siguió a Javier hasta su despacho, una pequeña oficina que estaba junto a la recepción, decorada con cientos de fotos submarinas pinchadas en tabloncitos de corcho.

—Pues tú dirás —dijo él, tras cerrar la puerta.

Cris se giró, se acercó a él, le agarró del cuello con las manos y tras besarle en los labios soltó sin más:

—¡Te amo!

Javier convencido de que aquello no era normal, se quedó mirándole fijamente a las pupilas dilatadas y concluyó:

—A ti ese tío te ha drogado...

—Jajajajajajaja. ¡Qué va! ¡Estoy más cuerda que nunca! ¡Te quiero, te lo juro!

—Me quieres, pero vienes a decirme que te acabas de comprometer con ese tío, o algo parecido. Y yo ya estoy hartito, demasiado hartito...

Cris le volvió a besar y asintió diciendo:

—No me extraña que lo estés...

—¿Ah sí? —replicó Javier, arqueando una ceja.

—Demasiada paciencia has tenido. Pero me acaba de pasar algo alucinante: ¡el señor Hughes es mi padre!

Javier soltó una risotada porque aquello ya sí que no podía ser:

—¡Venga ya, Cris! ¡Vete a tomar el pelo a otro!

—Te lo digo en serio. Sé que es flipante, pero te juro que es cierto. ¿Te acuerdas que te reproché que por tu culpa estaba perdiendo hasta los peines?

—Sí...

—¡Todo me lo había mangado él para conseguir muestras biológicas! La primera vez que me

vio se quedó alucinado porque tengo los ojos igual que su madre. Y mi cara le sonaba de algo... Cotilleó mis redes y pilló una foto con mi madre... Luego, las fechas coincidían porque yo nací nueve meses después de aquella noche en Londres... En fin... Que por eso me miraba siempre con esa cara de embeleso... Y es que eran demasiadas coincidencias... Pero para salir de dudas, mandó que analizaran las pruebas y hoy se ha presentado en mi despacho con un sobre. Y resulta que soy su hija... Vamos, que lo que contaban en el pueblo era un puto bulo. La historia verdadera es la que me contó mi madre, que cuando se entere de que he encontrado a mi padre le va a dar algo. ¡Y todo gracias a ti! Si no me llegas a traer a este *resort*, ¡me quedo toda la vida con el trauma!

—¿No decías que no tenías un trauma? —replicó Javier, enarcando una ceja.

—No es plato de gusto para nadie escuchar las cosas con las que yo tuve que crecer. Y aunque fueran mentiras, me marcaron demasiado... La duda de que ese hombre no quisiera saber nada de mí, ni siquiera mi nombre, me atormentaba demasiado. Y es que, si ni mi mismo padre me había querido, ¿quién me iba a querer?

—Yo, que te llevo queriendo toda la vida. O si no ¿por qué crees que empecé a buscarte la vida desde muy pronto?

—Porque eres un culo inquieto...

—Quería hacer pasta para que conmigo te sintieras segura, para convertirme en el tío millonético con el que has soñado desde siempre. Pero de momento, la cosa no da para mucho. Tengo el proyecto de abrir una escuela de buceo en los próximos meses. Pero eso tampoco dará para comprarte un casoplón con piscina. Así que... Yo ya no sé qué hacer.

Cris le miró emocionada y musitó pestañeando muy deprisa:

—Quererme. Si quieres...

—Eres tú la que llevas desde hace un montón de tiempo poniéndome palos en las ruedas.

—Porque era todo muy complicado...

Javier negó con la cabeza con rabia y matizó apretando fuerte las mandíbulas:

—Tú hacías que fuera complicado.

—Se me juntó todo... Yo qué sé... Tenía miedo a que tú también me abandonaras, además, estaba convencida de que te gustaba llevar una vida de culo inquieto. ¿Por qué nunca me dijiste que la llevabas por mí?

—Me daba vergüenza contarte que llevo toda la vida matándome a trabajar para darte el futuro que deseas y todavía no he logrado nada.

Cris resopló, le miró emocionada y le dijo la verdad:

—Pero si yo no necesito nada más que despertar a tu lado para ser feliz.

—Eso lo dices ahora que eres una rica heredera... —replicó mordaz—. Al final, has logrado tu sueño.

—Saber que le importo a mi padre lo ha cambiado todo. Esa carencia era lo que me lastraba y me impedía tener algo serio contigo. Pero me costaba tanto reconocerlo, era tan doloroso para mí que prefería refugiarme en la fantasía de encontrar un marido rico que siempre estuviera ahí...

—Yo, aunque no tuviera donde caerme muerto, siempre iba a estar. Y me duele tanto que no lo vieras —masculló con rabia.

Cris le cogió de la mano y le dijo porque así era como lo sentía:

—Ahora que sé que Vincent es mi padre, que conozco mi historia y me he reconciliado con mi pasado, ya estoy preparada para dar el paso.

—¿De comprometerte con un pelagatos?

—Te quiero, Javi. Eres el único tío al que he querido en la vida... Siento mucho todas mis cagadas. He sido una capulla contigo, pero te juro que ahora que mi mundo se ha puesto en orden, que estoy en paz conmigo misma, por fin tengo el coraje suficiente para decirte que te amo. Solo espero que no sea demasiado tarde...

Javier miró el reloj, le dio un beso en los labios y masculló:

—Ahora no tengo tiempo para más. Si quieres, esta tarde espérame en la playa a las ocho...

A las siete y media de la tarde, Cris estaba muerta de los nervios frente al armario sin tener ni idea de qué ponerse para una cita en la que no sabía qué iba a pasar.

Y llevaba todo el día sin poder localizar a Cas, menos mal que justo cuando su desesperación estaba a punto de alcanzar la cota más alta, recibió al fin su llamada:

—¡Hola! Acabo de ver que tengo 57 llamadas perdidas tuyas. He estado todo el día fuera y me dejé el teléfono en casa... ¿Todo bien?

Cris muerta de la ansiedad, respondió parada frente al armario:

—Tía, ¡es el apocalipsis! De repente, me he convertido en una rica heredera que está a punto de perder lo que más le importa. ¡Y no tengo ni puta idea de qué ponerme!

—Jajajajajajajaja. Venga, en serio. ¿Qué te pasa?

—¡Te estoy diciendo la verdad! Esta mañana, Vincent, me ha confesado que somos mucho más que amigos. Yo te juro que lo primero que he pensado es que se había enamorado de mí, pero no... ¡Resulta que es mi padre!

Cas, convencida de que aquello no podía ser, replicó:

—¿Qué dices?

—¿Te acuerdas que te conté que no paraba de perder cosas? Pues me las mangaba Vincent para

hacer las pruebas biológicas. Es que resulta que el primer día que nos conocimos, se quedó anonadado conmigo, porque tengo los ojos y los andares de mi abuela Daisy. Luego, mi cara también le sonaba, me cotilleó las redes, y zas... Encontró a mi madre. Y nada, que las pruebas dictaminan que soy hija suya... Vamos, que ahora tienes una amiga rica heredera, pero tú tranquila que no voy a cambiar... Tan solo lo harán mis bolsos...

—¿Me estás vacilando?

—Que no. Que soy hija de Vincent. En serio. Y me ha dado tanta fuerza y tanta confianza encontrar a mi padre, saber que está ahí y que le importo, que me he liado la manta a la cabeza, le he pedido a Javi perdón por mis pifias y le he confesado que lo amo...

Cas se tuvo que sentar en una silla del comedor, porque aquello ya era demasiado:

—¡Qué intenso todo, por favor! ¿Y Javi cómo se ha quedado?

—Me ha dicho que no tenía tiempo para seguir hablando, tenía una excursión programada, y me ha emplazado a las ocho en la playa... En la que está enfrente de casa... Y yo no tengo ni puñetera idea de para qué...

—¿Para qué va a ser? Si está loco por ti...

—Estoy muerta de miedo. He estirado demasiado el chicle. Y tal vez esto ya no tenga arreglo. Me da que me va a tocar ser una rica heredera sin suerte en el amor. Lo típico. No hay felicidad alegre, ya lo decía mi abuela. Y a todo esto ¿qué me pongo? —preguntó mirando su armario desesperada.

Como Cas estaba convencida de que aquello solo podía salir bien le aconsejó:

—Ponte el vestido que llevaste a la primera fiesta en el barco de Dylan.

—¿El amarillo que es más bien una camiseta? Es demasiado *sexy* y demasiado alegre, para el drama que tengo encima. Yo creo que lo mejor es que me ponga algo negro... Y ya voy anticipando el duelo...

—¡Déjate de chorradas! ¡Y hazme caso! Ese vestido te queda espectacular...

—A ver si se va a cabrear más, pensando que me estoy tomando esto a la ligera... ¿No será mejor que me ponga el vestido camisero que me traje por equivocación de mi madre, que me da un aire como de Sor Consuelo?

A lo que Cas respondió, sin que diera lugar a réplica:

—¡Ponte el vestido amarillo! ¡Y ya verás como todo sale bien! ¡Luego me cuentas!

Cas colgó, Cris hizo caso a su amiga, se puso el vestido amarillo y unas sandalias planas para poder andar por la arena y, sin parar de rezar, se plantó en la playa a la hora convenida.

Y él ya estaba ahí...

Guapísimo. Y tan elegante que se había puesto chaqueta y todo.

Por lo que celebró no haber apostado por la bata de Sor Consuelo, y se acercó a él, justo en el momento en el que el cielo se tiñó de unos rosas sublimes...

—¡Hola! —le saludó Cris, esbozando una pequeña sonrisa.

Él que estaba contemplando el atardecer, se quedó maravillado al verla y replicó:

—¡Hola!

Y de repente el cielo se cubrió de muchos más tonos rosados que se reflejaron en el agua ofreciendo un espectáculo único.

Todo era rosa.

El mar, la arena, el cielo...

—Es el atardecer más bonito que he visto en mi vida —confesó Cris, alucinada ante lo que estaba contemplando.

—Es verdad. ¡En la vida he visto nada igual! Es como si lo hubieran puesto ahí para nosotros, para que esto que tengo que decirte, sea más especial todavía y no lo olvidemos jamás... —habló él, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando una cajita azul.

Cris que lo que estaba esperando que le dijera era que lo suyo estaba finiquitado para siempre con ese bellissimo atardecer, se quedó estupefacta cuando vio la caja y masculló:

—No, o sea, no.

Javier abrió la caja, le mostró un anillo de pedida de oro blanco con cinco diamantes y replicó:

—Lo compré con mi primer sueldo, no es gran cosa, me costó seiscientos pavos. Tiene cinco diamantes porque la primera vez que nos besamos fue el día 5 de mayo... No sé si te acuerdas...

Cris, con los ojos llenos de lágrimas, se llevó la mano al pecho y musitó:

—Me acuerdo del beso, pero se me había olvidado la fecha. Y cómo puedes decir que no es gran cosa... ¡Es un anillo precioso!

—Lo compré pensando en que te pediría matrimonio en un par de años, a lo sumo tres... Y encima convencido de que para entonces estaría forrado... ¡Mira que era gilipollas!

—A mí me encantas, qué quieres que te diga. Y aunque haya tardado años en abrirte mi corazón, siempre te he querido, Javi. ¡Siempre!

Javier sacó el anillo y le confesó con los ojos vidriosos también:

—Estaba muy nervioso cuando venía para acá, de solo pensar que pudieras cambiar de opinión. Que lo que me has dicho esta mañana fuera solo un arrebato y estuvieras ya arrepentida...

—No voy a arrepentirme de quererte en la vida. Y que sepas que yo he venido rezando para que no me mandaras a la mierda para siempre.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Si te amo más que a nada en el mundo! Por eso, ya solo me queda preguntarte...

Javier clavó una rodilla en el suelo, Cris le miró sin dar crédito, porque lo que menos esperaba era que ese atardecer fuera a terminar así y exclamó:

—¡Pregunta que te voy a decir a todo que sí!

—¿Quieres casarte conmigo?

—¡Dios, *siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!*

Cris le tendió la mano, él le puso el anillo y luego ella saltó sobre él con tanto ímpetu que los dos acabaron tirados en la arena...

Capítulo 21

Tres días después, Cas y Dylan, contemplaban otro atardecer mágico, en el barco, cerca de Fort St. Catherine...

Estaban sentados en la proa, viendo cómo el sol estaba a punto de ser engullido por el mar, y justo en ese instante pasó un avión por encima de sus cabezas:

—Ese era mi avión —le dijo Cas, clavando la vista en el cielo.

Dylan la abrazó, tan feliz de tenerla a su lado que replicó risueño:

—¿Para qué quieres un avión, cuando ya tienes un barco?

—Jamás pensé que me fuera a pasar esto...

—Pues anda que yo... ¡En la vida me figuré que acabaría enamorado hasta las trancas de la loca de la Vespa!

Cas le miró divertida, enarcó una ceja y preguntó echándose el pelo a un lado:

—¿Hasta las trancas?

—Ya sabes que voy hasta el final en todo. Y siempre el que más... Si me enamoro, me enamoro como nadie. Así que sí, hasta las trancas, ¿y tú?

Cas hizo como que se lo pensaba, perdió la vista en el horizonte, donde el sol ya estaba a punto de desaparecer en un cielo pintado en tonos rojos y naranjas y respondió:

—Yo soy más yo que nunca, gracias a que tú me has vuelto del revés.

—Y tú a mí. Has logrado liberarme de esa ridícula obsesión que tenía y hacer que ame de verdad. Porque esto que siento por ti es amor... Lo sé.

Cas suspiró y reconoció apoyando la cabeza en su hombro:

—Y yo lo sé también.

—¡Lo dices con una resignación!

—¡Es que es irremediable! Yo llegué a esta isla sin ganas de nada, apareciste tú, empecé a sentir una atracción brutal, caí en la tentación, pensé que solo sería sexo, pero la cosa se fue de madre. Y aunque no pensaba enamorarme, aunque esto no debería ser amor, me temo que lo es. ¿Y ahora qué hago?

—Amarme. No te queda otra, porque...

Dylan no pudo terminar la frase, pues justo en ese momento el teléfono de Cas sonó:

—¡Es mi madre! Seguro que es para confirmar que no me he subido al avión. ¡Y es una videollamada! Un momento...

Cas se apartó un poco de Dylan, para que no saliera en el tiro de cámara, y es que, aunque le había contado a su madre que estaba conociendo a un chico, tampoco había entrado en más

detalles.

El caso es que aceptó la llamada y estaban los dos. Su madre y su padre que, al verla sentada en la cubierta de un barco, estallaron de alegría:

—¡Estás en Bermudas!

—Sí, el vuelo que tenía que haber cogido acaba de pasar por encima de mi cabeza...

—No estaba segura de si viajarías, por eso te estamos llamando para confirmar. ¡Ay qué bien, hija! —exclamó su madre, llevándose la mano al pecho—. Nosotros te queremos muchísimo, nos encantaría tenerte siempre con nosotros, pero si ahí tienes un buen futuro y tienes la oportunidad de trabajar en lo tuyo, tienes que aprovechar. Así que has hecho muy bien, ¡y estamos muy orgullosos de ti!

—¡Gracias, mamá! Yo os voy a echar muchísimo de menos. Pero aquí estoy genial. El trabajo que he encontrado es buenísimo, el clima es magnífico, vivo en un lugar muy agradable, la gente es muy simpática, tengo a Cris y a Javi a tiro de piedra...

—Y al chico que estás conociendo.... —le recordó su madre.

—Sí. Y al chico —murmuró Cas, mirando a Dylan con el rabillo del ojo.

—Un chico que debe ser canela fina, porque jamás te he visto tan guapa ni tan ilusionada —le dijo su madre.

—Sí, lo es, sí —musitó Cas, con una risita nerviosa.

—Nosotros te vamos a extrañar mucho, pero si allí tienes la posibilidad de trabajar en algo que te gusta, tener una buena vida y junto a alguien que te quiere... —intervino el padre de Cas.

Y al escuchar aquello, Dylan le cuchicheó a Cas:

—Dile que sí, que yo te quiero mogollón.

Cas haciendo como que no había escuchado, asintió y le dijo a su padre:

—Sí, papá. Así es.

—¿Entonces lo de ese chico va en serio? —preguntó la madre.

—¡Dile que absolutamente en serio! —susurró Dylan, de una manera tan escandalosa que aquello se escuchó perfectamente.

—Jajajajajaja. ¿Tienes apuntador, Casilda? —le preguntó su madre.

Y Dylan, no conforme con el cante que había dado ya, se sentó al lado de Cas, y se presentó sin más.

—¡Buenas tardes, señores! Soy Dylan Boyle, el novio de su hija.

—¡Uy qué sorpresa, hermoso! Soy Andrea y mi marido es Antonio. ¡Entonces ya sois novios! —exclamó la madre, que Dylan encontró clavada a su Cas—. Como mi hija no me cuenta nada...

—Te he contado que nos estamos conociendo...

—Ya, pero el joven dice que sois novios. Es un peldaño más.

—Y más que habrá, señora, porque amo a su hija y mis intenciones son serias.

—¡Qué bueno, hijo! —replicó el padre, un señor circunspecto y con bigotes.

—Eso digo yo ¡qué bueno! —exclamó su madre—. A pesar de que está anocheciendo y la luz es una patata. No quiero ni imaginarme lo guapísimo que tienes que estar a la luz del sol. Caramba... ¡No me extraña que mi Cas no se haya subido al avión! ¡Con lo que tenía en tierra!

Cas que no sabía dónde meterse, decidió que lo mejor era acabar ya con la conversación:

—Pues nada, me quedo en Bermudas. Y todo fenomenal. ¡Ya vamos hablando!

Pero la madre de Cas no estaba dispuesta a colgar, ahora que había saltado la liebre:

—¿Y dónde estáis? ¿Parece un barco? ¿Es de esos que hacen excursiones?

Dylan para tranquilizar a esa buena gente, decidió que lo mejor era soltar el currículum del tirón, pero sin atisbo de jactancia:

—El barco es mío. Tengo también, una villa en una zona exclusiva, una empresa muy rentable, líder en su sector, y una cuenta en el banco con tantos ceros que salgo en la revista Forbes. Pero sin foto, me gusta preservar mi intimidad...

—Jajajajajajaja. ¡Qué chico más simpático! —exclamó la madre convencida de que estaba bromeando.

—Mamá, te está diciendo la verdad...

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó la madre, que estaba alucinando con la historia.

—Cuando me atropelló con la Vespa a las dos horas de llegar a la isla —respondió Dylan.

—Jajajajajajaja. ¡Ay qué gracioso, eres! Pero ahora en serio...

—Habla en serio —le dijo Cas, resoplando.

—Tuve la fortuna de que casi me matara la mujer de mi vida... —reconoció, abrazando a Cas.

—¡Ay qué romántico! ¡Y qué felices se os ve! Ojalá algún día podáis venir a vernos...

Y cuál no fue la sorpresa de Cas, que de repente escuchó a Dylan decir, impelido por un ataque de sinceridad:

—Creo que será dentro de poco. Estoy ansioso por pedirle matrimonio a su hija, y si me dice que sí, iremos a Madrid a organizar la pedida y la boda.

—¡Uy que estáis pensando en boda y todo! —exclamó la madre estupefacta.

—Sí, señora. Ya le digo que quiero subir todos los peldaños.

—Yo es la primera noticia que tengo... —murmuró Cas, sin dar crédito.

—Soy un tío clásico, pero si te horrorizan las bodas: lo descartamos, por supuesto. De cualquier modo, iremos a Madrid a conocer a tus padres...

—¡Y aquí os recibiremos con los brazos abiertos! Pero que sepas que a mi hija le chiflan las bodas. De hecho, su sueño es casarse en una playa, ¡no te digo más! —se chivó la madre.

—Mamá, por favor...

Dylan arqueó una ceja, la miró con una sonrisa enorme, porque la idea le encantó y les habló a los padres:

—Entonces, hay un cambio de planes. En el supuesto de que su hija me acepte, primero vienen ustedes a Bermudas para la pedida y la boda y luego ya nos vamos todos a Madrid para celebrar la Navidad.

Cas que se estaba poniendo ya más que nerviosa, dio un respingo y rezongó con el ceño fruncido:

—¿La Navidad? ¿De cuándo? ¿La de dentro de un par de años?

—¿Cómo que un par de años? ¡Esta Navidad!

—Madrid en Navidad está preciosa, te va a encantar Dylan. Y nosotros felicísimos de ir a Bermudas... Mi hija nos ha mandado muchas fotos y eso es un auténtico paraíso. ¡Sería un sueño para nosotros conocerlo! —habló la madre, mientras Cas estaba alucinando en colores.

—Un sueño que, si su hija se enrolla, se hará muy pronto realidad. Aquí los esperamos —aseguró Dylan cogiendo a Cas por el hombro.

—Muchas gracias, hijo. Ha sido un placer conocerte... —repuso el padre de Cas.

—¡Nos vemos muy prontito! —exclamó la madre de Cas—. Y avisadme al menos con un mes de antelación para la boda... ¡Besitos, pareja! —se despidió lanzando besos.

Después, Cas colgó y todavía sin creerse que pudiera ser cierto todo lo que había escuchado, inquirió:

—A ti se te ha ido la pinza, ¿cómo vamos a casarnos en unos meses?

—¿No has dicho que esto es irremediable? Yo lo tengo todo clarísimo. No necesito un noviazgo largo para saber que eres la mujer de mi vida.

—¡Pero si solo hace un mes que se me cruzó la cosa esa peluda!

—Tiempo más que suficiente para saber lo que quiero.

—¡Y sueltas lo de la boda así! ¡De sopetón! ¡Y sin hablarlo antes conmigo!

—Es que me imaginaba que ibas a poner el grito en el cielo. Pero ya con tus padres delante no me ha quedado más remedio que sincerarme. Y al menos ya saben que no soy un pintamonas como el otro...

—Está visto que contigo todo me sobreviene de improviso. Desde el primer beso que nos dimos...

Dylan se acercó a ella, la besó en el cuello y le susurró al oído:

—Hasta el siguiente polvo...

—Estás como una cabra...

—Estoy loco por ti, que no es lo mismo. Y ahora cuéntame lo de tu sueño de casarte en la playa... Porque estoy pensando que en nuestro rincón secreto sería el sitio perfecto...

—Yo es que sin anillo, me niego a hablar de estas cosas —replicó Cas, divertida.

—Eso tiene fácil arreglo... ¡A las nueve de la mañana te estoy comprando uno!

—¡Deja, deja! —exclamó Cas muerta de risa.

—¿Quieres el anillo o no?

Cas le rodeó el cuello con los brazos, le besó en los labios y luego musitó:

—Te quiero a ti.

—Entonces lo compro...

Cas suspiró, asintió con una sonrisa enorme y replicó:

—Esto es una locura, pero bien grande...

—No, para una chica que se planta en una fiesta en cangrejas.

—Esto también es verdad...

—Y ya eres parte de mí, Cas. ¿Qué puede salir mal?

—Todo. Pero la verdad es que toda la vida he soñado con una boda en una playa de arena rosa, con un mar como este, y sobre todo con un novio que me mire como tú me estás mirando ahora...

—Con cara de requeteimbécil.

—Exacto. Esa cara.

—Es que te amo. Y no tiene cura.

—Pues sí que estamos bien, porque me pasa lo mismo...

EPÍLOGO

Unos meses después, Cas y Cris estaban celebrando la Nochevieja en Madrid con sus maridos recién estrenados y sus respectivas familias, en uno de los hoteles de la cadena del señor Hughes...

—Tía, ¡esto es demasiado fuerte! Tus padres y los míos, tus suegros y los míos, nuestros maridos, mi Birkin colgando del codo y yo con un asco que me muerdo —le dijo Cris a su amiga, mientras se retocaba el maquillaje en el cuarto de baño.

—¿Asco de qué?

Cris, con la barra de labios en ristre, miró a su amiga a través del espejo y respondió:

—De que este me ha preñado, pero no quiere decirlo hasta Reyes. ¡Quiere que sea nuestro regalo a nuestros seres queridos!

—Jajajajajajaja. ¡Felicidades! —exclamó Cas, abalanzándose sobre su amiga y dándole un abrazo enorme.

—Tienes que ser la madrina. ¡Te ha tocado!

—¡Claro! ¡Solo podía ser yo!

—Pues sí, porque siempre has creído en lo nuestro. Qué menos que apadrinar al fruto de nuestro amor. Y ¿a mis padres cómo los ves?

—Yo, bien... ¿De aspecto y eso te refieres?

—Me refiero a que yo creo que llevan toda la noche tonteando. ¿O son cosas mías?

—Parece que se llevan bien...

—No sé. Estos follaron una noche, pero cuando están juntos parece como si se conocieran toda la vida. Mira que si terminan enamorándose...

—Tampoco sería tan descabellado. Peor lo teníamos nosotras y mira...

—Jo, sí, es verdad. Tú que llegaste a Bermudas como un alma en pena, sin ganas ni de follar...

—Eso fue al principio...

—Sí, hasta que te empujé para que lo besaras y ahí ya te soltaste la melena.

—Pero no quería enamorarme... —habló Cas.

—Ya, ni yo. Sucedió todo a nuestro pesar. No queríamos que fuera amor, como si al amor le importara algo nuestras intenciones, y aquí estamos, con los anillos puestos y enamoradas como dos memas...

—Yo estoy colgadísima, te juro que no sabía que se podía querer tanto —reconoció Cas.

—Me pasa igual...

—A Dylan también.

—Pues a Javi, no te cuento.

—¿Y cuánto crees que durará?

—Llevo pillada por este desde los trece y cada día va a más... Yo no me voy a librar de esta condena. Le tengo tan dentro, que siempre va a estar ahí. Lo sé. Lo mío es para siempre.

—¿Puedes creerte que yo tengo el mismo palpito? Es que lo tengo tan metido que siento que yo tampoco me voy a librar...

Y no se libraron, porque lo que empezó como algo que no debía ser amor, a pesar de todo, acabó siendo para siempre...